

U
revista
de la
universidad
de méxico



juan de la cabada
thelma nava/gastón melo/ raúl garduño
mario monteforte toledo
vlady
manuel tello: un discurso de julio favre

LOS NIÑOS DE VIETNAM

sumario

Volumen XXI, número 11 / julio de 1967

1
Juan de la Cabada:
USA/5



POESIA

12
Thelma Nava:
El territorio
inocente

12
Gastón Melo:
Tres poemas

13
Raúl Garduño:
Nueva presencia



15
Mario Monteforte Toledo:
Los dioses
indiferentes

I
Manuel Tello:
Un discurso
contemporáneo

V
Julio Favre:
La intervención
francesa en México

17
William F. Pepper:
Los niños
de Vietnam



26
ARTES PLÁSTICAS
Del cuaderno de
apuntes de Vlady

28
LETRAS
Con León Felipe,
pronto hará 50 años,
por Wenceslao Roces

29
LIBROS
por Iván Restrepo
Fernández, Luis Adolfo
Domínguez, Elías Condal

33
Jorge Gaitán Durán,
por Vicente Aleixandre

34
JUNTA DE SOMBRAS
Miguel Hernández
por Manuel Altolaguirre

PORTADA
Horizontes isleños
por Vlady

Universidad Nacional Autónoma de México
Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural
Director: Gastón García Cantú

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00
Suscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Banco de México, S. A.

USA 5

por Juan de la Cabada

1

Blanche

Volvían de la escuela dominical de la Iglesia de Christian Science. Delante, la niña; luego, su corpulento hermano —19 años— junto a la tía Hanna —soltera, de 35— y por último el padre con la madre, rayanos en los 50. Todos pulcros y circunspectos, despacio y respetables. Mabel, la niña, se detuvo ante la escalinata del hogar a esperarlos, y saturada del silencio y el orden que reinaban en torno suyo se sentía infeliz. Para colmo, le dolía la cabeza.

Estaba triste, tan triste que ni ganas tenía de ir a ver luego a Mr. Houser y mostrarle su vestido blanco. Tenía muchos blancos, pero aquél era nuevo. Mrs. Kramer, su madre, la dejó fuera:

—Estás pálida, criaturita. Quédate un rato aquí a tomar el sol.

La señora entró a preparar una de esas monstruosas comidas de domingo y más tarde todo mundo engulló glotonamente. Pensar en aquella mesa grande, bajo el chasqueante gruñido de alimentos, siempre produjo náuseas a la niña.

¡Qué molesto dolor de cabeza! Andaba inquieta y no quería acostarse; quería oír que alguien hablara de aventuras o le dijese algún cuento. No, decididamente no iría a visitar a Mr. Houser. Era muy bueno y la llenaba de cumplidos, pero si nunca le contó cuentos ¿cómo esperar de él, precisamente hoy, un cuento bonito? La tía Hanna estaba muy ocupada, repasando ropa y, además, desde antes anunció que al terminar saldría de visita.

Se acordó de su hermano.

—Brother . . . —suspiró—. ¡Oh, sí! A él le gusta hablar y va a contarme un lindo cuento.

Corriendo subió las dos escaleras que conducían al desván. Pero el grandulón dormía profundamente con ronquidos estentóreos. Desolada, movió la cabeza. El muchacho tenía las sábanas hechas bola sobre la cara; la ropa tirada y por el suelo dos de sus favoritas novelas de detectives, entreabiertas las hojas en señal de las partes donde había dejado la lectura.

—¡Vaya, vaya! —murmuró, agregando sin ánimo aún de rendirse: “Hay que hacer algo; si algo quiero, debo insistir para conseguirlo. ¡Le pediré el cuento a papá!”

Bajó a la sala, que a la sazón tenía entrecerrados los visillos de la ventana, ya que la señora Kramer jamás dejó de prote-

ger de la luz del sol sus alfombras, y lo divisó leyendo en la semipenumbra mientras fumaba. Por detrás y de puntillas, para causar sorpresa, llegó Mabel e interrogó:

—¿Qué estás leyendo? ¿Vas a leerme a mí también?

El señor Kramer echó una bocanada de su puro y reposadamente contestó:

—No, no voy a leerte nada. Esto es Dickens y sus historias no son propias para muchachitas de tu edad.

La chica se inclinó para desviar el libro de la vista del señor y descansó la cabeza sobre los muslos paternos.

—Léeme algo, o dime un cuento, papacito.

El padre la empujó suavemente.

—No. Vete a jugar. Sé buena chiquita. Pórtate bien.

Mabel levantó la voz:

—¡Quiero un cuento!

Pero como él no hizo caso, ella tornó a salir. ¡Ninguna persona le hacía caso! ¡Nadie para hablar! ¡Nadie que acariciase su cabeza y le quitara el dolor!

Los Bradley, a la manera de casi todos los domingos, habían ido a visitar a sus parientes ricos. Y Johnny Klutz, que frecuentaba la escuela dominical de *Christian Science*, como ella, estaba encerrado en su casa, pues tenía la obligación de oír que su padre comentase la Biblia.

Ningún domingo salía Johnny. Era un mundo triste, éste de los domingos. La calle estaba desierta. Caminó hacia el otro lado. En la acera contraria y el punto exactamente opuesto al de su casa, vivían los Postner. Oyó rumores extraños en idioma ininteligible y un tono como si estuvieran peleando, aunque nadie poseyese allí una voz que pudiera compararse a la terrible de Mrs. Kramer, su madre. El viento traía unos olores raros de la cocina de los Postner, y Mabel como un perrito los olfateaba. Nunca notó semejantes olores respecto a la cocina de su casa ni de las de sus tías —cocinas a las que jamás había entrado—, pero estaba segura de que aquellos olores distintos, distantes, procedían esencialmente de las mismas substancias que almacenaban las cocinas de toda la urbe.

Por un momento su curiosidad no tuvo límites. Se instaló al umbral de la puerta de los Postner y allí permaneció apocada, sin bastante audacia para tocar y entrar.

¡Eran gentes tan extrañas! ¡Todos tan morenos! Terriblemente oscuros, y con su pelo ensortijado. No hablaban inglés y raras veces sonreían. Los dos niños, uno de la edad de Mabel y el otro tres años mayor, nunca jugaban entre sí ni con los demás chicos. De tan serios parecían adultos e infundíanle una mezcla de pavor y desdén. La vieja abuela de los Postner era quien más la fascinaba. Llevaba un abrigo largo y negro que casi tocaba el suelo. Tenía una barbilla pronunciada y cabellos grisáceos. El robusto abuelo, aparte de barbas largas profusas y rizosas, usaba levitón negro y gorro, un gorro completamente redondo y también negro.

—Apuesto a que él sí podría decirme cuentos buenos —pen-



só Mabel al aparecer el abuelo a la puerta. Pero la solemnidad del anciano la intimidó y se alejó del umbral de los Postner.

Ahora, ya más aburrida, regresó al porche de su casa. Era domingo y no podía ensuciar sus vestidos sentándose sobre los peldaños polvorientos. Las ocasiones en que nadie la veía gustaba de arrellanarse en el mismo sillón donde su abuela se sentó en vida; mecerse atrás y adelante e inclinar su cabeza con el mismo gesto acostumbrado por la difunta cuando quería tener el pelo suelto mientras la peinaban. Cansada de esta diversión se fue a vagar de nuevo por la calle. Trató de contar 1, 2, 3, 4, 5... pero eso era todavía más tedioso. En aquel momento abandonó la esperanza y consideraba ya perdido el día, cuando vio a una desconocida que pasaba. ¡Una extraña en su calle! Rara belleza con su pelo retirado, grandes y negros ojos, un cuerpo esbelto de compactas formas dentro de un vestido sencillo y de suma elegancia. “No, nunca la vi antes. ¡Qué bueno, que bueno. Quizás pueda contarme un cuento!”

La joven sonrió, llena de generosidad, y Mabel, como niña efusivamente amistosa, le sonrió y dijo:

—¡Hello! ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Blanche —respondió la especie de hada. Calló durante un momento y añadió: “Y el tuyo es Mabel.”

La pequeña aplaudió, zapateando con alegría:

—¡Sabes mi nombre! Pues... ¡anda!, cuéntame un cuento.

—Hoy no, preciosa, pero ¿te gustan los secretos?

—Oh, sí —respondió la niña, maravillada.

—Entonces búscame al fin de esta calle el domingo que viene,

a las doce, y sabrás uno. Y de prisa dijo adiós, antes de que la pequeña pudiese preguntarle: “¿Pero cómo sabes mi nombre?”

Alucinada volvió a casa. Sin el menor ruido que alterara el reinante sosiego se acurrucó a la cabecera del largo sofá, después de quitarse precavidamente las zapatillas. Poco a poco fueron cerrándose los párpados y soñó con Blanche y lo animado que platicaba entre risas Mabel acerca de sí, entrando a escena Johnny, los Bradley, los Postner, Mr. Houser... ¿Cuánto duró el sueño? De lejos comenzaron a introducirse y merodear en vuelo, dentro de un resonante túnel con rascacielos, paisajes de selva y letreros, una sucesión de negros y negras, verdes japoneses, rubios melnudos, rubios barbudos y rubias en bikini, a los sonos de jazz, guitarras eléctricas, cantatas modernas y bailes de moda.

—Mabel, Mabel —unas manos la sacudían por los hombros.

“New York... New York... New York...”, percibía, claramente, a intervalos llenos de murmullos.

Las manos habíanla incorporado. Creyó, de pronto, que era el domingo siguiente. “Hoy a las doce” —pensó, y saltó del sofá. Pero estaba oscuro el recinto. Tenía delante a Mrs. Kramer y más allá la pantalla de televisión, donde aparecieron círculos concéntricos hasta un punto que se hizo cada vez más pequeño y desapareció en el infinito al contacto del dedo índice de Mr. Kramer, que aún oprimía la llave del conmutador. ¡Cuánto habría dado porque fuera el siguiente domingo! Hace apenas un instante detestaba el nombre de ese día, y ahora deseaba que mientras estuvo dormida hubiese pasado la semana entera para despertar alto el sol de su domingo. Faltaba mucho, mucho tiempo —¡seis... siete días!—; pero a lo menos huyó como por ensalmo el dolor de cabeza.

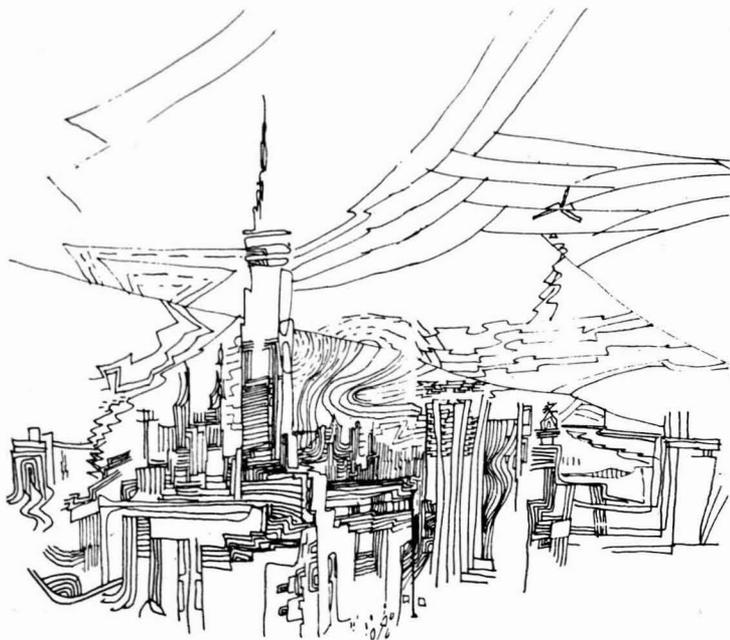
Dejaron a oscuras la sala. En el iluminado comedor se reprodujo el debate cotidiano por el empeño de atiborrarla. Sólo aceptó el vaso de leche. Los diálogos cortos y espaciados del matrimonio la enteraron de que Paul —para ella Brother— había vuelto del cine y estaba en su cuarto del desván, así como que aún no regresaba de su misteriosa visita la tía Hanna.

Luego, su madre la puso en pie, de espaldas, empujándole hacia adelante la cabeza para que doblara el cuello.

—Mira: el vestido nuevo que se le acaba de comprar, ¡todo, todo arrugado! —le asentó un coscorrón y así acabó de bajarle el cierre automático, al par que la niña daba media vuelta, presa de risa incontenible y mirando alternativamente a padre y madre.

Los veía como en el sueño: ella de hawaiana, meneándose bajo una palmera, y él con un collar de hortensias en el pecho desnudo, tocando el ukulele.

—¿Qué tienes, niña? ¿Estás loca? —espetó Mrs. Kramer. Y su terrible voz exacerbó de tal modo la hilaridad en la niña,





que contagió al señor y acabó dentro del concierto de carcajadas la señora:

“¡Ji, ji... jo, jo, jo... ja, ja, ja, ja...”

—Bueno, bueno, bueno, hasta mañana— la besó su madre, ya recobrado el dominio de su severa condición.

—Tienes que levantarte temprano para ir a la escuela. ¡Hasta mañana! —la besó el padre.

Apresurada subió las escaleras para comunicarle a Brother, que leía una historieta de criminales, su encuentro con Blanche. ¡Ah, pero Blanche!, ¿no era su secreto? Las palabras quedaron flotando en sus labios (“Look, Brother”)... reducidas a una suspensa exclamación, al advertir el conato de perfidia por su parte, pues el secreto de matar al ogro del hastío no era sólo suyo, y he ahí que, desde luego, con todo cuanto significa defensa de ilusiones y esperanzas, lo guardó.

2

El botón rojo

A las ocho y media de aquella mañana de Pentecostés, Nancy había terminado de bañarse. Pasó a su estancia única de cate-drática célibe (socióloga universitaria), y tras del tafetán impecable de los visillos miró la luz que doraba el verde pasto del campo que a distancia se extendía. Puso a medio tono su radio, donde los coros acompañados de música eclesiástica, que las estaciones en cadena trasmitían a todo el país, le anticipaban el espectáculo del servicio dominical en el templo presbiteriano al que habría de asistir a las diez.

Acababa de vestirse sus ropas nítidas cuando, abajo, sonó la campanilla. Segura de quién llamaba, se acercó a la pared para oprimir la esferita del ronco timbre que dejaba libre el pestillo. Entreabrió la puerta del aposento y exhortó:

—¡Adelante!

Todo lo lacónica, adusta, robusta, cauta y ordenada que era Nancy, era de parlanchina Hazel, amén de risueña, enjuta, confiada, distraída y profesora de filosofía.

Nancy jamás olvidará la ocasión en que Hazel vino queján-

dose de dolores de pies; averiguada la causa ocurrió tan solo que llevaba el zapato derecho en el pie izquierdo y viceversa. Sin embargo, a Hazel le reconocían varias personas inteligencia y agudeza. Pero aunque así no sucediera, el hecho de que ahora llegase de visita en los preliminares de la celebración local de uno de los espirituales acontecimientos magnos, festejado cada año por la terrena cristiandad, instó a Nancy a parafrasear mentalmente al poeta escocés Robbie Burns:

*O would some one the giftie gie
us
to see ourselves as others see
us.*

Con esta inferencia, la corpulenta preguntó a su amiga menuda, quien, sonriendo, le miraba el prominente busto.

—¿Me cae bien el vestido, Hazel?

—Muy bien, Nancy.

—¿Se nota alguna arruga?

—No... ninguna.

De espaldas a Hazel cruzó Nancy a cortos pasos el largo del aposento.

—Mira bien abajo... ¿Sobresale de los bordes algo del fondo?

—No, nada.

Retornó para colocarse el sombrero frente al espejo del tocador, y se dio vuelta.

—¿No se ve desgarbado... torcido... el sombrero?

—No, Nancy. Está perfecto.

—¿Te gusta el vestido?

—Sí... sí —repuso Hazel—. Pero... pero... me gusta más el azul que te vi puesto sólo una vez. Yo tengo uno exactamente igual.

A Nancy le mortificó sobremanera que su amiga, con esa fama de disparatada, tuviese un vestido idéntico al suyo. Pero Hazel que, además, solía ser traviesa, dándose cuenta del sentimiento que había provocado continuó:

—Y hasta sé donde lo compraste, Nancy... Muy cerca de aquí. ¿Quieres que te diga?

Nancy pensó en la tienda “Modish Style”, de la calle Mayor de Springfield (no el Springfield de Massachusetts sino cualquiera otro de los cientos de Springfield que hay en la extensa nación), y exclamó acremente:

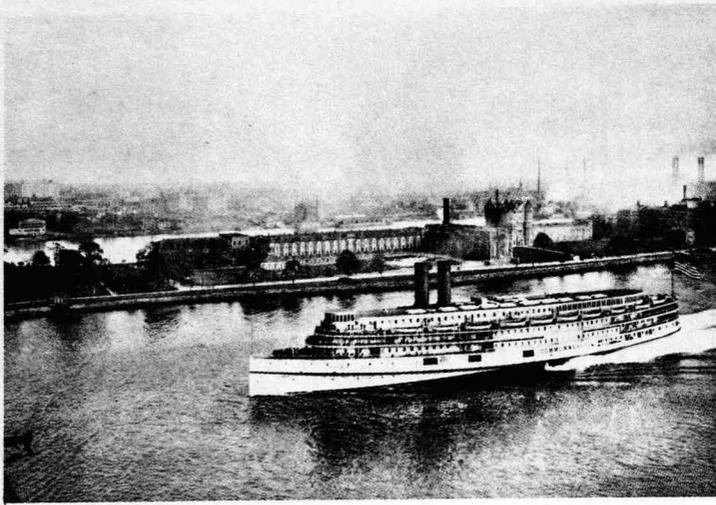
—¡No!

—Parece que no te gusta mucho ese vestido... ¡Es tan lindo!

—No —replicó Nancy, con una aspereza que bien pudiera atribuirse a su habitual sequedad. —¡Nunca me ha gustado!

—¿No? —adujo, ansiosa y siempre sonriente Hazel para vaciar una catarata de elogios al vestido azul y terminar así:

—Me gusta muchísimo, Nancy ¡Me encanta! Y a propósito, al ver el mío esta mañana noté que le falta un botón. Pensaba



estrenarlo para ir a la iglesia hoy, pero como está cerrado el almacén... ¿no me prestas un botón del tuyo?

En seguida comprendió Hazel que lo irreflexivamente pedido era un absurdo. No podría ocurrírsele diablura semejante más que a una filósofa excéntrica. Ésta sí hubiera accedido sin la menor duda, desde luego, a una petición de tal naturaleza. ¿Pero no es cosa de pensar en la perplejidad de usted, señora o señorita, si su vecina le pidiera un botón de uno de sus vestidos nuevos y de los más caros, o en la de usted, señor, si un amigo de infancia solicitara lo mismo de uno de sus trajes buenos que cuelgan del perchero? Piénselo bien y aplíquelo a quien tal pida el calificativo que usted crea se merece.

Por su parte a Hazel no le preocupaba el calificativo, pues desde el momento en que no pudo convencer a su amiga de que era bonito el vestido azul, decidió con ahínco estrenar el suyo inmediatamente, mientras Nancy, viendo en la casual falta del botón la oportunidad de impedir que la filósofa estrenase, al menos por hoy, ese vestido idéntico a uno de los suyos sentenció:

—¡Ir sin un botón a la iglesia, ante los ojos de Dios, es indecente!

—Por esto solicito uno de los tuyos —trató de persuadir Hazel, abandonando por unos instantes la sonrisa.

—¡No!

Para Hazel no había en el mundo ya otro vestido que el azul. Con vehemencia inusitada insistió:

—¡Por favor! Yo misma despegaré aquí el botón, y mañana lunes vengo a devolvértelo y lo coso.

—¡No! —expuso con mayor irritación la hostigada, encerrándose en el baño.

—Saca el vestido, Nancy —alzó Hazel la voz hacia el baño. Le quito el botón ahora y cuando vengamos de la iglesia se lo pongo de nuevo, ¿ves?

—¡Noo!

Durante la ceremonia religiosa, Nancy perdió la devoción en miradas iracundas a Hazel porque consumó su capricho de estrenar el vestido azul.

A la salida, Hazel permaneció un rato en el atrio del templo. Animadamente charlaba entre un grupo de discípulas, cuando Nancy pasó a espaldas suyas y observó que aunque no le faltaba ningún botón al vestido, tenía uno de color distinto a los demás.

Se dijo indignada:

—Es inconcebible, ultrajante y, sobre todo, ¡en una maestra! ¡Miren que ponerle un botón rojo!

Cruzó la calle. Acordes a su seguro paso resonaban en sus sienes con furor:

—¡El vestido azul! ¡El botón rojo! —Sin ver que el sol bruñía el revoloteo de los pájaros ni oír las campanas vibrantes, luminosas, del reloj del templo que anunciaban las doce.

3

Maytía

[PARA UNO DE LOS CATÁLOGOS DEL
PINTOR MARIO OROZCO RIVERA]

MARIO: la ratita dormía en una blanca y pequeña caja de cartón. Pero yo ignoraba su existencia cuando camino del Norte va el barco maderero, al que con papeles falsos y el nombre de Víctor entré de grumete en los tiempos de las vacas gordas, durante la posguerra primera, el año 20.

Míralo.

Era un silencioso monstruo negro, cuyas bandas de babor y estribor rasqueteábamos con las espátulas al igual que sus aletas de popa y sus amuras de proa, para que las relujasen luego nuestras brochas, cuando en días serenos íbamos sentados, junto a botes de pintura, sobre tabloncillos colgantes de la borda. Dentro de mí veo aún —además— su chimenea negra, su humo y ondear su bandera por encima de la corredera.

Cuando menos lo pienso escucho todavía sus formales campanadas de cambios de guardia y los roncros e interminables pitazos en las noches de niebla. Rememoro también su andadura, surcando en bamboleante bisbiseo el océano tenebroso; sus macilentas luces —al centro amarilla, a estribor verde, a babor encarnada— y repito los primeros versos que acerca del reglamento de abordaje recitaba mentalmente allí, por haberlos aprendido en otros buques meses antes:

Si ambas luces de un vapor
por la proa has avistado
debes caer a estribor
dejando ver tu encarnado.

Si da verde con el verde
o el encarnado con tu igual,
entonces nada se pierde:
¡siga rumbo cada cual!

Si a estribor ves colorado,
precavido habrás de obrar;
párate ahí —con cuidado—
o modera o manda ciar.

Pertenecía yo —como tú, según ves— a la gente de todas partes del mundo que se construye sola, y más en esa época.

Un grumete debe saber bogar, nadar, maniobrar con anclas y cadenas en los escobenes, entongar en los pañoles, desempe-



ñar faenas de cubierta; después: conocer señales de banderas, señales de driza. Come uno en la cocina y duerme dentro del sollado —dormitorio colectivo— en su coy o hamaca de lona.

Pasé a fogonero. Por no alargar el cuento, diré sólo que aprendí a leer el tacómetro para seguir las órdenes sobre velocidad. Además, en el cuarto de máquinas, ayudé a uno de los engrasadores —gigantesco, forzado vasco, ya cuarentón— de quien perennemente recuerdo el más religioso silencio a horas de trabajo y que nunca supe sino su apodo: *Bastard*.

A partir del ascenso no como más en la cocina. Tengo cubierto seguro con otros fogoneros y maestros, contra maestros, engrasadores, timoneles... en un sitio del sollado, que a tiempos del diario manducar se transforma de dormitorio en comedor mediante mesas desmontables que ayudantes de cocina y marmitones quitan al final del servicio.

Mis turnos son de 8 a 12 de la mañana y de 8 a 12 de la noche. Ahora me miro al salir de la faena nocturna, puesto a la barandilla de proa, en la penumbra, cerca del bulto de alguno de los escandinavos —noruegos, daneses— cuyos ojos de ópalo, bajo el sombrero de hule con alas caídas, escrutan la profunda oscuridad del ámbito del mar y entre los ecos del oleaje y espaciados chirridos del contoneo de la embarcación, ven —materialmente ven y oyen— a las sirenas de leyenda cantando sobre el rizo lejano de la espuma. Repaso las historias de hombres enloquecidos, tripulantes que fascinados se lanzaron a seguirlos, convulsos de terror los pensamientos y corazones, siempre infantiles, de los nórdicos. Yo simplemente veo serpenteantes, azuleando, feéricas, unas insomnes bandadas de toninas. Reflexiono en estos hombres, mis compañeros clásicos, taciturnos, de este pequeño cosmos que es un barco. ¿Quién de ellos no habrá traído a bordo, para que le distraiga de su soledad, un loro pícaro, una guacamaya chirle, un mono mimado? De otra parte saben, sin quererlo, a simple vista, por los ademanes, el andar, el matiz de la voz, el tono de la piel o quizá únicamente su olor, el origen de los otros navegantes: si provienen de padres marinos, si surgieron de los bajos fondos de los puertos, si alguno fue un chico campesino empujado al mar para permanecer como isla en toda su existencia. Intuyen, pues, que de los últimos es *Bastard*, desde cuando acaso quedó huérfano y sin otra memoria de familia que la menesterosa sombra de un padre vicioso que tal vez lo golpeaba siempre y murió un día. Pueden darle vueltas al mundo y tocar todos sus puertos sin conocer de ellos más que muelles, sus tabernas cercanas y adyacentes prostíbulos. De quedar en tierra, cualquiera prediría su estado y paradero: tendido, inconsciente de alcohol, en algún callejón próximo al mar o al río, un burdel, o la cárcel a consecuencia de una riña. No pocos, sin embargo, por encima de la más fenomenal borrachera, llegan siempre a dormir a bordo. *Bastard* es de éstos, y tiene dos obsesiones: aborrecer la tierra y negar a Dios. Pero el hecho de que años atrás, una siniestra noche de tormenta, cayera un

tripulante al agua y *Bastard* se arrojara en pos de aquél y lo salvase, le ha valido una tradicional veneración a la que debe su litera en camarote. Su apodo es tan sólo reciprocidad al que otorga el vasco a la marinería entera, salvo a mí, a quien —como deferencia quizás al vínculo idiomático— llama por el nombre aunque añadiendo el *bastard*.

—Hey, yu, Víctor... bastard, quiv mi do bred!

Le paso el pan.

—¡Sarta de bastardos! —me sonrío a medias y medio le sonrío.

Parece como si de su austeridad muda en horas de servicio, quisiera desquitarse con creces en las del comedor.





—¡Tantas medallas y escapularios al pescuezo! ¡No hay Dios, bastardos!

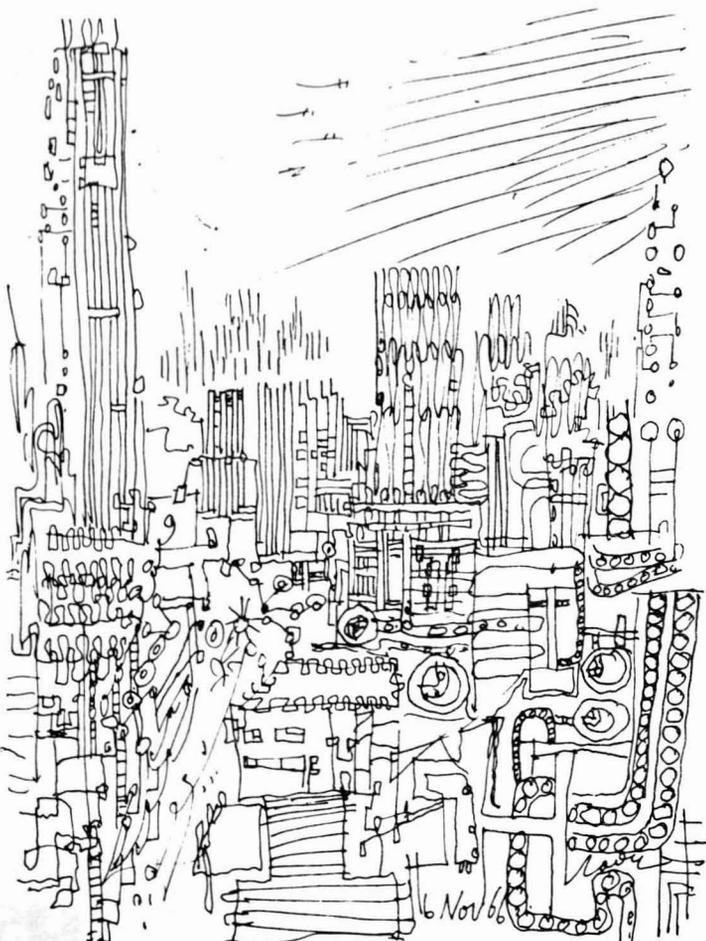
Entre aquellos anatemas a puñetazos sobre la mesa (y de los cuales no suelen comprenderle sino acaso, remotamente, sólo el sentido) vuela quedo, en contrapunto al vozarrón, un grave mosconeo de los otros, que profieren sin levantar la vista del plato:

—¡Bastard! ¡Bastard! ¡Bastard! ¡Bastard!

¡Bedford! Revivo la tarde soleada en que con mi equipaje al hombro subo al barco en Bedford, Massachusetts. Idioma común a bordo: el inglés de cada uno a remembranza del latín que chapurreaban los mercenarios a sueldo del Imperio Romano. Y así, aparte de los nombres de las máquinas y las herramientas, el habla del *Bastard* es ininteligible para todos excepto para mí, gracias a lo poco que del español a uno con otro nos enlaza.

Sospecharás ya, Mario, que en este momento viro, veo al timonel en el puente distante, al serviola que otea desde la cofra, y mientras sopla el brisote bajo un cielo luminoso y camino con ganas de tumbarme sobre mi coy del sollado, cruzo rasando el camarote del *Bastard* y me llega de adentro su voz:

—Aquí tienes caldo, carne. Estas galletas y la lechita para mañana. A ver, ¿qué has hecho, Maytía?¹



El gigante desata un canto de *erres*, que anuda en bronca risa:

—Ven, ven. En seguida lavo los cacharros; te das tu baño, y a dormir hasta mañana. Hay que ser limpios, Maytía... pues, pues; no hay Dios, Maytía!

He oído más o menos lo mismo en diversas ocasiones. “¿Maytía... Maytía?” Ignoro particularidades del confidencial trance, que supongo sepa toda la tripulación, y por eso no las averiguo.

Me voy a dormir.

Amanece lloviznando, frío, en funeral atmósfera.

Por la tarde comienza el huracán.

En la noche, ante la saña de bandazos continuos que mecían las mesas del comedor, *Bastard* manoteaba, denostando más denodado que nunca.

—¡No hay Dios! ¡No hay Dios!

De pronto crujió todo, de babor a estribor; cruje, oscila, restalla entre uno de esos estremecimientos que proceden de popa cuando sus hélices giran al vacío y pensamos que la nave se parte por mitad mientras un sentón pavoroso de la proa y el ruido de objetos que se vienen abajo prolongan los instantes y dejan los sentidos en suspenso, sólo con el oído atento en espera del destino.

Entonces, nunca me olvidaré, *Bastard* persistió, encarado hacia los rostros pálidos de angustia:

—¡Miren, bastardos! ¡Oigan, oigan! ¿Hay Dios? ¡No! ¡No hay Dios!

Pero de inmediato el gigante abandonó su asiento, y presuroso, hasta donde le permitía el bamboleo, echó a correr. Los demás le seguimos, imaginando —tal vez todos, como yo— que se debiese al barrunto suyo de un grave desperfecto arriba.

La embarcación había recobrado su equilibrio. Sobre cubierta, en aquel intervalo de quietud, oímos un aullido gemebundo.

Luego, débiles sollozos; y con ellos apareció *Bastard* a la puerta de su camarote.

—¡Maytía, Maytía, Maytía!

En conmovido silencio se retiraron los mayores, que comprendieron respetuosos la causa del dolor.

Yo —inexperto— permanecí desconcertado, interrogante.

—Para que crean tantos bastardos que hay Dios... ¡Mira!

Sus manos temblonas aprisionaban una nivea, lustrosa, pequeña caja de cartón. Al fondo, en gesto yerto de dientes salidos y sobre un trazo caprichoso de su sangre, yacía exánime una ratita blanca que acababa de perecer al caerle una tabla en el momento culminante del peligro.

—Encárgate de ella —azogó, quebrantado, el descomunal engrasador— Maytía... ¡Pobre criatura! Yo no puedo...

¹ Querida, en vascuence.

Recibí el despojo. Caminé contra el vendaval que me azotaba terco e impedía ir adelante; llegué a la borda del barco e inclinándome lancé al mar inmenso la cajita, que albeó a flote un segundo y se perdió en las tinieblas bajo el trallazo de una ola que bañó la cubierta.

Este es el cuento, Mario. Guárdalo para tus hijos y que lo lean los suyos —tus nietos— el año 2015, cuando sepan que de algunas botellas vacías, arrojadas al mar, puede oírse, como el eco de un rumoroso caracol: “La ratita dormía en una blanca y pequeña caja de cartón.”

4

Miss Fields

Allá y aquí hay —; quién no lo sabe!— ciertos establecimientos que se dedican a prestar libros mediante el pago de unos cuantos centavos. Llegas, das tu nombre y domicilio que inscriben en una tarjeta; pagas por adelantado el arriendo; te llevas el libro, y a los pocos días lo devuelves.

De tan sencillo modo el vulgo lee un incalculable número de obras iguales en su vida. Y en Norteamérica, nadie ignora que la casi totalidad de las personas aficionadas a la lectura son mujeres.

A prima noche todo el mundo anda en trance de la comida y es raro, entonces, que toda tienda que no venda cosas de comer no esté desierta. Pero precisamente a esas horas acostumbraba llegar una mujer joven a una de aquellas librerías, cuya propietaria era de visible origen anglosajón, con pelo rubio mortecino, lentes, nariz larga, saltones ojos de azul claro, alta, ni gorda ni flaca y general aspecto —no obstante lo insípido— de gente que, nacida en provincia, conserva todo lo bueno entre lo malo que fue característico al yanqui del pasado siglo.

Una vez en que la joven repasaba los títulos de los libros, la propietaria dijo, sonriendo, para referirse a un volumen que tenía cerca de la mano:

—Me han dicho que esta novela es muy interesante. Por eso la empecé a leer; pero como soy tan estúpida no pude terminarla.

—Como yo también soy tan estúpida, miss Fields —replicó la joven—, no me la llevo, pues temo que me suceda lo mismo.



—¿Estúpida usted, miss Green? —exclamó la patrona—. ¿Estúpida con ese mirar, con tal frente, con esa boca, con tales líneas poderosas en el rostro...? ¡Imposible! No: yo sé mucho de esto. Desde que la vi por vez primera pensé de usted: “Nada me extrañaría que fuese genio.”

—Muchas gracias —sonrió miss Green. Y eligió otro libro.

Cuando tres noches después regresó para devolver ese volumen y llevarse uno nuevo, encontró cerrada la librería, y a la noche siguiente que vino con el mismo propósito, notó más alargada la cara de miss Fields y los saltones ojos azules más inmóviles detrás de los lentes, como si el alma anduviera errante en una honda congoja.

—Vine ayer y estuvo cerrado —deslizó en solícito e indirecto estilo femenino la joven, al bucear, afable, la causa del transido ánimo de la librera, quien cruzada de manos suspiró varias veces, mientras se le arrasaba ligeramente el blanco y el pálido azul de las pupilas y toda la nariz subía de color hasta ponerse púrpura.

—Mi hermana —empezó a decir—, como padece del corazón cayó ayer con un ataque al bajar las escaleras de la casa y tuve, miss Green, que trasladarla al hospital. Resultó con una pierna y un brazo fracturados. Allí me pasé todo el día y buena parte de la noche: por eso no pude abrir el establecimiento.

—¡Oh, miss Fields, crea que lo siento mucho! —exclamó la joven sinceramente apesurada ante la nariz, cuyo amoratamiento crecía de punto, y para demostrar su condolencia se tomó la libertad de propinar dos benévolas palmaditas al hombro de la librera, que cuchicheó en seguida:

—Y hoy a mediodía, cuando estuve a verla en el hospital, me contó que un hombre bajito, muy bajito y bien vestido, con el sombrero puesto, vino a sentarse a los pies de su cama, y por más que le suplicaba y amenazaba, no se iba. Tuvo, pues, que llamar a la enfermera; llegó ésta y se lo llevó cargado.

Miss Green sintió de súbito un desasosiego inenarrable por el tono de la voz, la niebla en los ojos, la nariz amoratada y ese viso de verosimilitud afirmativo que diese miss Fields a sus últimas palabras; pero repuesta luego, y ya con ganas de salir corriendo del establecimiento, adujo:

—Tales visiones son propias del delirio, cuando sube la temperatura, como es natural, en cualquier enfermedad.

—Eso le dije yo —repuso miss Fields—, pero ella contestó que entonces ¿por qué había visto al enano en brazos de la enfermera que lo alzó de la cama y sacó del cuarto a viva fuerza, y por qué se sintió ya bien, muy tranquila, después...?

En ese instante bajó algo de color el morado en la nariz de la patrona y se disipó casi la niebla de sus ojos, para sonreír de tan apacible y extraña suerte que infundió pavor a la joven.

—Es de familia. Sí, nosotras con un poco de calentura, nos volvemos locas furiosas.

Miss Green se dispuso a ganar la puerta, y desde allí, con el puño del pestillo en la mano izquierda, y en la derecha el libro



en turno, cuyo arriendo había pagado ya, se despidió.

—Adiós... ¡Que se mejore pronto su hermana!

—Gracias...

Posteriormente continuó empleando el mismo método de preguntar por la enferma, en el instante preciso de salir de la librería, y obtuvo, con purpurarse aquella nariz e idéntico nublamiento de ojos, estas sucesivas respuestas: "Sigue igual", "un poquito mejor", "está peor. Gracias, miss Green."

Pero una noche, más visiblemente afligida, subido el color nasal y arrasadas las pupilas, contestó trémula, honda la voz:

—El doctor no le da sino tres días.

Miss Green creyó de su deber aflojar el puño del picaporte y, recordando que miss Fields y familia —según confesión propia de la patrona en charlas anteriores— eran muy devotas anglicanas, caminó hacia dentro del establecimiento y trató de impartir su consuelo, diciendo que en el destino de la vida sólo Dios tiene poder, que los médicos frecuentemente se equivocan y que, además, a la enferma le quedaba el gran auxilio espiritual de la religión, recurso éste que haría sus penas mucho menos angustiosas, de la misma forma que a ella, la librera, serviría de alivio no olvidarlo y pensar que en ninguna otra mano sino en las de la Providencia Divina radicaba el desenlace, a todo lo cual miss Fields asentía con movimientos de cabeza, disminución del tinte morado en la nariz y paulatina secadura de sus azules ojos claros.

La vez próxima que miss Green vino, encontró cerrado el establecimiento; pero entonces, justamente por esa circunstancia que fuera tan ostensible presagio, no quiso volver sino hasta cuatro noches más tarde. Y esta noche miss Fields veíase alegre, conversando con otras dos señoras.

A la joven le alegraron mucho de veras tales risueñas muestras —¡qué mejor síntoma!— en la conducta de la propietaria de la librería y debido a ello, sólo por cortesía, interrogó al salir, desde la puerta.

Miss Fields, tras ligero parpadeo de pájaro, replicó en agudo trino:

—Ahora está muy bien... —y desentendida siguió de animosa plática con sus visitas.

En la ocasión posterior la joven la felicitó, recordando de paso cuanto le había dicho acerca de los repetidos engaños que sufren los médicos.

A miss Fields volvió a ponerse roja toda la nariz, honda la voz, y a empapársele de nuevo, tenuemente, los ojos azules y saltones:

—El doctor tuvo razón. Duró sólo tres días...

—Pero si la vez pasada, después de transcurrida una semana, me dijo usted que ya estaba muy bien.

—Le dije a usted que ya estaba muy bien, porque no hay derecho a importunar a personas que acaba una de conocer y vienen por primera vez de visita; pero, desgraciadamente, miss Green, niña mía, mi pobre hermana Dorothy, murió.

5

La conjura

Tenía Olga Rappaport una estatura demasiado pequeña para sus once años, busto hundido, brazos débiles, piernas enclenques, cabeza grandísima sobre sus hombros raquíuticos, los huesos de la cadera como filos de navaja y las más pajizas y estropajosas trenzas anudadas con ligas de hule negro. Sus pecas, de grandes, gordas y oscuras, semejabán verrugas, y era su frente abombada, corta y angosta delante del nacimiento de su pelo, que de tan estirado hacia atrás dijérase le subía la parte superior del rostro, abandonando el resto, donde una dolorida boca sugería una expresión triste de vejez. El labio inferior, caído, latía por alcanzar el de arriba y en tales contorsiones de derecha a izquierda que, a veces, asustaba no sólo a los condiscípulos sino a la propia maestra. Nunca articuló esa boca una palabra de queja; pero al igual que podía gemir prolongadamente como animalito herido, fijaba en el ánimo la molesta impresión de saber cosas recónditas del alma ajena y que no pudiera engañarse ni engañar.

Así, ya que de por sí mostrábase incapaz del candor para ofrecer y recibir un desengaño, la chiquilla estaba —en el concepto infantil— fuera de los límites de la convivencia, y no hubo quien imaginase llamarla para una travesura o cualquier juego, más aún habiéndose dividido la tropa del salón de clases en dos sectores de actitud bien definida, según idiosincrasia de sexo: las niñas a ignorarla —evitando hasta el dirigirle una mirada— y los niños a vengarse, atormentándola.

Quizá por esto sea más meritorio el comportamiento de Ellen Webster, que a ratos andaba preocupada en rogar a Dios cambiara el físico de la Rappaport, cuando no se preguntaba el *porqué* no favoreció a esa niña con otros dones que unas manos arcangélicas, de prodigio, pues los azules ojos, aguanosos, sin ser muy chicos lo parecían demasiado a causa de la nariz que le cubría en sesgo casi todo el centro de la cara, circunstancia por la cual no dejó de haber gente inadvertida que la creyese bizca. Y con esos ojos, ¿quién pudo saber cuándo rompería Olga Rappaport a llorar y de dónde y cómo provendría el llanto? Porque, en efecto, las lágrimas que debieron brotarle de aquellos cañoncitos azules —de insondable azul de abismo— y le inundaban los surcos del rostro para seguir camino abajo a chorros, persuadían a la escuela entera de que manaban sin conocimiento de los ojos de la cara, y que del lloro sólo salía



la boca, que de verdad concentraba la expresión predominante de agónico, terrible, dolor de alma. ¿Pero dónde hubo allí la niña o niño capaz de soportar quieto la vista en ese llanto? Ninguno: todos la quitaban prestamente, como resentidos de la boca sabia.

Las manos de Olga eran las más tersas, de líneas finas y ensoñadora forma que la niña más hermosa pudiera ostentar. Con frecuencia, viéndolas Ellen de improviso, levantaba fugaz e inconscientemente los ojos, en olvido o en sueños, anticipándose la esperanza de sorprenderse ante la contemplación de un rostro incomparable. Y en el choque de la realidad se preguntaba luego, reflexiva, si la otra niña ignoraría esta contradicción, pues aunque bajo su aspecto de alarmante ausencia (de hallarse borrada, extraviada en bruma, de donde no hubo quien viniese a rescatarla) no era estúpida ni mucho menos.

II

No se sentía cómoda Ellen Webster junto a Olga Rappaport, porque significaba entrar de lleno en el reino de la inanición y el monosilabo.

De semejante modo, en el comedor escolar cambiaban sandwiches, muy solemnes, pues en el diario trámite los ademanes de la segunda eran quedos, suaves, lentos.

"Sin ningún género de duda" —pensaba, en silencio, la primera— *"no hay ninguna imaginación en tu casa. Día con día, todos los días, infaliblemente, traes estos fríos y amarillosos huevos revueltos entre cuatro rebanadas de pan blanco, tu trocito de arenque y estas dos manzanas chicas."*

El trocito de arenque fue causa de los motes de "Olga Arenque" o "cara de arenque", lanzados al rostro como saliva que le cayera en el pecho, sobre aquellas sus blanquecinas blusas marineras, que aun siendo limpias —acaso nuevas— siempre iban rugosas, flojas y en apariencia percutidas, cual si fuesen de relance o heredadas de alguna hermana mayor.

Detestaba Ellen por completo los sandwiches de huevo, pero a veces cambiaba y —la mayoría— le regalaba a Olga uno de los suyos con pollo, queso, salchichas o ensalada de jamón en pan moreno, sólo por el callado regocijo de sentir *"como si uno mismo estuviera comiendo lo que otro come"* y el de verle resplandecer toda la cara al morder y mascar, particularmente los de ensalada de jamón, que a menudo eran motivo de que las vituperasen varios niños judíos, imbuídos por la sectarista restricción de sus mayores.

Al terminar la chica pobre, después de recoger todas las miguitas, se lamía los exquisitos cinco dedos de cada una de sus manos, y luego, lenta y deliberadamente, se relamía los gruesos y anchos labios, mientras Ellen desviaba la vista en un sentimiento conjunto de piedad, disgusto y menosprecio.

Si sus calificaciones no llegaron a las tres o cuatro más altas, nunca fueron tampoco malas o inferiores. Para los exámenes escritos resolvía enigmas y problemas, donde buen número de alumnos fracasaban. Pero en las clases, inmóvil tras del pupitre, las horas se le iban con la vista desviada, fija en la ventana, en el espacio, hasta que Miss Brown, ya iracunda, la reprendía por su falta de atención. Entonces la boca sabia se petrificaba y las finas manos, la izquierda sobre la derecha y viceversa, pasaban y repasaban en frote angustioso, sucediendo luego que la maestra descargara toda su reconcentrada bilis, y empezaban suspiros en respiración difícil, un sollozo y tras ellos hondos gemidos que podían durar hasta una hora con arroyos de lágrimas, mientras no cesaban los frotos lastimeros ni paraban las contorsiones de la boca.

Empero, cuando sólo Miss Brown golpeaba y pateaba fuertemente desde su escritorio, para luego dirigir ciertos comentarios humorísticos a la transfiguración de la mirada inmóvil de Olga, ésta se cubría en seguida la cara con las manos, que de improviso dejaba caer sobre los muslos y a poco subía sin tino, con las presurosas frotaciones, entre una sonrisa de espectro en que *"vagaba el otro mundo"*. Todos deseaban entonces que llorase; pero no, y era lo peor. Pronto la sonrisa se tornaba en una mueca, mueca de sabiduría, bajo la cual el salón entero —las niñas, los niños, la maestra sobrecogíase de un frío atroz, frío de pánico.

"(Todo denotaba que sabía y quería imponer miedo; pero nadie pensaba en el que ella sentía.)" A medida que la boca iba adquiriendo un resignado gesto de conmiseración, de indecible piedad, tornaba para los otros la calma entre un mudo rencor de bravura ofendida.

—¡Deje de sonreír así! —exclamaba Miss Brown, tempestuosa la voz, al reponerse, aún pálida, de aquel trance de su espanto. —Y tenga esas manos quietas! —añadía, echando lumbre por los ojos hacia el mariposeo de esos dedos que ondeaban en ruego a sí mismos de una explicación, una disculpa.

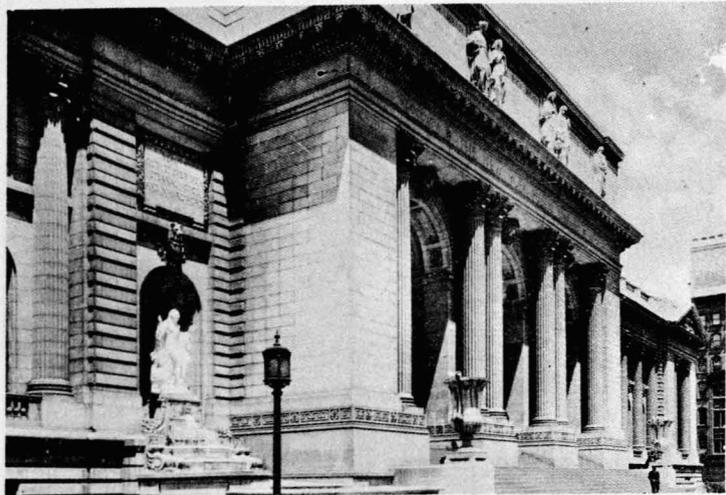
Olga se desguanzaba, untando la resbalosa espalda por todo el respaldo del asiento, mientras asentía, sumisa:

—Sí, ma . . . , sí, ma . . . Sí, sí, miss . . . Sí, maes . . . , sí, maestra . . . maestra.

—¿Y cuántas veces voy a decirle que no se repita, que no repita tanto una misma palabra?

Había en el tono de Miss Brown una visible dignidad, una queja en contra de sí por los regaños y un vano afán de suavizarlos; pero lo cierto es que timbre de igual aspereza no le salía para sus otros alumnos ni en los momentos de mayor cólera. El tronante sonido que en tales ocasiones brotaba de la insignificancia del cuerpo delgado y bajito de la pueril mujer era tan sorprendentemente brutal, que hasta criaturas de nervios mejor equilibrados, como Ellen, recibían en el espinazo una helada sensación.

De reproche a reproche Olga Rappaport sonreía y, después, si no lloraba, la sonrisa iba recorriendo una larga escala de



expresiones, ya perpleja o astuta, ora boba, despectiva, inteligente, ya severa o triste, ora sardónica, y de pronto, ansiosa, respondía:

—Sí, ma . . . , ma . . . , maestra. Sí, sí, maestra.

“Como había pasado el momento culminante del pavor espectral”, Miss Brown, al inferir de aquella respuesta un desafío —cosa que de lo más hondo de lo remoto de las revulsiones del miedo, sin duda era verdad— cruzaba los brazos y, contraídos por entero los músculos, meneaba la cabeza de un lado a otro . . . Ya los anónimos rostros del salón habían estallado en agudo coro de risitas, y ni Ellen (aunque ruborizadas las mejillas de lástima y vergüenza) podía contener la suya entre los dientes. Entonces miraba furtiva, para pedir con aire conrito perdón a Olga, que deslizándose del asiento se agazapaba y permanecía escondida, oculta bajo el pupitre. Y la cara estíptica de la maestra con sus pesadumbres, decepciones, derrotas, infortunio y despechos, a lo mejor desde la cuna hasta sus días, llegaba junto a la pusilánime suscitadora del desorden, y como era ésta una provocativa e irresistible tentación se cebaba el aprobio del tormento en la desgracia.

En casos de lecciones orales, ¿cómo levantar voluntariamente la mano para pedir la palabra y contestar? De cuando en cuando Miss Brown, sin embargo, preguntaba, obligándola a ponerse de pie y responder. Sobre el mosconeo de su ininteligible, su lúgubre tartamudez, cundía la hilaridad.

¿Con qué soterrados móviles del subconsciente y del instinto relacionar el que sólo después de este espectáculo sus discípulos la perseguían a pedradas en el camino hasta cerca de su casa?

El miedo le daba alas.

Ninguno de sus agresores tan ágiles para correr, y nunca una piedra la hirió físicamente.

Pero el mismo miedo, su amigo y Ángel Guardián era también su Enemigo Malo. Sólo él, dentro de sí en lo interno y para lo externo, la convertía en despreciable y en un sentir que, con el hábito —aparte de la terrible crueldad ajena— se forma el querer ser objeto del desprecio, del rechazo.

Pues Andy Rian, por ejemplo, un chico irlandés, también pecosco, de cara de rata, sin mentón, nariz aplastada, dientes salidizos, ojos saltones de sapo y más malo que Gestas, era nada menos que azote de maestras, gozo de los chicos y delicia de las chicas, que lo celebraban por el encanto principal de su impudencia.

Olga, en cambio, se sentaba en un rincón encogidita, para que nadie la notase dentro del comedor, y allí, a la esquina de una mesa, con la cabeza baja y su sonrisa torcida, esperaba por Ellen, mientras de reojo miraba, toda temblorosa.

¿Qué niños vivarachos, listos, los de mi generación y de Lyndon Johnson! Sabiendo tanto del mal y ejecutarlo, no lograron hallarle a Olga Rappaport un solo apodo justo que aludiese a su fealdad, a su físico, pues los cristianos (gentiles para los

judíos) de “Olga Arenque” o “cara de arenque” provenían de una esencia sutil, anglosajona, cultivada en sus casas por padres y parientes para decir en arteros términos *judía*, y los judíos de “la llorona” o “gato miedoso” no apuntaban sino a condiciones del espíritu.

III

Una vez, Miss Brown, vencida por la compasión (véase un THESAURUS inglés y encuéntrense paráfrasis que mejor expresen la esencia del término) mandó citar a la madre de la Rappaport para “discutir la timidez de la niña”.

Miss Brown debe sentirse todavía más culpable que un demonio ante la memoria de haber golpeado de tiempo en tiempo a Olga, o nunca hubiera recurrido a la finura del citatorio.

Castigada por alguna fechoría, Ellen, después de clase, lle-



Greenwich
Village
N.Y. 17 Nov. 66.
Wor



vaba en el centro del salón casi una hora de pie, con los brazos incómodamente cruzados a la espalda, cuando la señora Rappaport entró.

Escuchó Ellen este nombre y la frase *“discutir la timidez de su niña”* en labios de Miss Brown, y con tamaño boca abierta del asombro (y cierto susto de que jamás pudiera ocurrírsele antes que Olga Rappaport tuviese madre) miró a la recién llegada.

La señora era baja de estatura, gorda, pechugona, de posaderas prominentes, rojas mejillas y pelo entrecano. Precisamente por semejanzas con la propia madre suya, Ellen la juzgó vieja para ser la de Olga y observó que la hija en nada se le parecía, ni siquiera en las manos: las de aquella mujer no tenían vestigios de la menor delicadeza ni fascinación, y sí eran —más que rollizas— repletas, con hoyuelos en los dedos.

Hablaba la señora poco inglés y sin duda entendía menos, por lo que la entrevista no produjo ningún buen resultado.

La maestra anonadaba a la Rappaport y la jerga de ésta aturdió a Miss Brown. *“Ahora... ahora, ahora sí que pierdes los estribos, le sueltas la granizada de majaderías a que nos tienes acostumbrados... y se arma”* —pensó Ellen, tronándose los dedos por detrás de la espalda, con el retozo, las chispeantes ganas de saltar del júbilo. Pero en vez de eso, su maestra despidió, sonriendo, a la señora Rappaport tan pronto como pudo.

—¡Bueno, pues en mi vida he visto yo! ¡Qué gente, Dios mío! ¡Me lavo las manos!— rugió Miss Brown así que abrió el closet, sin mirarse al espejo que había en el reverso de la hoja de puerta *“y como estaba lejos de ser guapa se encasquetó el sombrero, con ese masculino ademán que le daba el aspecto de no haber sido atractiva en ningún instante de su vida”*. ¡Pobre Miss Brown!

—Puedes irte, Ellen, pero si te pesco pasando papeles otra vez, te pongo negra de la tunda.

Toda persona que de un tercio de siglo atrás haya estado en una escuela y sienta en la memoria que de repente le tocaron del banco vecino y bajó la mano y sólo leyó —si no es que atementó, además, de su cosecha—, debe, para desagravio de sus maestras, volver a esos papeles:

“Mira cómo se le está saliendo el camisón debajo de la falda.”

“Mírala qué fea.”

“Mira la cara de perro que tiene.”

“¿Has visto al hombre tan horroroso que la acompaña cuando llega en las mañanas?”

“¡Más horrible que ella!”

“¡Y vienen a distancia como si él, todavía, le tuviese miedo!”

iv

Ese “todavía” ¡era tan delicado!

Ellen, aquella vez, a las palabras de Miss Brown amenazán-

dola con ponerla negra de la tunda por lo de los papeles, alzó la cabeza y provocativamente dijo:

—¡Ah!, ¿sí? ¿A mí, tunda? ¡Pruebe a ver!

Mas, a pesar de su baladronada huyó a toda carrera, temerosa de que Miss Brown la atrapase por un costado de la blusa.

Durante uno de los días que siguieron, le preguntaron a Olga en clase y la obligaron a levantarse del asiento y hablar.

Por la tarde, a la salida, sobrevino invariable la pedriza de los chicos, y la criatura voló como de costumbre y resultó de nuevo ilesa.

Pero de aquel vuelo ya no apareció más en la escuela.

Poco después de morir de pulmonía se supo que desde los tres años de edad no tuvo padre, es decir que no lo conoció, y era él un músico, que una buena mañana dejó su casa y nunca regresó. Tal vez un accidente ignorado; quizás un percance misterioso de familia; tal vez la misma vida de familia lo espantó; tal vez cogió demasiado miedo al dedo del destino ante la vista de su mujer fea, de su desventurada niña fea... ¡Y voló! ¡Quién sabe!

Eso es cuanto supieron, sin deber traspasarse más, aquí, los límites de tanta conjetura.

Y así en ese manojito de niños asustados nació, bajo la sombra insinuación de un hálito de muerte, un poquito de respeto por Olga Rappaport, que alternativamente fue odiada o despreciada, y en ningún momento amada.

Hablaron de ella un húmedo, neblinoso y lluvioso mediodía, en el comedor, y Ellen, con temblorcito de barbilla derramó unas lágrimas, recordando cómo se sentaba encogidita, trémula y solita en la esquina de una de las mesas más cercanas al patio.

Varias veces aguardó en vano, cuando Ellen —debe confesarlo— la olvidaba en absoluto, distraída en charla y risas con otras niñas alegres, o en aprendizaje de algún nuevo juego con los chicos.

Hablaron, hablaron, hablaron, y de pronto la voz unísona de una mutua sombra interna los llevó a fundirse en la conjura por los fueros de la fuerza:

—¡Si ella nunca peleó, caramba!

—¡Si una vez siquiera le hubiese roto las narices a alguien!

—¡A ese Andy Rian...!

—¡O a ti, Ellen!

—¿Por qué tenía que llorar siempre así, verdad?

Nadie mencionó el miedo que les hizo pasar su sonrisa, y menos aún la belleza de sus manos.

Porque los sentimientos originados por contagio del medio son naturaleza de la Naturaleza y quedan en lo desconocido, más allá de las culpas, fuera de la comprensión del motivo de las causas.

Y a partir de la conversación de aquel mediodía obscuro y húmedo, todo, natural, naturalmente, se olvidó.

Poesía



Thelma Nava El territorio inocente

Ciudad, enorme templo sordo
Fayad Jamis

Ciudad antropófaga

¿por qué caminas en nosotros y te mueves como una
bestia confundida en la sombra?

Te desprecias en todos los habitantes que te identifican
en esa cierta debilidad por el otoño, hábilmente
disimulada.

Nada puedes hacer cuando te derriban el último sueño
y te construyen catedrales amarillas para obligarte a
pensar en tu pasado que no recuerdas.

Inocente de todo mal

abyectamente desoída, muda y sorda,
estatua que la tierra sepulta a medias.

De todas partes llegan y te miran, te acosan y tú los
escuchas como una loca que no comprende.

¿Quién se atreve a acusarte de corrupta, tú, enorme
vientre de innumerables hijos inventándote
un nombre, una emoción, secreta, una lágrima turbia?

Por el viento te mueves y pareces escuchar a quienes
dejan todas sus armas al frente de la casa,
a los que mueren de frío o de libertad.

Dicen que tu pueblo es triste,
tristes tu habitantes de mesetas, sin conocer el mar.
Contra ti navegamos nuestros sueños de rojas tortugas
nuestras túnicas de abandonados, nuestro
siempreacceder de cada día.

Hay tiempos para salir de ti y buscarte en los ojos
purísimos de otras ciudades,
en los caminos emprendidos por nuestro corazón,
en el estallido de los cuerpos en la luz.
¿Por qué los que se van siempre regresan?

II

No somos ya quienes nombran a las flores en la casa de
los grandes señores.

Perdida está la facultad del vaticinio.

No sabemos congregarnos más para atraer la lluvia
y la danza no es ya un elemento decisivo.

Tenemos sueño. Ahuyentamos la soledad de cualquier
modo,

alargamos la noche en los tobillos,
inventamos la risa para bailar en la casa del absurdo.
Estamos solos y eso basta.

Más solos cada día, más ajenos de nuestro principio.

En ti, ciudad desierta

¿cuántos pueden decir que conocen verdaderamente
el amor?



Gastón Melo Tres poemas

I

Adiós amor.
Fue hermoso amarte.
Te evocaré algún día
en el momento de la desolación
y encontraré con terror
que ya no recuerdo tus ojos.





II

Recuérdame. He vivido siempre en ciudades
y las ciudades son para morir, pero recuérdame.
Lleno de retratos amarillentos
y cartas que no mandé
miro la vida hundirse
en el mar reverberante del verano
y no me importa.

Los desertores

Por la colina que mira hacia el poniente
bajan los desertores.
Han olvidado su estirpe y su lenguaje
de sonoras sílabas ardientes;
en sus manos late el recuerdo
de caricias más suaves que la piel humana
y en sus trajes brilla el viejo esplendor
de los escudos de rugientes leones y castillos imposibles.
Presienten el mar y su cambiante engaño
el mar que palpita como el corazón de Dios
las anchas playas pobladas de seres silenciosos
donde nada es recuerdo ni esperanza.

En otro tiempo fueron altivos y dolientes como mártires
pero renunciaron a su destino.

En la tarde

Me quedo mirando la pata del sillón
que se hunde en la luz dorada de la estancia
mientras la taza que sostengo entre mis dedos
salpica de brillos la polvosa superficie de la mesa.

Más lejos, hacia lo profundo de la casa
los muebles empiezan a entrar
en la olvidadiza penumbra.

Detrás de los sombríos corredores
donde los espejos me recuerdan
que no tuve destino, las ventanas flotan
en el agua estancada y luminosa de la tarde.

Más lejos los cuartos desolados acallan el eco
de los atardeceres en que el viento arremolina las
[sombras]
y el distante murmullo de los bosques danza
en la abierta llanura, silenciosa como el vuelo
secreto de los buhos que trazan en el aire
callado de la noche, signos escalofriantes.

Muy pronto las constelaciones empezarán a girar
sobre el alto silencioso de la bóveda.
Tauro, La Doncella, Aries, Capricornio y Acuario
todo el vano aparato celeste conspirará
para que yo vuelva a depositar la taza
—con un tintineo de abandono—
en su plato respectivo.



Raúl Garduño Nueva presencia

Que en el ojo del agua sigan durmiendo y despertando
tus sueños,
que vengas cuando el desasosiego del mar sólo sea un
tumbo de aire en las arenas
y que inventes por ahí una larga bienaventuranza;
que el polvo siga cayendo en tus manos como un viejo
diluvio de palomas
y que tú hables, sí, que te detengas un rato junto al





oscuro aleteo de la ilusión.
Porque es cierto: te veo medir la tarde con una flauta
de aves que entre los dedos llevas
y el cielo es una palabra roja, hundida en la inmensidad.
Que permanezcas ahí entonces con los senos desnudos
como única provisión del día,
junto a enormes nubes que alguna vez fueron caricias,
estanques donde la soledad nos hizo guardar la
sensación de un presentimiento.
Ahora puedes callar esa frase indispueta,
esa memoria tuya sacada del vacío,
ahora puedes mirar la lluvia que tiene rostro de
muchacha reclinada en su tristeza,
la lluvia que es una caída de algo desconocido,
algún pájaro inmenso asesinado en el aire,
una mala costumbre que sostiene el tiempo, un paso
quebrado, algún olvido.
Y no es una simple historia:
tú también puedes mirar la soledad de vela en el
cuarto mudo,
un libro olvidado en la mesa haciendo sonar el pecho
de la madera;
tú puedes hablar entre sueños,
entre los hilos de un supremo convencimiento de estar
viva,
tú puedes iniciar un sueño de islas deshechas bajo las
alas de un pájaro,
otra vez junto a la sed tú puedes volver a la tentación
irremediable del agua.

Las estaciones de oro pasan bajo el pie del labrador.
A veces eres ese silencio que las aves llevan en sus
plumas,
eres la que ya no entiende nada y sólo ve la tarde que
vuela distraída y distante,
eres la desnudez definitiva caminando a mi lado entre
mis desbarajustes,
algo de aquello que hicimos al despertar o al abrir la
puerta sin decir nada,
un poco de esa costumbre de mirarnos hondamente
hasta quedarnos ciegos,

tú puedes ser quien ahora cuida los frescos retoños del
agua, los olvidos,
aquellas palabras nuestras que son ecos del mar muerto.

Tu nacimiento fue la medida de la luz; nadie volvió
a ninguna parte,
fuiste una mirada de amor que intencionalmente el
mar dejó en las cosas,
¡tanta duración había en los relojes que ahora no dan
sino noticias . . .!,
iba y venía un alto cielo dando saltos, un atarantamiento
de nieve,
una mujer que eras tú entrando en mi boca
hambrienta;
alegremente transcurrían los polvos del entendimiento,
esas uvas solares,
las frecuentes andanzas del crepúsculo en el cristal
roto como una palabra,
y eras un momento de la multitud, una franca tarea de
labios y de remolinos.

El neón ahora te dibuja en las espaldas una cabellera
de diamante
y viene la silbatina contra el otoño,
las palabras voltean el rostro mientras te amo,
besaría ese cabello tuyo en la arena de tus jardines
callados,
tus senos derramarían su miel en mis costumbres,
el amor sería un pedazo de música sin saber dónde
dejar el dedo del corazón que le ataranta.
Alguien que eres y no eres tú mueve el lenguaje para
que deje escurrir sus llameantes amapolas;
somos el polvo en la roca sedentaria bajo el aguacero,
somos otra vez horarios,
fragmentos de una ciudad que mira bajar la noche
hasta las plantaciones del amor . . .

La calle vigila el sepelio de alguna vieja tristeza.
El mundo es aquel que dejamos hace un siglo.



Mario Monteforte Toledo

LOS DIOSES INDIFERENTES



La India es un mundo religioso; nada puede comprenderse de ella sin tenerlo presente. Los hindúes nunca han creído en el instrumental utilitario, en la capacidad humana para vencer a la naturaleza y someterla a su provecho. Su poder estriba en la imaginación para crear dioses, a los que invisten de facultades para domeñar a la fiera o al río, el hambre o la peste. Pero los dioses ya terminaron de nacer, aunque no de ser y de manifestarse; de ahí que el hindú ya no invente, pero sí descubra lo sagrado todos los días, sin asombro, porque lo natural nada tiene de pasmoso. El bien y el mal corresponden a lo perecedero e integran el proceso de la eternidad; sólo adquieren categoría ética cuando se sufren, se gozan o se practican estoicamente hasta sus últimas consecuencias. El espíritu se salva venciendo a la materia hasta el desprecio o el olvido. El hombre no es responsable de la circunstancia que lo rodea. Se afirma cuando renuncia a lo material; pero esa renuncia no da libertad porque su corolario, el diálogo y la comunión con las divinidades, acarrea la alienación íntegra.

El hinduismo persigue lo absoluto fuera del hombre y el budismo en su profundidad. Era lógico que con un fin común y el ascetismo renunciante y mortificador como medio, ambas religiones entraran en convivio y se interpenetrasen armoniosamente. Los diversos pueblos que invadieron la India hace mil años en nada cambiaron las superestructuras, porque no profesaban sistemas religiosos tan evolucionados como los que allá encontraron; a la India sólo puede conquistarse con superioridades materiales y plena conciencia histórica de que más pronto o más tarde serán corroídas por las fuerzas del espíritu, la inercia y la tenacidad multitudinaria. El primer conflicto surgió con la incursión del Islam. Este credo predicaba la interdependencia entre los actos concretos del individuo y su merecido en el otro mundo; tras la corta prueba de la vida, la eternidad en el infierno o en el paraíso, compensación de halagos a los sentidos tal como podía concebirla el menesteroso de la tierra.

El islamismo era apenas un derivado de conceptos religiosos que nacieron en la India, democratizados a través del cristianismo. Sólo podía difundirse en su suelo matriz como consecuencia de un acto de poder, de una política impositiva de Estado. Su instrumento fue el imperio de los Mugales, con su avasalladora voluntad unitaria y su competencia dialéctica de organización. Los hombres pudieron entrar en los templos y comunicarse con los dioses sin la férula de los sacerdotes, que en el transcurso de los milenios habían acaparado el conocimiento de la espiritualidad y el lenguaje para dirigirse al Deus. Las castas medias y aun las más bajas tuvieron oportunidad de dignificación, y la fe se racionalizó. La islamización pudo expandirse hasta donde el poder civil era efectivo, es decir las ciudades; la inmensidad rural —que no es la selva sino el *habitat* del hombre en el más completo estado de renuncia— permaneció inmutable. Los Mugales se dieron cuenta de que

era utópico gobernar tan dilatado imperio sin aprovechar las viejas estructuras; por eso remozaron el feudalismo, toleraron la práctica de otras religiones y abrieron la suya a influencias extrañas, las cuales, en último término, no hacían sino reconquistar lo antiguamente suyo. Pero la India nunca salió —y no ha salido aún— de su condición protoplásmica, que es el más alto grado de posibilidad germinal y, al mismo tiempo, consuntiva y contaminadora. El imperio islámico acabó por disolverse; pero sobrevive en millones de creyentes, con un género de fidelidad servil muy distinto al de los árabes, pues diversos son los pueblos que moran en los desiertos y las tierras herméticas, incitados a la libertad por los cielos desnudos, y los pueblos que moran en el suelo más poderosamente creador, agobiados por las fuerzas naturales en su máximo desenfreno. Sobrevive también el Islam en su arte, aunque penetrado por elementos hindúes y budistas.

A lo largo de los siglos, el genio animista, idolátrico y ornamental de los hindúes, se fue superponiendo al culto de las ideas abstractas; los símbolos se aproximan a lo concreto y hoy pueden observarse iguales muestras de fanatismo elemental y exacerbado en los templos de todas las religiones. Las únicas estructuras que conservan su primitiva severidad son las mastabas budistas —en torno a las cuales los peregrinos, sin mirarlas siquiera, destejen su rosario de millones de pasos— o las mezquitas desahfectadas del culto y conservadas como monumentos arquitectónicos.

El templo hindú es una expresión a la vez de síntesis y jerarquía, de intimidad en las relaciones entre el hombre y los dioses. El exterior es la manifestación de lo real, que constituye la totalidad trascendente de las formas, desde el coito y el acto sacrificatorio hasta la flora y los diseños de las constelaciones; la imaginación splende en la opulencia del detalle dentro del rigor de la composición y del rito. El interior del templo, su aposento cardinal, se reduce a una celda estrecha, sencilla y oscura, para que el hombre quede solo y perciba las respuestas que la divinidad se digne dar a las demandas más audazmente concebidas en su pensamiento. En esa cámara suele haber un lingam rodeado por un yoni, falo y útero, que significan origen y fin de la vida sobre la tierra, el placer y el dolor en sus formas primigenias, los elementos creadores a disposición del ser humano, los opuestos, la representación que sintetiza la dialéctica por excelencia. El templo es un perfecto equilibrio entre las fuerzas centrífugas y las centrípetas, y no culmina en ápice ni escapa hacia el firmamento por torre alguna.

Los ensayos de síntesis entre las religiones que tienden a lo abstracto y las que tienden a lo concreto han fracasado. Unos cuantos hombres esclarecidos siguen las enseñanzas de Sankara, que aceptaba la meditación pero con objetivos prácticos, o las de Ramakrishna y Vivekananda, que prescriben la ayuda al prójimo como camino de purificación individual; mas el pueblo acaba por invadir esos sistemas, poblándolos de santuarios de idolatría y de rituales exotéricos y vulgares.

En el orden de las ideas, la pugna entre hinduistas y mahometanos nunca se ha zanjado, y hoy se complica con factores políticos y económicos: las consecuencias de la partición del subcontinente, la subrogación de la lucha entre los anhelos nacionalistas y el imperio británico, la competencia entre las clases medias por negocios o cargos burocráticos, las relaciones con los bloques ideológicos que se dividen el mundo. Aquella pugna asume proporciones monstruosas, como las matanzas recíprocas del año 64 con motivo del supuesto robo de un cabello de Mahoma en Kachemira —llevadas al paroxismo ahí donde las pasiones se desbocan, como en Bengala—. La capacidad de violencia de todos los hindúes no trasciende el ámbito religioso, y por lo tanto no amenaza el orden terrenal ni la relación entre el hombre y el poder, el pueblo y los factores de su atraso. Todas las religiones concuerdan en el sostenimiento de la autoridad. El conflicto entre el Estado laico a que aspira el gobierno actual y la superestructura religiosa —ligada a la pervivencia del feudalismo— es latente; pero no cobrará virulencia mientras al igual que en muchos otros estadios de la vida comunitaria, prevalezca una distancia tan poco mensurable entre las instituciones jurídicas y la realidad humana.

Tres conceptos forman el continuo histórico de la religiosidad en la India: la noción de lo sagrado, con su prolijo y absorbente ritual externo; la reencarnación, que al poner énfasis en la unidad de todo lo que vive se traduce en el desprecio por las desigualdades empíricas, y la desalienación del individuo con respecto a su medio, que excluye su funcionamiento como reactivo contra la naturaleza y el orden temporal. La fuerza de estos conceptos no es la rigidez o la militancia proselitista, sino el espesor adiposo e inerte.

A través de ese tejido tendrán que abrirse paso las manifestaciones de progreso técnico y justicia social, acaso los solos conceptos creados por el Occidente sin plagio ni deuda con la India, susceptibles de tender el puente sobre el abismo que nos separa y de contradecir la terrible sentencia de Kipling: *East is East and West is West— and never the twain shall meet.*



Manuel Tello

UN DISCURSO
CONTEMPORANEO



Julio Favre

LA INTERVENCION
FRANCESA EN MEXICO

Manuel Tello

UN DISCURSO CONTEMPORANEO

Grandes eran todavía la popularidad interna y el prestigio internacional de Napoleón III nueve años después del golpe de Estado del 2 de noviembre de 1851 que inútilmente trató de hacer abortar un reducido grupo de legisladores franceses, entre los cuales se encontraban Victor Hugo y Julio Favre. El apoyo desganado que recibieron de los obreros de París y el tardío de los republicanos de provincia —que el príncipe de las letras francesas no puede menos que reconocer en su libro *Historia de un crimen*— fue ineficaz ante la maniobra cronométricamente planeada por el Presidente Luis Napoleón con el apoyo del Ejército y el concurso de ese hombre frío, calculador, inteligente y ambicioso, en ocasiones impertinente con los miembros de la mayoría y estudiadamente cortés con los de la minoría —el Duque de Morny— que siendo su medio hermano fue Presidente del Cuerpo Legislativo prácticamente hasta su muerte, acaecida el 8 de mayo de 1865.

De los 5 434 226 votos que obtuvo Napoleón en las elecciones del 10 de diciembre de 1848, contra 1 498 000 que recogió Cabagnac y 7 910 que logró Lamartine, pasó a cerca de 8 000 000 en el plebiscito de 20 de noviembre de 1852 convocado por el Senado y en cuya virtud se restableció la monarquía en Francia y el príncipe-presidente fue proclamado Emperador con el nombre de Napoleón III.

Durante los años subsecuentes, Francia pasó por un periodo de incuestionable prosperidad económica. Las obras públicas se multiplicaron a simple vista. Se construyeron ferrocarriles y carreteras, se desarrollaron las industrias del carbón, del fierro y del gas, se estimuló la creación de ciudades obreras y se multiplicaron las obras de beneficencia. Las ciudades se embellecieron y la actual fisonomía de París se debe, en gran parte, al plan trazado por el Barón Haussmann, Prefecto del Sena.

La exposición universal de 1855 permitió comprobar los enormes adelantos materiales realizados en Francia.

En el terreno internacional, la guerra de Crimea, terminada gloriosamente para Francia, y la victoria de Solferino que culminó en los preliminares de Villafranca y en el tratado de Turín lo convirtieron en el árbitro de Europa. Se le consideraba (y esto le fue echado en cara con motivo de su intervención en México) el campeón de las nacionalidades, o como diríamos ahora, del derecho de autodeterminación de los pueblos.

Debido al sistema de presentar listas de candidatos oficiales —quienes, naturalmente, gozaban de todo el apoyo de la maquinaria oficial— la oposición dentro del Cuerpo Legislativo era prácticamente nula; pero ésta existía pues los franceses, a través de su historia, se han rebelado en contra de las dictaduras. Aun cuando la libertad de prensa no existía, se publicaban, más o menos clandestinamente, periódicos opositorios y circulaban de mano en mano los procedentes del exterior con artículos firmados por Victor Hugo, quien se negó a acogerse a la amnistía decretada por Napoleón III a mediados de 1860.

Convencido de que no corría el menor riesgo dio un paso más con el decreto del 24 de noviembre de 1860 en cuya virtud el Senado y el Cuerpo Legislativo podrían cada año, mediante un mensaje libremente discutido en respuesta al discurso del Trono, examinar y apreciar la política del gobierno, en la inteligencia de que los debates parlamentarios serían reproducidos en *El Monitor Universal*, diario oficial verdaderamente *sui generis* pues no sólo insertaba los decretos y los debates del Senado y del Cuerpo Legislativo sino que contenía también noticias internas y externas, crónicas musicales, teatrales y literarias, el indispensable folletín y anuncios de librerías, almacenes de ropa, hoteles, costureros y modistos y de quién sabe cuántos establecimientos más.

Si el decreto de 24 de noviembre no implicaba ninguna amenaza para Napoleón III, fue de todos modos una concesión que tuvo la virtud de que se conocieran y difundieran los discursos de la oposición y, más concretamente, los de los miembros de la oposición republicana que vulgarmente eran conocidos con el nombre de los *cinco* pues a esta cifra ascendían los que la integraban. Los franceses volvieron a apasionarse por la política y los mexicanos de aquel tiempo pudieron comprobar que aun en el recinto parlamentario de Francia se elevaban voces estimulantes para México.

Con estos antecedentes (expuestos someramente) veamos ahora cómo se iniciaron y desarrollaron las actividades del Cuerpo Legislativo durante la intervención francesa.

El 17 de enero de 1862 Napoleón III pronunció el discurso con que, de hecho, se inauguraba, como cada año, el periodo de sesiones del Senado y del Cuerpo Legislativo. En ese discurso figuran los siguientes párrafos:

“Los anamitas resisten débilmente a nuestra dominación y no nos encontraríamos en lucha contra nadie si, en México, los procedimientos de un gobierno sin escrúpulos no nos hubieran obligado a unirnos con España e Inglaterra para proteger a nuestros nacionales y reprimir atentados contra la humanidad y el derecho de gentes.

“De este conflicto nada puede surgir que sea de naturaleza a alterar la confianza en el porvenir.”

Como consecuencia del procedimiento adoptado, el Cuerpo Legislativo, en plena actividad, nombró una comisión para que preparara el proyecto de respuesta que le sería sometido. Esto dio origen a que, el 13 de marzo de 1862, se escucharan los dos primeros discursos en contra de la intervención francesa que apenas se iniciaba. Es interesante notar que fue un miembro de la mayoría —Aquilés Jubinal— quien con palabras que a las claras denotan sus aficiones literarias (había escrito libros sobre trovadores, juglares, romances, canciones de gesta, tapicerías históricas, etc.) pronunció el discurso en el que figuran los párrafos que me parece útil insertar:

“No sé con qué título iríamos a atacar sin razón absoluta, —si lo que se dice es cierto— a un pobre y pequeño pueblo que



se halla más allá de los mares. No quiero entrar y no entraré en los detalles de las divisiones que han desgarrado a México y lo desgarran todavía. No mostraré el partido liberal luchando contra algunas castas de privilegiados que, teniendo la riqueza en sus manos, se sirven de ella para impulsar al ejército a que lleve a cabo *pronunciamientos* (*sic* en el original) cada vez que un gobierno liberal asciende al poder. Estamos demasiado lejos para hablar con provecho, sobre ese juego terrible de los partidos. Sin embargo, el gobierno actual es un gobierno regular. Desde que Juárez sucedió a Miramón, Juárez es el jefe incontestable; ningún ciudadano protesta, no hay sublevaciones; démosle tiempo de organizarse y, si no se trata entre él y ustedes de cuestiones de alta política, démosle tiempo de pagar.”

“En resumen, para concluir y por lo que a mí respecta, no desearía que la opinión pública en Francia fuese extraviada por informes inexactos; y confío en que, mejor esclarecida irá en ayuda y apoyo de una nacionalidad joven que trata de constituirse, y quiere hacerlo a su manera, *motu proprio* y en la forma que le convenga. Espero sobre todo que Francia no dejará de sentir por México la simpatía de la que se encuentra animada hacia todos los pueblos que gravitan hacia el progreso; espero que no renegará de ninguno de sus principios y que, sobre todo, reconocerá que lo que sucede en México es como un eco lejano de los principios que fundaron su gran nacionalidad, un eco de los principios del 89.”

Después del discurso de Jubinal tomó la palabra Julio Favre. Lo hizo improvisando desde su escaño pues no se instaló una tribuna sino algunos años después. Como todos los suyos fue una magnífica pieza oratoria. Con lógica implacable y estilo apasionado analizó la situación y predijo que la intervención y el establecimiento —que ya se venía rumorando— de un imperio en México estaban irremediabilmente condenados al fracaso. Desde ese momento Favre tomó la palabra para condenar la intervención francesa. Lo hizo en las dos únicas ocasiones en que, cada año, de acuerdo con el reglamento del Cuerpo Legislativo, podía hacerlo: cuando se discutía el mensaje, en respuesta al discurso del Trono, y cuando había necesidad de aprobar los presupuestos de egresos o de otorgar créditos suplementarios para cubrir los déficit ocasionados por diversos motivos, entre ellos, por los de la intervención francesa.

De los once discursos que pronunció he seleccionado el del 10 de julio de 1867 por dos razones: primera porque —días más o días menos— lo hace precisamente un siglo antes de que aparezca la *Revista de la Universidad de México* para la que escribo estas líneas; en segundo lugar porque casi cierra el ciclo de las voces favorables a México dentro del Cuerpo Legislativo de Francia y que, como sucedió con la arenga de Victor Hugo, tuvieron el privilegio de confirmar, en nuestra opinión pública ilustrada, que no era Francia la que nos hacía la guerra. Tan es así, que José María Iglesias en su *Revista Histórica* sobre la

Intervención Francesa en México correspondiente al 22 de abril de 1863 escribía:

“Honor a los cinco diputados que en la cuestión de México han defendido los derechos de esta pobre república, atacados con felonía por el hombre del 2 de diciembre. Honor a los cinco diputados pertenecientes al número, demasiado corto por desgracia, de esos seres privilegiados, que han hambre y sed de justicia, que anteponen a toda consideración el cumplimiento del deber.”

También hicieron mella en la opinión pública de Francia los discursos que, en el mismo sentido, pronunciaron Ernesto Picard, Adolfo Thiers, Pedro Antonio Berryer, Adolfo Gueroult y Alejandro Glais-Bizoin y las enmiendas presentadas por los cinco legisladores cuya cabeza visible fue, al principio, Émile Olliver quien, en su libro *La expedición de México*, dice que “Juárez era un hombre de Plutarco de quien cualquier nación podría enorgullecerse”. Pero no sólo durante la intervención hubo el sentimiento de que no era Francia la que nos hacía la guerra, aun cuando en esos momentos era difícil distinguir entre ella y Napoleón III, sino que posteriormente el mismo Juárez, en una carta que escribió desde Cuernavaca el 18 de diciembre de 1870* y en la que, refiriéndose a un mensaje del Comité Republicano de los Dos Mundos decía: “Este mensaje, dictado por la más cordial simpatía, y que tuve el honor de ser uno de los primeros en firmar, está destinado en la mente de sus autores, no solamente a llevar al infortunado pueblo francés la expresión de nuestros votos y de nuestra admiración sino también, y sobre todo, a no dejar subsistir en su espíritu ninguna duda sobre los sentimientos fraternales que animan a todos los verdaderos mexicanos hacia la noble nación para la cual tiene tantas obligaciones la causa de la libertad...”

Precisamente para rendir un homenaje a Juárez, en el centenario del triunfo de la República, y para robustecer la amistad que liga a México y a Francia, hice la recopilación de los discursos favorables a México que fueron pronunciados en el Cuerpo Legislativo de Francia de 1862 a 1867 y que saldrá a la luz en estos días, dentro de la labor editorial del Senado de la República.

De todos esos discursos iniciados —como ya lo he dicho— por el de Jubinal y concluidos por el que pronunció Ernesto Picard, el 24 de julio de 1867, mis preferencias van a los de Favre. No tienen la violencia de los de Glais-Bizoin ni la frialdad analítica y el tono un poco jactancioso de los de Thiers para quien las luchas intestinas —él mismo lo dice— son inadmisibles. Inclusive, por lo tanto, las de México.

Favre se revela en sus discursos como un gran estadista. Algunos de ellos bien podrían traerse a colación al examinar la

* La carta fue publicada el 18 de febrero de 1871 en la primera página del diario *Le Rappel*, del que he hecho la traducción al español.

presente situación internacional que, no obstante el compromiso que contrajimos al firmar la Carta de las Naciones Unidas de "practicar la tolerancia y convivir como buenos vecinos", pasará a la historia como rotunda contradicción de esa sabia norma del derecho de gentes.

Y es en los principios más elevados y permanentes del derecho internacional en los que Favre basa la parte doctrinaria de sus discursos como lo hace, por ejemplo, el 13 de marzo de 1862 cuando analiza el párrafo de la obra magistral de Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, relativo al derecho de la guerra.

De él bien puede decirse lo que Ignacio M. Altamirano dijo de Thiers en la velada que, en su memoria, se celebró el 24 de octubre de 1877, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la que era socio honorario: "Y es que Adolfo Thiers tiene títulos incontestables al amor de sus conciudadanos, a la admiración del mundo civilizado y a la profunda simpatía de México."

El discurso que pronunció el 6 de febrero de 1863 recibió una gran difusión en México y fue publicado en un folleto impreso por Vicente García Torres y mereció este comentario de F. M. de Olaguibel: "Gloria a México y gloria a Francia por tal defensor y representante."

Hijo de una familia de comerciantes, Favre nació en Lyon el 31 de marzo de 1809. Después de terminados sus estudios de derecho en París, ejerció su profesión tanto en la capital de Francia como en su ciudad natal, distinguiéndose por sus opiniones republicanas y por su talento como orador. Fue una de las figuras más destacadas en las asambleas constituyentes y legislativas y, como ya lo he dicho, trató de organizar la resistencia al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Elegido en 1858 por uno de los distritos o cuarteles del Departamento del Sena fue uno de los cinco republicanos que constituían la oposición dentro del Cuerpo Legislativo. Fue el defensor de Félix Orsini cuando éste y otros políticos italianos lanzaron una bomba contra la carroza del Emperador en el momento en que llegaba a la Ópera. Napoleón resultó ileso pero hubo 156 víctimas entre muertos y heridos. Favre hizo una brillante defensa de Orsini, pero aunque éste fue condenado a la pena capital, los diversos factores que se movieron en torno de este asunto, contribuyeron a reforzar en Francia y en Italia la causa de la unidad italiana.

Trató en vano de que el Cuerpo Legislativo votara una moción, en la noche del 3 al 4 de septiembre de 1870, destituyendo a Napoleón III, quien la víspera había sido hecho prisionero en Sedan, en la guerra franco-prusiana.

Firme sostenedor del gobierno de la Defensa Nacional, del que fue Ministro de Negocios Extranjeros, se vio en la dolorosa necesidad de ser actor en la capitulación de París y de firmar en Versalles, el 28 de enero de 1871, el armisticio.

Con su renuncia del 2 de agosto de 1871 se retiró a la vida privada, muriendo en Versalles en 1880.



Julio Favre

LA INTERVENCION FRANCESA EN MEXICO

Señores:

Si el solemne debate que se ha entablado ante la Cámara no tuviera más objeto que el de disertar,¹ por una y otra parte, acerca de los resultados de un acontecimiento doloroso, sería inútil prolongarlo; pero el eminente orador que me ha precedido² lo ha reconocido: el alcance del debate es más elevado.

Menos que ante un lamentable fracaso nos encontramos ante todo un sistema del que aquél no es, en verdad, sino la consecuencia y el síntoma.

Y es justamente porque la política del gobierno está directamente comprometida, por lo que el honorable ministro de Estado³ se ha cuidado, al entrar en los detalles retrospectivos necesarios, de despejar completamente su responsabilidad; y, a decir verdad, señores, al oírle, por lo menos en la primera parte de su elocuente discurso, me preguntaba yo cómo se hubiera expresado si la expedición hubiera sido coronada por el éxito.

Decía hace un momento que las razones invocadas por el señor ministro de Estado, en la primera parte de su discurso, debían haber asegurado el éxito de la expedición. Por lo que a mí respecta —y se trata de una opinión que he manifestado en la Cámara no solamente ahora que tengo el honor de hablar—, me parece que la expedición estaba totalmente destinada a un fracaso, y que era imposible, desde el principio, hacerse la menor ilusión si se hubiera sido sensato, prudente y reflexivo.

El primer ministro de Estado estará de acuerdo conmigo en que es una misión difícil la de gobernar a una gran nación; en que el hecho de ser responsable de sus destinos es aceptar uno de los mayores deberes que le sea dado al hombre contemplar frente a frente en este mundo y que, cuando se han dirigido los asuntos de su país en forma tal que se han gastado 700 millones de una manera completamente estéril, que, sin ningún éxito, la sangre de los soldados de Francia ha regado la tierra a donde fueron arrojados y en donde han sucumbido gloriosamente... no basta con venir a decir a esta tribuna que se han equivocado, que se es humano, que se está sujeto a la falibilidad. Lo sabemos y se los recordamos algunas veces a los señores ministros cuando pretenden colocarse por encima de todas las debilidades humanas... cuando piden que se les crea bajo palabra, que se les siga con confianza; cuando piden votos sobre los cuales no hay la posibilidad moral de comprobar las razones determinantes.

Ésta es, en efecto, la tesis que me tomé la libertad de defender en la sesión de ayer y que el honorable ministro de Estado ha combatido en la de hoy.

Quiero tratar, si la Cámara me lo permite, pues no puedo hacer nada sin ella y necesito más que nunca de su tolerancia, quiero tratar —repito— de responder, no en detalle, sino de

un modo somero a lo que acaba de decirse para justificar la conducta del gobierno.

En cuanto a mí, ya he dicho y sostengo que nunca se han dado bastantes luces a la Cámara y al país acerca del verdadero alcance de la expedición de México. Que si el país y la Cámara lo hubieran conocido, jamás le hubieran dado su asentimiento.

El señor ministro de Estado, refiriéndose en este punto a los precedentes de la expedición, me contestaba que esta expedición no había tenido nunca otro objetivo que la reparación de los agravios de nuestros nacionales; que, al respecto, todo había sido revelado a la luz del día; que no había habido ni disimulo ni sorpresa. Ustedes recuerdan los reproches que me dirigió cuando, haciendo alusión a una parte de mi disertación, recordó lo que yo había dicho acerca de la del honorable señor Billaut.

He dicho y sostengo que, cuando en 1862, se anunció a la Cámara la expedición de México se le ocultaron todos los precedentes que podían arrojar sobre ella una luz clara; que cuando hacíamos alusión a esos precedentes, éstos habían sido enérgicamente desmentidos. En verdad yo no hubiera cumplido con el deber que nos impone a cada uno de nosotros el mandato que hemos recibido, si en presencia de la verdad comprobada, no la hubiera expuesto libremente ante vosotros.

¿Es cierto o no que, en la sesión del 14 de marzo de 1862, interrogamos al gobierno acerca de las negociaciones anteriores entabladas con la corte de Austria? ¿Es cierto o no que estas negociaciones existieron? El señor ministro de Estado las ha confesado desde esta tribuna. ¿Es cierto o no que éstas recibieron un solemne mentís por parte de los órganos del gobierno? Un mentís de lo que es exacto, cuando se trata de ilustrar a la Cámara y al país. ¿Es esto ser fiel a la verdad y respetarla?

He aquí las preguntas que yo someto a la conciencia pública y a la de la Cámara.

A semejantes argumentos no se contesta con sentimentalismos, sin duda alguna muy respetables, y oponiéndonos conveniencias a las cuales, que yo sepa, nunca he faltado por mi parte. Era mi deber recordar a la Cámara esos preliminares, recordarle que al principio de la expedición de México, no solamente no se le había dicho toda la verdad, sino que le había sido disimulada.

Pero insisto en este punto, porque aquí es donde la cuestión adquiere una gravedad verdaderamente excepcional y compromete en primer lugar la responsabilidad moral del gobierno.

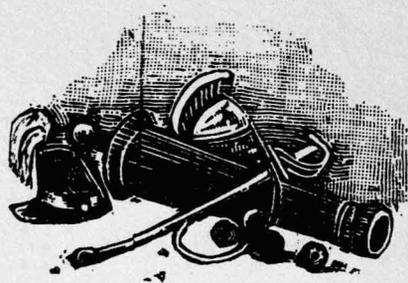
Se ha reconocido en esta tribuna que, desde 1858, se habían entablado conversaciones diplomáticas entre el gabinete de París y el gabinete de Madrid...

Señores, si me equivoco al decir lo que fue anunciado por el señor ministro de Estado, no me equivoco al hacer alusión a despachos oficiales, que no han sido desmentidos. Estas co-

¹ Discurso incluido en la obra *Voces favorables a México en el Cuerpo Legislativo de Francia 1862-1867*, por Manuel Tello, que próximamente publicará el Senado de la República.

² Adolfo Thiers.

³ M. Rouher.



municaciones oficiales son anteriores al tratado de 1861;⁴ emanan del señor de Thouvenel;⁵ emanan del señor Barrot; no fueron hechas a causa de esta discusión. Pues bien, mencionan que en aquella época, es decir, antes de que se tratara de la expedición de México, entre la corte de Francia y la corte de Madrid se hablaba de una restauración de la monarquía en México.

He aquí, señores, lo que es indeleble, y todos los argumentos posibles no podrán destruir este hecho a saber, que desde el año de 1860 se entablaron negociaciones al respecto; estas negociaciones fueron ocultadas a las deliberaciones de la Cámara, y si hubieran sido conocidas, si no hubieran sido desmentidas, no dudo que la Cámara, en su patriótica diligencia, habría pesado sobre el gobierno, no para pedirle que detuviera la expedición, sino para pedirle lo que pedíamos nosotros, y ahí están nuestras enmiendas para probarlo, así como nuestras palabras en la discusión de los mensajes⁶ de 1862 y 1863, es decir, que se restringiera esa expedición, que no se fuera más allá del marco de la reparación legítima de nuestros agravios; y no solamente que no se hicieran conquistas, sino que no se pusieran en caso alguno las armas de Francia al servicio de una combinación extranjera.

Pues bien, señores, una vez más, en 1862 todas esas negociaciones existían y eran negadas.

Además, en 1861 se produjeron no sólo simples conversaciones diplomáticas, sino intercambios de comunicados, de proyectos también, o mejor dicho, se concertó un tratado que hace un momento el honorable ministro de Estado recordaba, mencionando su términos. Pues bien, señores, convengo en que este tratado contiene reservas; voy a resumirlas en una palabra y a probarles que el gobierno no se encontró nunca en uno de los casos a que se aplicaban esas reservas; que él decidió, por su voluntad soberana, llevar a cabo una empresa que ciertamente había premeditado, que quería llevar a buen término, pero en cuyo secreto no entraron nunca ni la Cámara ni el país.

En efecto, en el mes de noviembre de 1861 se concluyó entre las tres Potencias el convenio que ustedes conocen y que yo les recuerdo en una palabra, convenio que contiene, como he dicho, una cláusula en la que se preveía una eventualidad, una hipótesis. Esta eventualidad, esta hipótesis, señores, no es nueva en la historia de los pueblos; y, si quisiéramos volver un poco los ojos hacia atrás y consultar nuestra propia historia, la encontraríamos escrita en los comunicados diplomáticos de aquellos que querían mancillar a Francia por medio de la invasión y la tiranía. Se decía, en efecto: es posible que, cuando se presenten las fuerzas de Francia en las costas de México, se manifieste un movimiento en la parte sana de la población; que esta parte sana cansada de tanta anarquía, abra los brazos al ejército francés, y quiera, con él, instaurar otro gobierno.

Decía señores, que conocemos semejante lenguaje, y con toda seguridad es de tal naturaleza que no solamente inquieta sino que inclusive ofende al patriotismo. ¡Ah! Sépanlo bien, pues las reglas eternas del derecho están por encima de las necesidades contingentes y de las excusas de los gobiernos; la parte sana de una población nunca se presenta ante el extranjero si no es para combatirlo, y aunque pesara sobre mi país un gobierno detestable, si apareciese el extranjero en la frontera, bajo el miserable pretexto de liberar al pueblo de aquel gobierno, yo sería, en lo que a mí respecta, el primero en verter toda mi sangre en su defensa y en defensa del suelo de la patria.

Pero, señores, al recordarles esta cláusula que, en efecto, daba al jefe de la expedición francesa una gran libertad de acción, el señor ministro de Estado ha omitido decirles cuáles eran los síntomas que se habían presentado en México y que habían autorizado al jefe de la expedición a creer que la parte sana de la población iba a alinearse alrededor de su bandera.

La expedición francesa salió de las costas de Francia, como ustedes saben, en el mes de diciembre de 1861. Llegó en 1862 a México.

Hace un momento —y no sin asombro, lo confieso— oí decir al honorable ministro de Estado que siempre se había estado de acuerdo en que el medio de obtener la reparación de los agravios de nuestros nacionales era ir hasta la ciudad de México.

Señores, si se concibió semejante designio, pesa mucho sobre la responsabilidad del gobierno, pues este designio no solamente era contrario al derecho de gentes...

Era contrario a todos los intereses de Francia.

Pero, basándome en los hechos, contradigo lo que ha dicho el honorable ministro de Estado sobre este punto. Y, a mi parecer, el honorable señor Thiers tiene razón al contradecirlo también.

En efecto, señores, ¿cómo ocurrieron las cosas? Lo recordaré en una palabra.

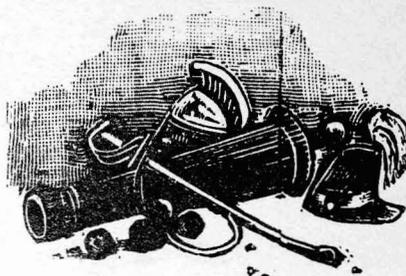
Cuando llegaron nuestras tropas, ustedes lo saben, el cuerpo expedicionario francés era de tres mil hombres. Yo no concibo que se confiara a una fuerza relativamente débil la realización de una empresa tan grande. En otras discusiones los órganos del gobierno alegaban precisamente la debilidad de aquel efectivo para sostener que Francia no había concebido, no diré ya ningún proyecto de conquista, esto no se ha alegado jamás, sino inclusive ningún proyecto de guerra.

Un cuerpo de tres mil hombres transportado a México sin material de campaña, sin medios de transporte... Y todos sabemos que estos indispensables elementos fueron obtenidos de los Estados Unidos, que nuestro ejército carecía absolutamente de ellos. Un cuerpo de tal naturaleza, digo yo, no puede enviarse

⁴ Convenio para ejercer una acción común en México, entre España, Francia y la Gran Bretaña. Firmado en Londres el 31 de octubre de 1861.

⁵ Eduardo Thouvenel, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, del 4 de enero de 1860 al 15 de octubre de 1862.

⁶ Respuestas del Cuerpo Legislativo a los discursos pronunciados por el Emperador la víspera de inaugurarse el periodo ordinario de sesiones.



tan lejos más que para dar un necesario golpe de mano para la reparación de los agravios hechos a nuestros nacionales.

En consecuencia, lo que decía el señor ministro de Estado, de que, desde un principio, se había concebido el proyecto de marchar sobre la ciudad de México está en flagrante contradicción con la cifra de nuestros efectivos. Pero no es eso todo.

En los documentos oficiales que están en poder de la Cámara, tenemos pruebas no menos contundentes de que no era éste el designio de la diplomacia francesa.

En efecto, cuando nuestras tropas fueron a alcanzar al cuerpo de ejército español, ustedes saben que había sido concluido el convenio de la Soledad. Que en virtud de este convenio, nuestras tropas dejaron las tierras calientes para acampar en Orizaba, lo que prueba, para decirlo de paso, que no había, de parte de aquéllos frente a los cuales íbamos a encontrarnos, ninguna idea aparente de trampa, puesto que precisamente se nos sacaba de una posición malsana para colocarnos en una posición salubre.

El señor ministro les ha hablado de la desautorización que recibieron nuestros agentes y de la imposibilidad de aceptar semejante convenio.

Ya no discuto estas cosas; solamente, al lado de la aserción del señor ministro, quien agregó que inmediatamente se había tomado la resolución de marchar sobre la ciudad de México, pongo el documento al que ha hecho muy a menudo tantas alusiones demasiado atenuadas. Me refiero al ultimátum que, en aquel momento, fue presentado por los plenipotenciarios franceses, ultimátum en el que todo se reducía a una cuestión de dinero, tanto para la reparación de los agravios de nuestros nacionales como para cubrir un crédito extranjero, y todo mediante una garantía que, si hubiera sido aceptada por el Gobierno francés, habría hecho imposible toda guerra.

Esto no puede negarse; y me siento feliz por el movimiento de asentimiento que veo de parte del honorable ministro de Estado, ya que está en completa contradicción con todo lo que acaba de decir acerca de la supuesta resolución de ir inmediatamente a México.

Esto, señores, es la evidencia misma. He aquí el ultimátum en que se pide para nuestros nacionales una suma de sesenta millones y de setenta y cinco millones para los bonos Jecker, en el cual, repito, se pide la ejecución del contrato Jecker; y es una novedad en diplomacia que los agentes de una gran potencia tomen en sus manos la ejecución de un contrato entre un gobierno extranjero y un simple particular, sobre todo cuando se trata de un contrato puramente usurario. Este contrato usurario motivó que Inglaterra y España se separaran de nosotros de manera ostensible y declararan que se trataba de un crédito fraudulento sobre el que se basaban las reclamaciones de Francia, y que dichas

naciones no podían, en tal circunstancia, prestarle su concurso.

Pero sobre lo que yo insisto y sobre lo que quiero llamar la atención de la Cámara, es que, después de haber expuesto estas condiciones, agregaba el ultimátum:

“Para garantía del cumplimiento de las condiciones pecuniarías y de las demás establecidas por el presente ultimátum, la Francia tendrá el derecho de ocupar los demás puertos de la República que crea a propósito, y de establecer en ellos comisarios designados por el gobierno Imperial, cuya misión será asegurar a las potencias que tengan derecho a ello, la entrega de los fondos que de los productos totales de las aduanas marítimas de México deberán ser separados en su provecho con arreglo a los convenios, y la entrega a los agentes franceses de las sumas debidas a la Francia.”⁷

Y no hay que decir, como manifestaba hace un momento el señor ministro de Estado, que ese ultimátum era un documento sin alcance producido por nuestros agentes; había sido confiado a estos agentes por el señor ministro de Relaciones Exteriores; la cifra de las indemnizaciones se había dejado en blanco,⁸ y las críticas que se hicieron durante la sesión de ayer, por parte del honorable señor Thiers, eran tan acertadas que estaban en completo acuerdo con el señor ministro de Relaciones Exteriores quien, con fecha del 28 de febrero de 1862, decía en un comunicado: “La cifra en la que el departamento había tratado de evaluar nuestras reclamaciones no alcanzaba la cifra fijada por su artículo primero; pero a falta de elementos suficientes de apreciación, se le deja al respecto una gran amplitud.”

No quiero abusar del tiempo de la Cámara poniendo ante sus ojos otras partes de este comunicado; la Cámara podrá verificarlo. Se trata de los bonos Jecker. El señor ministro de Relaciones Exteriores deja sobre este punto una gran amplitud al agente francés; y los bonos Jecker han sido de tal modo el objeto de una preocupación constante, por parte de los que emprendieron la expedición, que en el momento actual los bonos Jecker son los únicos sobre los que se ha entregado dinero.

Se concluyó un convenio en virtud del cual se debían entregar a Jecker 26 millones; fue aprobado por el ministro francés, lleva la firma del señor de Montholon.⁹ La mitad de esos 26 millones ha sido entregada.

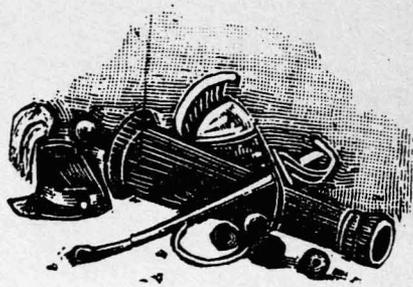
Jecker ha recibido 13 millones y nuestros nacionales esperan todavía: no han cobrado nada. Y ese crédito fraudulento, que no representa más que 75 000 pesos, pagados por Jecker a Miramón, por el que sin embargo obtuvo 75 millones en bonos, ese crédito, que ha sido el escándalo de Europa, ha sido pagado en parte. Trece millones de lo mejor del tesoro mexicano han sido pagados; ese crédito ha sido el objeto de una predilección que jamás ha sido desmentida.

Reconozco que el hombre infinitamente deplorado del que

⁷ El texto íntegro figura en la obra de José María Vigil *México a través de los siglos*, Tomo V. Pág. 500.

⁸ El artículo 3o. dice: “México se obliga a la ejecución plena leal e inmediata del contrato hecho en el mes de octubre de 1869 entre el Gobierno mexicano y la casa Jecker.” *Op. cit.* Pág. 499

⁹ Marqués de Montholon, Ministro Plenipotenciario de Francia en México de 1863 a 1865.



hablaba hace un momento el señor ministro de Estado, nuestro antiguo y muy querido colega el señor Langlais —el cual, en efecto, fue muy valerosamente a México—, y que, contra lo que decía hace un momento el señor ministro de Estado, no daba una prueba de confianza absoluta en las finanzas mexicanas, que daba una prueba de otra naturaleza muy distinta, a saber, que el gobierno tenía necesidad de un vigilante informado, de un hombre enérgico para la administración del tesoro mexicano. Reconozco que cuando llegó a México se opuso a la continuación de aquel contrato escandaloso e impidió el pago de la segunda parte de los 26 millones; de manera que solamente se han pagado 13 millones y eso gracias a la actuación benévola del agente francés enviado por el gobierno.

EL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO — ¿Quiere usted permitirme una rectificación?

EL SEÑOR JULIO FAVRE — Todo lo que usted quiera, señor ministro.

EL SEÑOR MINISTRO — Como no deseo tomar la palabra para contestar al honorable señor Julio Favre, le agradezco que me permita interrumpirle y le pido a la Cámara autorización para decir inmediatamente...

EL SEÑOR JULIO FAVRE — No pido más que la verdad. Los que lo duden no tienen más que descender hasta el fondo de su conciencia. Si tienen otros sentimientos no los felicito.

EL SEÑOR MINISTRO — El honorable señor Julio Favre comete involuntariamente un error material.

Se celebró en el mes de abril de 1865 un convenio en el que, en efecto, se encuentra la firma del señor de Montholon. Por este convenio, relativo al asunto Jecker, se disminuyó el crédito en un 60 por ciento de su capital primitivo. El 40 por ciento restante se estipuló que sería pagadero en varios años a razón de un millón al año, sin intereses y por vía de adjudicaciones.

Este convenio, que reducía muy considerablemente la reclamación del señor Jecker, no se ejecutó. Es un convenio nuevo que se celebró en el mes de septiembre de 1865 y acerca del cual el honorable ministro de Hacienda escribía, el 14 de octubre, la siguiente carta al ministro de Relaciones Exteriores:

“Las cartas que acabo de recibir de México me ponen al corriente de nuevas negociaciones que se habían abierto para la completa liquidación de este crédito. Ignoro los arreglos que se hayan hecho, pero el Gobierno mexicano ha emitido letras de cambio por valor de 12 660 000 francos sobre la Comisión de Hacienda de México en París a la orden del señor Jecker.

“Esta suma excedía los fondos actualmente disponibles y que provienen del último empréstito...

“Tengo motivo para estar sorprendido de que se hayan ce-

lebrado convenios de esta naturaleza sin la intervención del Ministro de Francia en México; han producido en mi ánimo una dolorosa impresión que no quiero ocultar a Su Excelencia, ya que tales convenios tienen como consecuencia el absorber capitales obtenidos con grandes trabajos y que, en mi opinión, deberían recibir una aplicación más urgente y que respondiera mejor a las exigencias actuales del Imperio mexicano.”

Tengo además en mis manos la carta del Ministro de Relaciones Exteriores dirigida al señor Dano¹⁰ por medio de la cual protestamos contra aquel convenio y lo declaramos deplorable; y obtuvimos que no se continuara su ejecución.

El gobierno francés fue absolutamente ajeno a los últimos incidentes de este asunto, y en cuanto conoció de ellos los censuró enérgicamente e impidió su ejecución.

EL SEÑOR JULIO FAVRE — Señores, es natural que no quiera prolongar este incidente.

No deduzco de la respuesta que acaba de hacerme el señor ministro de Estado y que me es imposible —la Cámara lo comprende— comprobar...

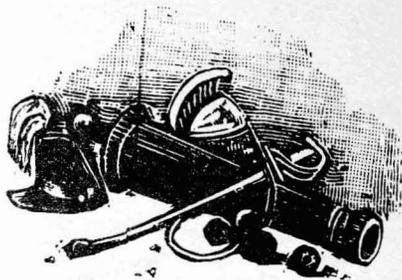
Me parece que la contradicción es la comprobación y que la comprobación es la contradicción. Para razonar sobre documentos es preciso conocerlos; para razonar sobre una situación es preciso verificar el conjunto.

No deduzco de su respuestas más que este detalle: que el señor ministro de Estado les dice que el Gobierno francés quiso que sus agentes permanecieran completamente ajenos a esta negociación, en la que, sin embargo, vemos la firma, que no ha sido discutida, del señor marqués de Montholon. El señor marqués de Montholon, ministro de Francia, intervino en el arreglo al calce del cual se encuentra su firma.

Ahora bien, que el Gobierno francés haya rectificado su resolución, es algo que me es imposible examinar en el momento actual; pero lo que atestiguan los documentos que me han sido proporcionados, es que Jecker recibió una parte de las sumas prometidas por el Gobierno mexicano en virtud del contrasello de nuestro agente y que el contrato fue ejecutado hasta alcanzar cierta suma. Tenía, pues, razón al decir que la estipulación en el ultimátum revestía el máximo interés para quien la había escrito y que fue una causa de la ruptura de las negociaciones que tuvieron lugar entre México y Francia.

Pero a lo que quiero limitar la discusión es a lo siguiente: si estas negociaciones hubieran tenido éxito, si México hubiera aceptado la cifra de las reclamaciones de Francia, si esta suma de 12 millones de pesos hubiera sido aceptada por México, si el ministro de México hubiera prometido ejecutar el contrato Jecker, no hubiera habido expedición, no hubiera habido guerra. México habría entregado en manos de Francia uno de los puertos señalados en el ultimátum.

¹⁰ Alfonso Dano, Secretario de la Legación francesa, se hizo cargo de la misma al terminar su misión el marqués de Montholon. Fue acreditado como Ministro Plenipotenciario el 7 de junio de 1865.



Entonces, pregunto, ¿en qué se convierte este gran pensamiento de poner fin a la anarquía de la República mexicana y este proyecto de ir hasta la ciudad de México? No había, según el señor ministro de Estado, ningún otro medio para obtener la reparación de los agravios de nuestros nacionales. He demostrado que el medio estaba estipulado en el ultimátum.

Pero agregó que existía, en el fondo de sus resoluciones, una decisión previamente tomada cualquiera que fuera el resultado de aquellas negociaciones: marchar a la ciudad de México por la fuerza, y establecer allí el gobierno que habían decidido.

En efecto —y aquí es donde recuerdo la pregunta que hace un momento me tomé la libertad de hacer al señor ministro de Estado—, reconozco que en el convenio de 1861 había una reserva: que si una parte de la población se mostraba favorable a la expedición se podían recoger sus votos. Pero recuerden al mismo tiempo las estipulaciones de este convenio y las palabras solemnes que el señor ministro de Estado traía a colación en esta tribuna, y que habían sido proferidas varias veces por los órganos del gobierno, en el sentido de que nunca emplearíamos la fuerza.

¿Quién es el hombre de buena fe que se atrevería a decir, en el estado actual de las cosas, que esta palabra fue cumplida, que no se empleó la fuerza, que ésta no fue en realidad el único medio por el que se trató, cediendo a una deplorable ilusión, de establecer en México ese fantasma de imperio que pronto se derrumbó detrás de vuestros soldados? Sí; la fuerza ha sido el único agente que ha permitido a esta empresa aparecer en el mundo durante un instante.

Ustedes nos han hablado de cinco millones de sufragios dados al imperio; ¿dónde están las actas? Nunca las han producido.

No han hecho al respecto la menor justificación y no harán ninguna, pues esos cinco millones de sufragios son una imposibilidad material; esos cinco millones de sufragios no son, en realidad, sino los sufragios de esas doscientas quince personas notables de México, que se habían reunido en la ciudad de México a la sombra de nuestra bandera para dar sus votos al desdichado archiduque Maximiliano.

Y en verdad —ahí es donde vuelvo una y otra vez—, ¿dónde están los hechos que se produjeron y que les han autorizado para aprovechar las reservas contenidas en el convenio de 1861? Fíjense bien en que se trata aquí del poder más temible que se haya jamás confiado a un gobierno, es decir, del poder de hacer la paz o la guerra, de ir a desencadenar sobre los países vecinos el más horrible de los azotes y de comprometer a la patria en empresas que pueden sacrificar sus tesoros y su sangre. Pues bien, si efectivamente se ha podido creer, en virtud de este convenio de 1861, que era posible complacer el deseo y las aclamaciones de la población mexicana, cuando estos deseos, éstas aclamaciones les han faltado, cuando no han tenido uste-

des más que el valor y las bayonetas de los soldados, ¿en dónde se hallaba vuestro pretexto, vuestro derecho? Esto es lo que no han dicho ustedes, esto es lo que no pueden decir, pues el convenio de 1861 lo han desgarrado con la espada; han declarado que esta espada era su único derecho, y es con la ayuda de la fuerza como marcharon sobre la ciudad de México, en donde nadie los llamaba.

Esto es tan cierto que, cuando se vio que el gobierno francés se pronunciaba de este modo, sus aliados se separaron de él.

Hablaban hace un momento del general Prim, conde de Reus. Ustedes pueden conocer, ya que ha recibido una gran publicidad, la carta que escribió el 23 de marzo de 1862 al almirante Jurien de la Gravière, en la que decía: “El acto de conducir a los emigrados políticos al interior del país para que organicen allí la conspiración que un día deberá destruir al gobierno existente, así como el sistema político actual; un acto semejante cuando se avanza como amigos y cuando se espera el día fijado para las conferencias, no tiene ejemplo, y no alcanzo a explicármelo.”¹¹

Señores, este acto no solamente es contrario a todos los derechos de la humanidad y al derecho de gentes; es contrario a ese convenio de 1861, tras el cual tratan ustedes de refugiarse. No había ni razón ni pretexto para vuestra conducta; se trataba solamente de los emigrados que se encontraban entre los pliegues de nuestra bandera, y lo que ustedes protegieron eran sus ideas llenas de ilusión, sus conspiraciones de ambición personal, a cuyo servicio pusieron ustedes el tesoro y la sangre de Francia.

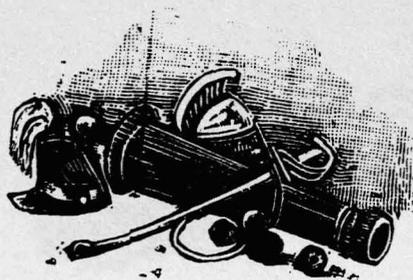
Pues bien, cuando Francia se vio obligada a comprobar cuál era la verdadera actitud de la población mexicana, ya ustedes saben cual fue el doloroso asombro que embargó a todos los corazones. ¿Les recordaré las proclamas por las cuales se prometía a nuestros soldados que serían recibidos en México por ciudadanos coronados de flores?...

¿Ya saben ustedes cuál fue la terrible desilusión que les esperaba!

¡Ah! Se ha hecho en el curso de estos debates, con una moderación que agradezco al señor ministro de Estado, se ha hecho alusión a un acontecimiento doloroso, en cuya interpretación y en cuya apreciación he desempeñado un papel personal, papel sobre el cual los acontecimientos no me han hecho cambiar de opinión.

Sí, en efecto, en 1863, en la discusión del mensaje, cuando nuestros soldados tropezaron valientemente contra obstáculos insuperables que desafiaban su heroico valor, cuando se encontraron en la necesidad de replegarse, propuse en esta Cámara —eso es cierto y lo propondría todavía— desde luego no que se abandonase México, sino que nos replegáramos a una posición sana, y que desde allí se consultara la disposición de la población y se tratara con los que eran sus jefes.

¹¹ El texto francés de esta carta, idioma en el que fue escrita, figura en el número 25 del Archivo Histórico Diplomático. México. Don Juan Prim y su labor diplomática en México. México, 1928, Pág. 121. En la obra Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia. Prólogo, introducción y notas, por Jorge L. Tamayo. Vol. 5. Secretaría del Patrimonio Nacional, 1966, figura una traducción al español. Pág. 138.



Dios mío, señores, lo reconozco públicamente, la expresión de semejante opinión pudo ser impopular en el país; pero por encima de la popularidad de un día se encuentra la verdad eterna, que aprecio en mucho más. Pues bien, la verdad eterna es la siguiente: un pueblo no tiene derecho, so pretexto de vengar un fracaso —cuando este fracaso en definitiva no puede en manera alguna lesionar su gloria, cuando ha sido sufrido en una empresa mal concebida, cuando ha sido el resultado de una equivocación, de la creencia en disposiciones que no existían— un pueblo, digo, no tiene derecho, para vengar su honor, de verter de nuevo sangre inocente.

Esto es lo que, para mí, estaba por encima de todos nuestros debates, y he aquí por qué me tomaba la libertad de aconsejar a la Cámara que tomase el partido que me parecía más patriótico y más sensato.

Dicen ustedes que era preciso, a toda costa, marchar sobre México... ¡Sí! Para poder inscribir nuevas conquistas en nuestros faustos, sin recordar que las conquistas mal concebidas pueden ir seguidas de funestos fracasos.

Pero en fin, ustedes fueron a México, instalaron allí un gobierno que no podría tener ninguna posibilidad de perdurar. Sin embargo, nosotros lo habíamos dicho constantemente, señores; habíamos hecho en esta Cámara advertencias sin cesar repetidas. Habíamos tratado de justificar nuestra opinión al respecto, opinión a la que, desgraciadamente, los acontecimientos han dado razón más que de sobra.

¿Pero se limitaron ustedes a esto? ¡Nada de eso!, no obstante que la responsabilidad del gobierno era ya muy grave.

Fue en 1864 cuando llegó a México con sus tropas el archiduque Maximiliano, cuando fue entronizado y cuando reunió a su alrededor la asamblea de los notables. Entonces, señores, ya se había dicho todo; Francia no debía llevar más adelante una empresa guerrera.

¿Pero cuál fue la idea constante del gobierno? La de considerar como enemigo personal de Francia al gobierno hostil a Maximiliano...

La de perseguirlo hasta sus últimos reductos, emplear el dinero y los soldados de Francia para acosarlo hasta las provincias más septentrionales de México y hacer desaparecer hasta la sombra de la resistencia. Es también aquí donde la responsabilidad del gobierno se halla profundamente comprometida. Depositario de nuestras fuerzas, no tenía derecho de prodigar nuestra sangre y nuestros tesoros por una causa que era, en realidad, una causa extranjera.

Si el emperador Maximiliano, como se dijo constantemente, era aceptado por toda la población, rodeado de esos cinco millones de sufragios y de todos los notables de México que querían sostenerlo, en este caso, era inútil sentarlo (*sic*) sobre nuestra bandera; pero nos lo repetían con complacencia en esta

tribuna a sabiendas de que la verdad era otra; la repetían con el fin de obtener los subsidios en hombres y en dinero que pedían, y, éste es justamente el reproche que les hago.

Ahora, ¿qué es lo que venía a decir?... La empresa ha fracasado, nos hemos visto en la necesidad de retirarnos.

Les demostraba ayer que, desde 1865, a fines de año, era evidente que este deplorable asunto caminaba a la ruina. Tengo aquí las correspondencias diplomáticas que lo comprueban y lo cierto es que, en aquel tiempo, ya no era posible hacerse ilusiones. Sin embargo, en aquel momento, —y pueden ustedes consultar cada número del *Monitor*¹²— no se cesaba de repetir que la empresa estaba rodeada de todas las posibilidades de éxito, que el trono del emperador Maximiliano estaba sólidamente asentado, que no debíamos concebir ninguna clase de inquietud. Y cuando me quejaba de que no se nos comunicase ningún documento oficial, el señor ministro contestaba que no existía ninguno o que, por lo menos, él no los conocía.

Bien sé que, en esta tribuna, él pretendió que nunca se había expresado en el lenguaje que yo le atribuía. Afortunadamente, existe *El Monitor*; y, por otra parte, el señor ministro de Estado tiene buen cuidado de hacer distribuir sus discursos, que leemos siempre con gran placer, incluso después de haberlos oído.

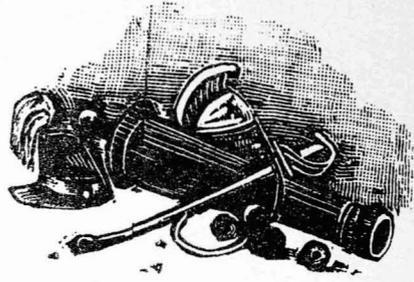
Pues bien, he aquí lo que encuentro en uno de sus discursos pronunciados en el mes de abril de 1865:

“Pueden ustedes referirse a todos estos documentos, no veo en ellos ninguna laguna ni una omisión. Por lo que a mí respecta, lo declaro ante la Cámara, cuando he querido enterarme de los acontecimientos acaecidos en México, desde el año pasado, he recurrido lisa y llanamente a los números del *Monitor*.”

Yo no sé si el señor ministro de Estado está de acuerdo con el orador de 1866. En cuanto a mí, encuentro que se contradice, y creo que yo tenía completa razón al expresarme, como lo hice en la Cámara en el curso de la sesión de ayer. Además, tengo razón de quejarme, cualesquiera que hayan sido las versiones del señor ministro de Estado, de que los documentos oficiales no hubieran sido publicados, pues la Cámara tenía el derecho de conocerlos y el deber de pedirlos para contar con plena luz sobre este asunto. Nada debería haberle sido ajeno. Se contentó con los artículos del *Monitor* y con las pomposas declaraciones de los discursos ministeriales. Ahora pregunto: ¿Pueden estas declaraciones conciliarse con la dignidad de Francia y del gobierno y con los resultados mismos de la expedición?

¿Pueden serlo?, cuando en el mismo discurso decía el ministro:

“Debe alcanzarse la meta, la pacificación debe ser completa,



la dignidad de Francia, la del emperador lo exigen por igual. El ejército francés no debe volver a nuestras costas sino cuando haya llevado a cabo su obra y cuando salga vencedor de las resistencias que haya encontrado.”

Y yo pregunto: ¿Se ha seguido el programa del señor ministro de Estado? ¿Se ha realizado nuestra obra? ¿No ha regresado de México el ejército francés? ¿Ha quedado solidamente establecido el trono de Maximiliano?

Tengo aquí, y no creo necesario ponerlos a la vista de ustedes, los comunicados oficiales por medio de los cuales los diferentes ministros repetían el mismo lenguaje, lo subrayaban con la misma energía. Existe para Francia, decían ellos, el deber imperioso de no abandonar a su aliado, de no dejar que su empresa vaya a la ruina... Y sin embargo, lo sabemos, señores, no insisto para demostrarlo pues, desgraciadamente, es la evidencia misma. El fracaso ha sido completo.

Hace un momento el señor ministro de Estado decía que el prestigio de Francia no ha sido menguado. Yo le pido que haga concordar la solución de este lamentable drama de México con las palabras que pronunciaba en 1866. Una de dos: o bien eran de una elocuencia pomposa que sólo al aire afectaban, o bien tenían un alcance político; si tenían un alcance político, ¿cómo es que hoy el ejército francés ha podido regresar abandonando a nuestros nacionales sin defensa y confiando sus intereses a legaciones extranjeras?...

Desde el punto de vista político decía yo, señores, que el gobierno era responsable desde un principio no solamente de la seguridad y el honor de Francia sino también de sus recursos y de su sangre; prodigarlos es un crimen... Ponerlos al servicio no diré de una causa perdida, sino de una causa que necesariamente debía ser perdida, es un error que pesa fuertemente sobre la responsabilidad del gobierno. El hecho de haber anunciado pomposamente todas aquellas cosas que se desvanecieron, el hecho de haber consagrado nuestros millones y la sangre de nuestros soldados son hechos graves de los que resulta una responsabilidad de la que no cabe desprenderse solamente por medio de la elocuencia del señor ministro de Estado. Además, el señor ministro de Estado, que no quiere que el prestigio de Francia sufra mengua por esta lamentable expedición de México, se halla forzosamente en la obligación de reconocer que todo lo que se ha dicho, que todo lo que se nos ha hecho esperar del desarrollo de nuestro comercio exterior, de nuestra prosperidad interior, que debían ser la consecuencia del éxito de la expedición, todo ello no fue sino un sueño que se ha desvanecido deplorablemente.

Pero no es sólo en México donde querían ustedes hacer la guerra: a través de su corazón, que ustedes tramaban, querían también alcanzar el de los Estados Unidos de América.

Pues bien, el triste resultado de esta expedición ha sido jus-

tamente el de engrandecer a esta América que con sus golpes ustedes querían alcanzar.

En efecto, la última palabra de vuestra falsa política —que ustedes glorifican, sin embargo, puesto que declaran que no han cometido errores y lo declaran incluso sobre las ruinas—; la última palabra de vuestra falsa política es la confesión de que la expedición de México ha tenido como resultado final el de dejar a ese gran país, que ustedes querían salvar de la anarquía, en manos de los Estados Unidos de América.

Señores, no soy yo quien lo imagina, es el gobierno quien lo ha dicho en la última declaración del *Monitor* cuya imprudencia señalaba yo cuando decía que la severidad del lenguaje oficial no debe llegar nunca hasta epítetos que pueden herir cruelmente a un gobierno, después de todo fuerte, y contra el cual ya no pueden ustedes hacer nada. No, no, ya no pueden ustedes hacer nada contra él, y en cambio él puede perjudicar considerablemente a la hora actual a nuestros nacionales.

He aquí lo que el gobierno ha dicho al *Monitor*: “México sería más que feliz si pudiera desaparecer del número de las naciones independientes y ser absorbido por vecinos poderosos.”

El resultado de vuestra expedición ha sido en consecuencia, el de hacer crecer desmesuradamente a esa América cuyo desarrollo les inquieta, tal y como lo comprueban declaraciones oficiales que yo podría presentar ante sus ojos.

Y cuando ustedes han comprometido las finanzas de Francia, cuando han hecho de la sangre de Francia un empleo que debe pesar fuertemente sobre sus conciencias... Tengo el derecho de decir que, en un país libre, se les colocaría en el banquillo de los acusados...

Solamente en Francia... (el ruido cubre la voz del orador).

EL SEÑOR PRESIDENTE SCHNEIDER — Tengan a bien, señores, dar con su moderación, el ejemplo de la moderación a la que invito al orador.

EL SEÑOR JULIO FAVRE — ¡La moderación es la libertad! ¡Es la libertad! Y no hay libertad allí donde *El Monitor*, que debe reproducir nuestros debates, se ve mutilado por la voluntad del que preside.

EL SEÑOR PRESIDENTE SCHNEIDER — No puedo dejar pasar por alto las últimas palabras del señor Julio Favre: el mérito, el derecho, el deber del *Monitor* es ante todo el de ser verídico; pero para que sea verídico, es menester que mencione exactamente lo que ha ocurrido. Y, las últimas palabras a las que se ha hecho alusión, no han sido oídas ni por la Cámara ni por el presidente.

EL SEÑOR JULIO FAVRE, desde su escaño — Estoy dispuesto a repetirlas.

A continuación varios legisladores pidieron la clausura, y después de una breve intervención de Adolfo Thiers se levantó la sesión.

EL POZO A LA ENTRADA DEL PUEBLO

Tu pozo a la entrada del pueblo, amada mía,
bajo el aroma de los cocoteros de dulce sombra.
Cuando vas en busca del agua, sobre tus flexibles hombros
la palanca se curva dulcemente.

Mi pozo a la entrada del pueblo.
Una tarde de verano, bajo el cielo azul,
sacaste para mí un cazo de ondas frescas
y la superficie del agua entremezcló nuestras imágenes.

El pozo de nuestros amigos a la entrada del pueblo
con su agua olorosa, limpia, deliciosa.
Es el lugar de la diaria cita
para hablar del trabajo, de la villa, de la aldea.

El pozo de los viajeros a la entrada del pueblo.
Todos se detienen para secar el sudor
y beber un trago recogido en un cesto de latania
penetrado del amor al país natal.

El pozo a la entrada del pueblo. El pozo a la entrada del pueblo,
dulce como recuerdo, limpio como perla,
es un pedazo de mi corazón, allá lejos, en el Sur.
Los piratas americanos lo han colmado de veneno.

TE HANH

Traducido al francés por Phau Huy Thong.
Adaptado por Pierre Gamarra.
Versión castellana de Carlos Castro.



POR

WILLIAM F. PEPPER

Un millón de niños han sido muertos o quemados en la guerra que Estados Unidos lleva a cabo contra Vietnam, de acuerdo con la estimación que hace William F. Pepper. Pocos de ellos llegan a los hospitales, que son pocos y distantes, pero los que llegan, tienen que ser instalados tres en una cama o, sobre periódicos, en el suelo. Se ven moscas en sus lesiones. Equipos tan simples como tazas y platos, escasean. Materiales para el tratamiento de las quemaduras —gasa, ungüentos, antibióticos y plasma— por lo general, no existen. Esto contrasta con la increíble rapidez y eficiencia con que los soldados norteamericanos, víctimas del napalm por equivocación, reciben eficaces primeros auxilios y son trasladados, por vía aérea, a un hospital de Texas.

Cuando Terre des Hommes, una organización humanitaria suiza, pidió ayuda al gobierno norteamericano para llevar a los niños heridos o quemados a Europa para su tratamiento, nuestros funcionarios se negaron. Con lágrimas de cocodrilo explicaron que los niños no son felices cuando se les separa de sus familias. El hecho cierto es que una tercera parte de los niños vietnamitas, han perdido a sus padres o han sido abandonados.

¿Puede Estados Unidos, que fabrica y lanza el eficiente napalm que ocasiona quemaduras profundas y deformantes, rehusar toda responsabilidad para curar y proteger a los niños vietnamitas?

Muchos médicos norteamericanos están dispuestos a atender gratuitamente a los niños vietnamitas si se les trae a los Estados Unidos. La ciudadanía, que debe pagar los gastos de transporte y hospitalización, también tendrá que convencer a nuestro gobierno de que autorice el traslado de esos niños.

Dr. Benjamin Spock

Millares de niños en Vietnam viven con la respiración acelerada por el terror y el dolor; sus frágiles cuerpos aprenden más cada día sobre la muerte. Estos pequeñuelos solemnes, que raramente ríen, no han conocido nunca lo que es vivir sin desesperación.

Ciertamente, conocen la muerte, porque marcha a diario a su lado y los acompaña en su sueño durante la noche. Es tan omnipresente como el napalm que cae de los cielos con la frecuencia y uniformidad de las lluvias del monzón.

El horror de lo que nosotros estamos haciendo a los niños de Vietnam —“nosotros” porque el napalm y el fósforo blanco son las armas de Estados Unidos— es estremecedor, lo mismo si examinamos las cifras totales o si contemplamos el caso particular de Doan Minh Luan.

Luan, de ocho años, fue uno de los dos niños traídos a Inglaterra el año pasado, con recursos de la filantropía privada, para un tratamiento intensivo en el centro de quemaduras de McIndoe. El niño descendió del avión con una cubierta de muselina sobre lo que había sido su cara. Sus padres habían sido quemados vivos. Sus mejillas se habían “derretido” dentro de su garganta, de manera tal que no podía cerrar la boca. Sus párpados habían desaparecido. Después de estas terribles lesiones, estuvo sin tratamiento —sin ningún tratamiento— durante cuatro meses.

Llevará años proporcionar a Luan una nueva cara. (“Estamos teniendo especial cuidado para lograr que luzca otra vez como vietnamita”, expresó un funcionario del hospital a un reportero canadiense.) Necesita por lo menos doce operaciones, que los cirujanos practicarán de modo gratuito; la esposa de un rico comerciante esta pagando los gastos del hospital. A Luan se le han construido nuevos párpados y ya puede cerrar la boca. Él y la niña de nueve años que lo acompañó a Inglaterra, la tímida y sensible Tran Thi Thong, se cuentan entre unos cuantos escasísimos afortunados.

No hay nadie que provea tales cuidados para la mayoría de los otros niños, terriblemente mutilados de Vietnam; y a pesar de los crecientes esfuerzos de parte de las autoridades norteamericanas y del gobierno sudvietnamita para encubrir el hecho, está claro que hay centenares de miles de niños horriblemente lesionados, sin ninguna esperanza de obtener un tratamiento médico decente, ni siquiera de urgencia y, mucho menos durante los meses y años de cirugía restauradora que se requieren para reparar los daños causados por diez segundos de napalm.

Si acaso en alguna oportunidad se oye o lee algo de estos niños, se les califica sencillamente como “civiles” y no hay un medio cierto para informar cuántos de ellos son muertos o heridos cada día. Uniendo los datos y cifras que se pueden conocer, sin embargo, podemos obtener una idea somera de la terrible realidad.

Hace dos años, por ejemplo —antes de la principal escalada que comenzó a principios de 1965— Hugh Campbell, ex ministro canadiense de Control Internacional en Vietnam, expresó

VIETNAM

que desde 1961 a 1963, 160 000 civiles vietnamitas habían muerto en la guerra. Esta cifra fue confirmada por funcionarios de Saigón. De acuerdo con estimaciones conservadoras, otros 50 000 murieron durante 1964 y 100 000 más cada uno de los dos años de escaladas posteriores o sea, que por lo menos 410 000 civiles han sido muertos desde 1961. ¿Pero quiénes, exactamente, son estos civiles?

En 1964, de acuerdo con la UNESCO, el 47.5 por ciento del pueblo de Vietnam era de menores de 16 años. La cifra actual es, ciertamente, de más del 50 por ciento. Otras estadísticas de las Naciones Unidas, para el Sureste de Asia, confirman esta cifra.

Puesto que los varones de más de 16 años están combatiendo —en un lado o en otro— está claro que en las aldeas de las zonas rurales, que sufren el grueso de los ataques con napalm, por lo menos el 70 por ciento y probablemente más de los residentes son niños.

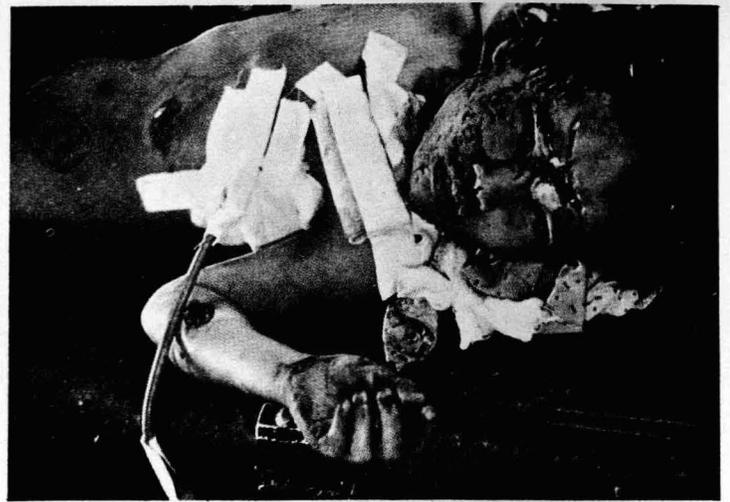
En otras palabras: por lo menos 250 000 niños de Vietnam han sido muertos durante la guerra.

Si hay ese número de muertos, utilizando los cálculos militares debe haber tres veces ese número de heridos, o sea, por lo menos 750 000 niños han sido heridos desde 1961. Una rápida ojeada a uno de los hospitales proporciona cifras que confirman estas estadísticas: un estudiante de medicina que sirvió por algún tiempo en el hospital quirúrgico de Da Nang, informó que aproximadamente una cuarta parte de los 800 pacientes que ingresan mensualmente eran casos de quemaduras (hay dos salas para quemados en el hospital, pero éstos raramente reciben tratamiento quirúrgico, porque los casos de urgencia quirúrgica lo impiden). El estudiante David MacLanahan, de la Universidad de Temple, también informó que entre el 60 y el 70 por ciento de los pacientes, en dicho hospital, era de niños menores de 12 años.

Lo que estamos haciendo a los niños en Vietnam puede esclarecerse más si se aplican los mismos porcentajes a la población norteamericana. Ello significa que una de cada dos familias norteamericanas con cuatro niños sería afectada, por lo menos con un niño muerto o mutilado. También habría una buena posibilidad de que el padre hubiera muerto.

Cuando el congresista por Wisconsin, Clement Zablocki, regresó de Vietnam a principios de 1966, informó que "algunas recientes operaciones de rastreo y destrucción habían dado como resultado seis bajas civiles por cada una del Vietcong". Aunque el Secretario de Defensa MacNamara puso en duda la cifra de Zablocki, éste, apoyado por datos norteamericanos provenientes de Saigón, la mantuvo y todavía la mantiene hoy. Lo que él no dijo es que de cada seis bajas "civiles" cuatro son niños.

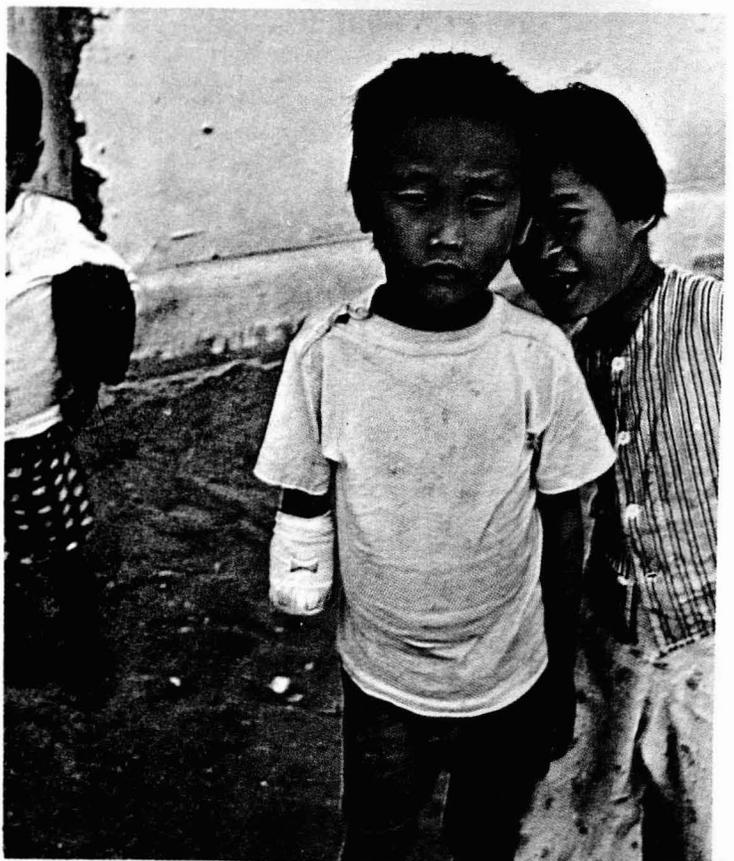
MacNamara es a veces más "candoroso" en privado. Un colega mío asistió a un seminario sobre *defensa*, en la Universi-



dad de Harvard, a mediados de noviembre último, y escuchó las respuestas del Secretario de Defensa MacNamara, al ir a las preguntas sobre las bajas civiles: "Nosotros, dijo MacNamara, no tenemos idea alguna acerca del número o la naturaleza de las bajas civiles en Vietnam."

Tal vez porque leemos las noticias una tras otra, los norteamericanos parecemos no haber advertido la trascendencia que tienen las "bajas civiles". Un relato de la UPI, en agosto de 1945, por ejemplo, describe así un ataque en An Hoa: "¡Hice blanco en un Vietcong... Hice blanco por lo menos en dos de esos bastardos!"... Los exaltados gritos siguieron a una ráfaga de diez segundos de armas automáticas, y al estampido sordo de una granada que explotó bajo tierra. Los *marines* ordenaron a un cabo vietnamita que bajara al agujero donde había explotado la granada y sacara a las víctimas. Las víctimas eran tres niños entre 11 y 14 años —dos varones y una hembra—. Sus cuerpos estaban acribillados a balazos...

"Oh Dios mío", exclamó un joven *marine*, "son todos niños..." "Poco antes de que los *marines* atacaran, un helicóptero había sobrevolado el territorio advirtiendo a los aldeanos que se mantuvieran dentro de sus casas. En una provincia del Delta, el corresponsal del *New York Times*, Charles Mohr, en contró a una mujer cuyos dos brazos habían sido quemados por el napalm. Sus párpados estaban tan quemados que no podía cerrarlos y a la hora de dormir, su familia tenía que ponerle una venda sobre los ojos. Dos de sus niños habían muerto en el ataque en que resultó quemada. Otros cinco niños, también murieron."





VIETNAM

“Todos son niños”, escribió el veterano reportero de la AP, Peter Arnett, describiendo en septiembre una batalla en Lin Hoc. Allí, en un hueco en la tierra, en medio de la furia del fiero combate, nació un niño. A las 24 horas el lactante, que dormía, se despertó por el humo que estaba entrando al agujero. De acuerdo con lo expresado por Arnett, los soldados atacantes habían comenzado “sistemáticamente” a quemar las casas hasta los cimientos y quedaban sorprendidos al ver cómo centenares de mujeres niños y ancianos “salían de la tierra”. Para el recién nacido, sin embargo, ya era demasiado tarde.

Otro corresponsal del *New York Times*, Neil Sheehan, describió, en junio, el hospital de Cantho, en la región del Delta, donde las acciones bélicas son relativamente ligeras. Los civiles, dijo, acuden al hospital uno a uno o en grupos de dos o tres. Los enfermos graves vienen conducidos en hamacas o frazadas. Alrededor de 300 del promedio de 500 bajas mensuales, requieren cirugía mayor. Los heridos graves que pudieran ser salvados por una evacuación rápida, casi nunca llegan al hospital: mueren en el camino.

Hace unos meses, el doctor Malcolm Phelps, director en campaña del cuerpo médico voluntario de la American Medical Association, en Vietnam, expresó que la cifra mensual de civiles atendidos en el hospital de Cantho es alrededor de 800. Esto significa, por lo menos, 400 niños, mensualmente, en un solo hospital.

El médico de New Jersey, doctor Wayne Hall, que trabajó en el Hospital Adventista de Saigón (fue pagándose sus gastos, como sustituto de un cirujano misionero), informó que la mayoría de pacientes en la institución hospitalaria de Saigón, constituye una “condición crónica”. A nadie se le rechaza: “Cuando no hay camas se les coloca en bancos; cuando no hay más bancos, se les coloca en el suelo.”

En el otro extremo del país, David McLanahan reportó que durante el verano último las 350 camas del hospital quirúrgico de Da Nang, nunca tuvieron menos de 700 pacientes. McLanahan, uno de los cinco estudiantes de medicina que trabajan en un programa patrocinado por la USAID en Vietnam, expresó que los pacientes vietnamitas no hablaron libremente con él, pero que sí lo hacían con los médicos y estudiantes vietnamitas sobre la forma en que habían resultado lesionados, de modo que, con esta información, era posible estimar que por lo menos el 80 por ciento de las lesiones que había recibido fueron ocasionadas por la acción militar de norteamericanos y sudvietnamitas del gobierno.

Mi primer paciente —añadió McLanahan— fue una atractiva campesina de 28 años que yacía sobre su espalda mientras amamantaba un niño. La tarde anterior, cuando estaba sentada dentro de su cabaña de paja, fue alcanzada por un fragmento de granada en la espalda, que le seccionó la médula espinal. Quedó completamente paralizada de la cintura hacia abajo. No

podíamos hacer por ella otra cosa que administrarle antibióticos y encontrarle un lugar donde acostarse. Unos pocos días después falleció y fue reclamada por sus familiares. Éste fue un caso particularmente impresionante, pero típico de la tragedia que a diario presenciábamos en la sala de emergencias y que debió producirse, también, en todas las salas de emergencia en Vietnam.

La mayoría de los pacientes de McLanahan —relató— eran “campesinos traídos en camiones militares desde el campo. Raramente nos llegaban esos pacientes antes de transcurridas 16 horas de haber recibido las lesiones. Todo el transporte cesa después que oscurece. Un mínimo tanto por ciento de las bajas de guerra tienen la suerte de llegar a tiempo al hospital”.

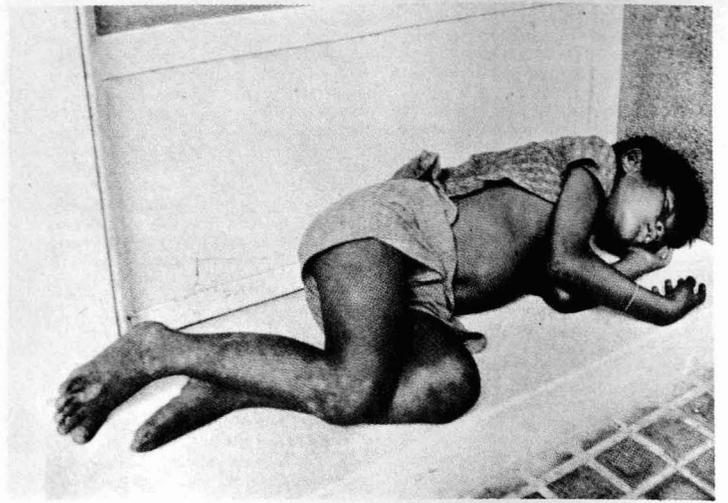
Cantho, Saigón, Da Nang, Quang Ngai. Juntando todos estos reportes es que la realidad de las cifras no solamente se esclarece, sino que resultan conservadoras. Un cuarto de millón de niños han muerto. Centenares de miles han sido gravemente heridos. Debe haber decenas de miles como Doan Minh Luan: mutilados.

Searle Spangler, representante norteamericano de la agencia humanitaria suiza *Terre des Hommes*, describe lo que su agencia ha encontrado como patrón, cuando los niños resultan lesionados en aldeas remotas: “Si el niño está gravemente enfermo o herido, no tiene, por supuesto, posibilidades de sobrevivir. No hay atención médica disponible. Los adultos a veces los llevan dentro del bosque, y a veces se les deja allí para morir. Si se intenta llevarlos al hospital, el viaje es una agonía: malos caminos, moscas, mugre, enfermedades, y la constante amenaza de ser interceptados por fuerzas armadas.” Añade McLanahan que, virtualmente, cada herida que llega al hospital de Da Nang está ya complicada con una grave infección, y describe cómo los cirujanos se ven obligados a detener momentáneamente intervenciones quirúrgicas de emergencia para matar moscas con sus propias manos.

La carne lacerada, los huesos fracturados y los gritos de agonía son cosas terribles, pero tal vez lo más doloroso de todo sea las caritas y cuerpecitos abrasados, tostados por el fuego.

El napalm, y su más horrible compañero, el fósforo blanco, licúan la carne y la corroen en forma grotesca. Las pequeñas figuras, después, no tienen apariencia humana y uno no puede encarar los efectos monstruosos de las quemaduras sin estremecerse hasta lo más íntimo. Tal vez sea debido a la falta de contacto directo previo con la guerra, pero yo nunca me enfrenté con las pequeñas víctimas sin tener que perder la serenidad. La urgencia inicial de aliviar al que sufría quedaba constreñida por el temor de que la piel achicharrada se convirtiera en cenizas entre mis dedos.

En Qui Nhon, dos niños —que me fueran presentados por el intérprete como probables niños del Vietcong— contaron cómo su aldea fue achicharrada por las “bombas de fuego”. Sus palabras eran suaves y tristemente titubeantes, pero sus cuerpos gravemente quemados gritaban el mensaje. Se dijo más



tarde que estos niños no mostraban interés alguno en regresar a lo que pudiera haber quedado de su familia.

Visité a cierto número de instituciones médicas existentes en Vietnam del Sur y no hay duda que los problemas de la mayoría de casos, de suministros inadecuados e insuficiencia de personal, son insuperables. El hospital quirúrgico de Da Nang es probablemente como cualquier otro hospital vietnamita fuera de Saigón, pero se dedica sólo a cirugía: también hay un hospital de medicina general, pero no está tan bien equipado.

Aun en el hospital quirúrgico hay cierto número de exámenes que no pueden hacerse con su laboratorio y equipos de rayos X inadecuados. Frecuentemente las fallas en el servicio eléctrico constituyen un problema. (Los instrumentos de succión son indispensables en las salas de cirugía: un niño murió en la del hospital Da Nang, por ejemplo, debido a que durante la operación que se le practicaba hubo de vomitar y al no haber instrumento de succión no se pudo extraer el vómito de la boca y se asfixió.)

Aunque un promedio de cien quemados ingresan mensualmente al hospital quirúrgico de Da Nang, McLanahan informó que mientras trabajó allí el hospital sólo tuvo un frasco pequeño de crema antibiótica —aportada por uno de los cirujanos— que se dedicaba exclusivamente para “niños que tenían posibilidades de recuperación”.

En el Orfanato de Santa María, frecuentemente traté, con un poco de jabón y un frasco de Noxzema, de aliviar las infecciones que afectaban a numerosas heridas menores de niños allí recluidos.

En el cercano hospital general hay escasez de antibióticos, digital y otras cosas. Mientras el hospital quirúrgico utiliza sangre con fecha de expiración vencida, procedente de los hospitales militares, la mayoría de los hospitales vietnamitas padecen escasez de plasma sanguíneo. De acuerdo con lo informado por otro estudiante, Jeffrey Mast, un hospital de Quang Ngai —60 millas al sur de Da Nang— ocasionalmente “resolvió” una carencia de fluidos de aplicación intravenosa utilizando agua de coco, práctica común en áreas lejanas y, se dice, en las del Vietcong.

La organización suiza *Terre des Hommes*, que trata de proporcionar atención médica adecuada a los niños vietnamitas (ha sido la responsable del transporte de Doan Minh Luan y Tran Thi Thong a Inglaterra, y de otros niños a diversos países europeos), dio a la publicidad el verano pasado un informe que parcialmente dice: “En Vietnam, los hospitales muestran el espectáculo aterrador de una inmensa miseria, al extremo de que se ven niños quemados de la cabeza a los pies, que han sido tratados solamente con vaselina a causa de la falta de ungüento para quemaduras, algodón, gasa y también de personal. En lugares con ambiente de mataderos humanos, donde las moscas circulan libremente entre niños que han sido desollados vivos, no hay higiene, ni ventiladores, ni aire acondicionado...”

En Vietnam del Sur, unos cien hospitales proporcionan alrededor de 25 mil camas para servir las necesidades siempre crecientes de la población civil. La ocupación de una cama por dos o tres pacientes es cosa común (dos en una cama es la regla en Da Nang). Puedo testificar la acuciosidad de la periodista Matha Gelhorn, del *Manchester Guardian*, al describir las condiciones típicas en Qui Nhon: “En algunos pabellones los heridos yacían en camillas sobre el suelo y alrededor de la sala de operaciones, y en la sala de recuperación el suelo está lleno de ellos. Todo huele a suciedad, los colchones y las almohadas están viejos y manchados; naturalmente, no hay sábanas, pijamas, toallas, jabón, ni trastos para comer o beber.”

Searle Spangler, de la organización *Terre des Hommes*, dice que solamente hay unos 250 médicos vietnamitas disponibles para tratar a todos los civiles de Vietnam del Sur. Mi propia información es que la cifra es menor. Howard Rusk, del *New York Times*, ofreció la cifra de 200 en septiembre pasado y se me ha informado que actualmente sólo hay 160. Obviamente, la diferencia carece de importancia cuando, por lo menos, cinco veces esa cifra de niños mueren todas las semanas. El doctor Ba Kha, ex ministro de Salud, me informó que hay unas nueve enfermeras, prácticas o graduadas, y alrededor de cinco comadronas por cada cien mil personas. También me informó que a su ministerio, a cargo del programa total de salud para Vietnam del Sur, sólo se le asigna un increíble dos por ciento del presupuesto nacional.

Hay, por supuesto, equipos médicos norteamericanos y del





VIETNAM

“mundo libre” trabajando, y la USAID está suministrando instrumentos y medicinas a los hospitales, pero aunque su contribución es vital y bien recibida, es como una gota de agua en el océano del dolor y la miseria de los civiles. Hablar de esto como atención médica para los millares de niños quemados por el napalm y el fósforo, es ridículo: no hay tiempo ni facilidades para los meses y años de cuidadosa cirugía restauradora que tales lesiones requieren. Los pacientes quemados reciben un tratamiento rápido de primeros auxilios y se les desaloja en seguida para recibir a otros heridos.

Aunque nadie habla de esto abiertamente, se han conocido casos en que el dolor ha sido tan grande y el estado tan sin esperanzas, que el tratamiento ha consistido en una inyección excesiva y misericordiosa. En un número alarmante de otros casos, amputaciones —que pueden practicarse relativamente en poco tiempo— se realizan en lugar de tratamientos más complejos y dilatados, a fin de abrir hueco a más pacientes, en la aglomeración fantástica que tiene lugar en todos los hospitales. Cualquier visitante a un hospital, orfanato o campo de refugiados, puede comprobar la preferencia por las amputaciones a modo de “atajo” quirúrgico. El doctor Hall ha informado que los hospitales permiten que los familiares de los casos desesperados se los lleven a morir a otra parte, de modo que sus camas puedan ser ocupadas por otros pacientes.

También se hace “política”: un médico prominente y administrador del área del Primer Cuerpo, ha tenido dificultades para obtener suministros para su hospital, debido a que se sospecha en Saigón que simpatiza con el movimiento budista. En Hue, un hospital de 1500 camas, tiene dificultades para funcionar a plena capacidad debido a que algunos miembros del claustro y estudiantes de la escuela de medicina anexa al hospital han expresado simpatías similares; aparentemente en castigo, la escuela de medicina y el hospital no reciben ningún suministro médico de Saigón; sólo la ayuda del gobierno alemán occidental hace que estos centros puedan seguir funcionando. El decano de la escuela de medicina y algunos estudiantes fueron arrestados la primavera pasada; un embarque de microscopios donados por Alemania Occidental a ese centro fue objeto de la imposición de altos impuestos por el gobierno de Saigón. La hostilidad continúa.

En estos momentos, dos grupos están tratando de hacer algo respecto al horror de los niños vietnamitas, quemados y mutilados. Ellos son el grupo internacional con sede en Suiza, *Terre des Hommes*, una organización humanitaria y apolítica, fundada en 1960 para ayudar a los niños víctimas de la guerra; y una asociación norteamericana de nueva formación, con amplia representación nacional, llamada *Comité de Responsabilidad*. Sus tácticas son algo distintas, pero cooperan mutuamente cuando ello se estima de utilidad.

En el otoño de 1965, *Terre des Hommes* contrató unas 400 camas de hospitales en Europa —como las sufragadas por Lady

Saintsbury, en Inglaterra— y consiguió cirujanos que laboraran de modo gratuito. Hizo contacto con Vietnam del Norte, con representantes del Frente Nacional de Liberación en Argelia y con el gobierno de Vietnam del Sur. Los dos primeros rechazaron la oferta pero el gobierno sudvietnamita pareció dispuesto a cooperar. El costo de pasaje por vía aérea de Saigón a Europa es de alrededor de 1500 dólares, de modo que *Terre des Hommes* pidió ayuda al gobierno de Estados Unidos.

Los soldados norteamericanos que accidentalmente sufren quemaduras graves de napalm son conducidos rápidamente, a bordo de aviones-hospitales —equipados para ofrecer tratamiento de emergencia— al hospital del ejército Brook, en Texas, uno de los principales centros mundiales para el tratamiento de quemados y la cirugía plástica subsiguiente. Los niños vietnamitas deben viajar por sus propios medios.

Era la utilización de tales aviones-hospitales lo que perseguía *Terre des Hommes*, aunque cualquier otro medio de transporte aéreo hubiera sido bien recibido. Si bien las autoridades norteamericanas en Saigón parecían entusiasmadas al principio, la decisión fue enviada a la Casa Blanca. En enero de 1966, Chester L. Cooper —ahora en el Departamento de Estado “trabajando”, dice él, “por la paz”— contestó, en papel timbrado de la Casa Blanca, con su resonante *No*.

“... El modo más eficaz de suministrar ayuda —escribió Cooper— está en el propio escenario de Vietnam del Sur, donde los niños y otras personas pueden ser tratados en el seno de sus familias y en el ámbito familiar... La aviación de los Estados Unidos, no está disponible, definitivamente, para este propósito...”

Terre des Hommes escribió a Cooper argumentando la posición norteamericana: no hay, por supuesto, ningún “ámbito familiar” en el Vietnam, saturado de napalm; millares de niños son huérfanos desplazados, y en todo caso no hay instalaciones médicas para la larga y difícil rehabilitación de los niños quemados. En noviembre último, al preguntársele directamente sobre el caso, Cooper expresó: “Un médico en Suiza, con intenciones aparentemente buenas pero de mentalidad algo confusa, quería aviones para llevar a esos inocentes niños vietnamitas a Suiza para que allí recibieran tratamiento. (Edmond Kaiser, fundador de *Terre des Hommes*, no es médico.) El problema básicamente, es que *Terre des Hommes* y el individuo involucrado —quiero enfatizar que es un hombre de buenas intenciones— cuando examinamos el asunto —y yo me preocupo tanto como cualquiera por los niños heridos— radica en que ellos quieren llevar a esos niños, atemorizados, a través de medio mundo y dejarlos allí, en una sociedad extranjera...”

“Por bueno que un hogar u hospital suizo pueda ser, ello no puede compensar el abandonar a sus familias y a su propio país. Experimentados trabajadores sociales y hospitalarios han descrito lo que sucede cuando usted saca a un niño, súbitamente, de su ámbito: *shock* educacional y trauma...”

Cooper está grotescamente mal informado acerca de las instalaciones médicas y la cohesión familiar en Vietnam del Sur, o prefiere dejar a estos niños horriblemente mutilados en el seno de familias que frecuentemente no existen, en el "ámbito familiar" de hospitales sucios y llenos de moscas o en los repletos campamentos de refugiados o en las aldeas incendiadas, a someterlos al "shock educacional" y al "trauma" de hospitales con camas limpias, alivio de su dolor y la oportunidad de que les sea aplicada la cirugía que devolvió a Tran Thi Thing sus párpados y permitió a Doan Minh Luan cerrar su boca.

En todo caso, mientras tenía lugar esta argumentación, *Terre des Hommes* se dirigió a las empresas aéreas comerciales solicitando de las mismas que les donaran el espacio desocupado que pudiera existir en los vuelos entre Saigón y Europa. Las empresas rehusaron, pensando que posiblemente la experiencia pudiera ser adversa, psicológicamente, para los otros pasajeros. Finalmente, en mayo, *Terre des Hommes* sacó a 32 niños de Vietnam, a sus expensas; ocho de ellos estaban quemados. Las pequeñas víctimas fueron sacadas por arreglos con el doctor Ba Kha, ministro de Salud de Saigón; cuando visité Saigón, el Ministro se mostró en disposición de ayudar y de elaborar un programa que pudiera beneficiar aunque fuera a unos pocos que, según sabía, estaban sufriendo terriblemente.

En septiembre, *Terre des Hommes* hizo arreglos para llevar a Europa otros 26 niños; uno de sus representantes en Vietnam del Sur, eligió a los niños. Cuando el avión aterrizó en Ginebra, las personas que lo esperaban recibieron una terrible sorpresa: el avión no había traído ningún niño herido de guerra. Los 26 eran enfermos de poliomielitis, del corazón y del cerebro: niños crónicamente enfermos. El doctor Paul Lowinger, de la escuela de medicina Wayne State University, estaba con los funcionarios de *Terre des Hommes* cuando éstos tuvieron la noticia de lo que había ocurrido y me describió su estado de ánimo como de "decepción y frustración" por la violación de los términos del convenio.

Hasta ahora, nadie ha podido determinar qué sucedió a los niños quemados y lesionados de guerra que no llegaron en el avión a Ginebra. Ellos, aparentemente, desaparecieron o murieron. Tengo en mi poder cartas que indican que médicos que han estado en Vietnam después de mi regreso temen que los niños, quemados y mutilados, están siendo escondidos o mantenidos fuera del alcance de los médicos visitantes.

Mientras tanto, el doctor Kha ha sido sustituido, aparentemente, por su acción colaboradora en el intento de sacar algunos de los niños quemados del país; su sucesor ha demostrado poco interés en el proyecto de *Terre des Hommes*. La mayoría de los funcionarios de la organización suiza está convencida, aunque la cesantía de Ba Kha y la sustitución de los niños están relacionadas directamente con el hecho de que en Inglaterra y en toda Europa la llegada del primer grupo de niños habría provocado una protesta contra los crueles efectos de los bom-



bardeos. El arribo de Luan y Thin a Gran Bretaña estimuló una corriente espontánea de aportes y contribuciones, y no poca indignación por su estado.

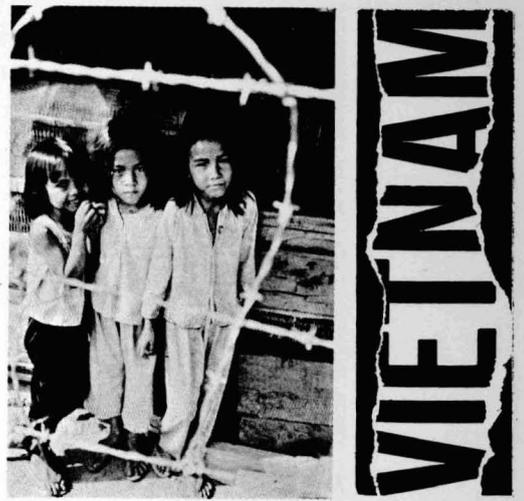
Incidentalmente la reportera canadiense Jane Armstrong, que visitó el hospital de Sussex donde reciben tratamiento los dos niños, escribió que "el cuerpo médico del hospital está atónito con la disposición feliz de los mismos" y añade que "nadie sabe lo que sucederá a Luan, quien no tiene familiares conocidos". El "shock educacional" y el "ámbito no familiar", no parecen afectar a los niños...

Searle Spangler, representante de *Terre des Hommes* en Nueva York, parece creer firmemente en maniobras de espionaje de parte del gobierno sudvietnamita, incluyendo el secreto del paradero de los niños mutilados, para terminar con el problema. También manifestó que "algunos de nuestros trabajadores vietnamitas habían sido maltratados y tenemos razones para temer por ellos". Sobre la eficacia de la atención médica en Vietnam, Spangler dice que *Terre des Hommes* dispone del único hospital infantil del país —600 pacientes para 220 camas, con muchos de los niños acostados en periódicos— y que en otros hospitales los periódicos y el papel de envoltura se usan, comúnmente, para el vendaje de quemaduras: no existen otros medios.

El grupo norteamericano, Comité de Responsabilidad, es de reciente formación. Su labor se refiere, específicamente, a niños quemados por el napalm y el fósforo blanco norteamericanos.

Su coordinador nacional, Helen Frumín, una ama de casa de Scarsdale, Nueva York, se interesó en el problema el verano pasado cuando leyó los relatos de *Terre des Hommes*. Más tar-





de, en Lausanna, conoció a Kayser y entonces tuvo mayor conocimiento del problema, convenciéndose de que los norteamericanos tienen una responsabilidad especial respecto de los niños quemados de Vietnam.

“El napalm es un producto norteamericano”, dice la señora Frumin. “La tragedia que está diezmando a los niños de Vietnam es de nuestra mayor responsabilidad, sobre todo en lo que se refiere a los niños quemados con napalm; sólo Estados Unidos está utilizando esta arma y es necesario que nosotros atendamos a los niños mutilados.”

El Comité apoya su posición citando fuentes tales como un artículo en *Chemical and Engineering News*, de marzo de 1966, acerca de un contrato del gobierno por cien millones de libras de napalm-B, un producto “mejorado”. La forma antigua de napalm, dice el artículo, “deja mucho que desear, particularmente en lo que respecta a su efecto”.

Esto, por supuesto, se refiere a la capacidad de la odiosa sustancia para adherirse a la carne de los aldeanos, a quienes usualmente se arroja, asegurando destrucción humana después de una prolongada agonía. Es debido a que los dólares norteamericanos provenientes de los impuestos están detrás de cada fase del proceso, desde la fabricación hasta la entrega y utilización, que los ciudadanos del Comité de Responsabilidad (que incluye a médicos prominentes de todo el país), creen que los dólares norteamericanos pudieran emplearse mejor en aliviar el sufrimiento que con ellos se compró.

El Comité trata, principalmente, de llevar 100 niños quemados a Estados Unidos para someterlos a un tratamiento intensivo. Se están haciendo arreglos para conseguir las camas del hospital; 300 médicos están dispuestos a donar sus servicios y se han encontrado hogares dispuestos a alojarlos. Pero el costo del tratamiento de cada niño es aún de 15 a 20 mil dólares, sin incluir el transporte de Vietnam a Estados Unidos.

La fantasía de la posición de que un tratamiento “adecuado” puede proporcionarse en Vietnam del Sur y que puede producirse un “shock educacional”, fue enjuiciada en un informe preparado para el Comité por el doctor Robert Goldwyn, un conocido especialista en cirugía plástica de Boston. Dicho médico expresó:

“Los niños de Vietnam son los más afectados por la deficiente nutrición, por las enfermedades infecciosas y por el impacto del terror social. Nacieron con las desventajas implícitas en una sociedad colonial, después de cerca de 25 años de guerra continua, de retraso económico, de alimentación inadecuada y de falta de atención médica. Particularmente indefensos bajo tales condiciones están los niños quemados...”

“La quemadura es especialmente crítica en un niño, porque el área de destrucción relativa a la superficie total del cuerpo es proporcionalmente mayor que en un adulto. En la presente realidad de Vietnam, su estado nutricional y resistencia a la infección, es mucho más bajo que el de un adulto.

“La fase aguda de la quemadura demanda una atención inmediata y compleja que comprende médicos, enfermeras, materiales de curación, nutrientes de uso intravenoso, plasma, sangre, antibióticos y después de la primera semana, desbridamiento de las lesiones e injertos cutáneos. A no ser que la evacuación sea fácil e inmediata, estas quemaduras se tratan mejor en el lugar o cerca de donde se produjeron.

“... Sin embargo, el niño que ha sobrevivido a las etapas iniciales de la quemadura, sería candidato muy adecuado para ser tratado en cualquier parte. Dado que la mayoría de las quemaduras se producen por el napalm o el fósforo blanco, las lesiones son profundas y resultan corrientes las deformidades subsiguientes. Estas deformidades, que interfieren con la función y ofrecen agudos obstáculos psicológicos para el reajuste social, pueden ser aliviadas o curadas mediante procedimientos bien conocidos en el campo de la cirugía plástica. Estas operaciones pueden realizarse idealmente en un país como los Estados Unidos, cuyas instalaciones médicas son adecuadas para lograr una total rehabilitación en la mayor parte de los casos.

“El niño no tendría que estar en una cama con dos o tres más; no estaría expuesto a la infestación parasítica o a la sepsis o a la diarrea o a las epidemias que prevalecen actualmente en la mayoría de los hospitales civiles de Vietnam del Sur. Estaría fuera de un país arrasado por la guerra y podría sanar, al igual que sus heridas físicas, de sus lesiones psicológicas.

“... Aunque uno esté instintivamente opuesto a pensar en alejar a un niño de su ámbito familiar y de sus amigos para recibir un tratamiento médico, estas frases resultan vacías en el presente contexto; estaríamos tomando niños cuyos hogares han sido destruidos, que pueden ser huérfanos, cuyo ‘ámbito familiar’ es un infierno de enfermedades, de hambre, de llamas, de guerra... De este modo, la elección no es entre la atención en los Estados Unidos sino, en términos reales, entre ninguna atención y una atención adecuada.”

Al análisis del doctor Goldwyn podría añadirse el juicio del doctor Richard Stark, ex presidente de la Sociedad Norteamericana de Cirugía Plástica y Reconstructiva, quien convino en un discurso, pronunciado el pasado tres de octubre, en que las instalaciones de cirugía plástica en Vietnam eran “completamente inadecuadas”.

Hay, por supuesto, una posición oficial de los Estados Unidos en relación con la utilización del napalm en Vietnam. El Departamento de la Fuerza Aérea la puso de manifiesto el primero de septiembre de 1966, en una carta al senador Robert Kennedy.

“El napalm se usa contra blancos seleccionados, tales como cuevas y aéreas de suministros. Las bajas producidas en los ataques contra tales blancos son predominantemente personas involucradas en las operaciones militares de los comunistas.”

Estoy obligado a preguntar qué funciones militares estaban siendo llevadas a cabo por los millares de niños, pequeños y lactantes, a muchos de los cuales vi compartiendo camas de hos-

pital en Vietnam y unos pocos de quienes ilustran, con sus fotografías, este trabajo.

En el brutal inventario de los niños muertos y mutilados en Vietnam del Sur, debe incluirse también aquellos que han sido víctimas indefensas de los ataques con defoliantes y otros gases. Los defoliantes, utilizados para privar al Vietcong de follaje y árboles de cobertura, son con frecuencia los comunes exterminadores de vegetación 2, 4-D y 2, 4, 5-T.

Los pilotos que diseminan estos productos desde el aire no pueden ver si hay mujeres y niños debajo del follaje afectado. Estos productos químicos "pueden ser tóxicos si se les utiliza en cantidades excesivas", ha dicho el doctor John Edsall, profesor de Biología de la Universidad de Harvard.

Los Estados Unidos han admitido que están usando gases "no-tóxicos" en Vietnam. El arma es "humana", ha dicho el gobierno, porque ocasiona sólo náusea temporal y diarrea en las víctimas adultas. A pesar de eso, en un editorial de *New York Times*, de fecha 24 de marzo de 1965, se consigna que esos gases "pueden ser fatales para las personas muy jóvenes, para las personas muy viejas y para aquellas con dolencias cardíacas o pulmonares... Ningún otro país ha empleado tales armas en ninguna guerra reciente". Una carta al *New York Times*, varios días después, del doctor David Hilding, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale, respalda esa opinión: "Los más débiles, jóvenes y ancianos, serán los incapacitados para resistir el shock de esta arma supuestamente humana. Se retorcerán con horribles calambres y cuando las fuerzas de los niños pequeños no logren resistir la tensión se tornarán azules, y negros, y morirán..."

Una vez más, los niños del Vietnam son las víctimas.

Alrededor del ocho por ciento de la población de Vietnam del Sur vive en campamentos de refugiados; alrededor de las tres cuartas partes de esta población de refugiados son niños menores de 16 años. En refugios como el de Qui Nhon, el cual visité, la suciedad, la promiscuidad y el estrecho confinamiento, son inimaginables. Había 23 mil personas en aquel campamento cuando estuve allí y, según he sido informado, esa cifra se ha triplicado desde entonces.

El padre So, líder indiscutido de estos millares de refugiados en Qui Nhon y en el resto de la provincia de Minh Dinh, trabaja veinte horas diarias para proporcionar la ayuda que pueda, en particular para los niños huérfanos. Éstos viven, por lo general, en una especie de cobertizo que es como un apéndice del campamento principal, frecuentemente sin camas. La alimentación y las ropas son escasas.

Como huésped de So, asistí con él a una reunión con el doctor Que, alto comisionado sudvietnamita para los refugiados, con representantes regionales y provinciales de la USAID y con el coordinador de refugiados. Se recordó a los funcionarios de la USAID su promesa de suministrar alimentos que tanta falta hacían; el representante provincial replicó que había entregado

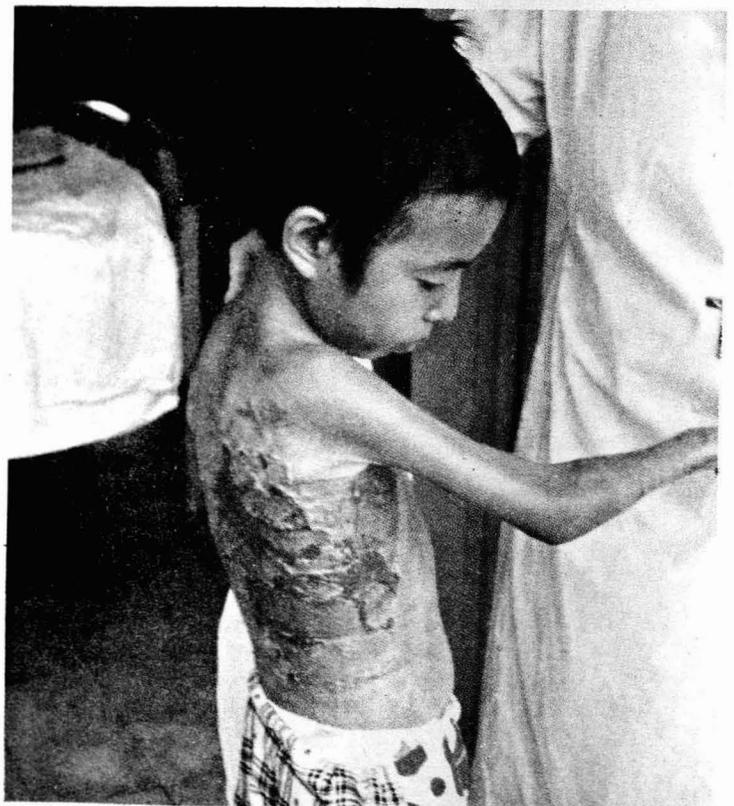


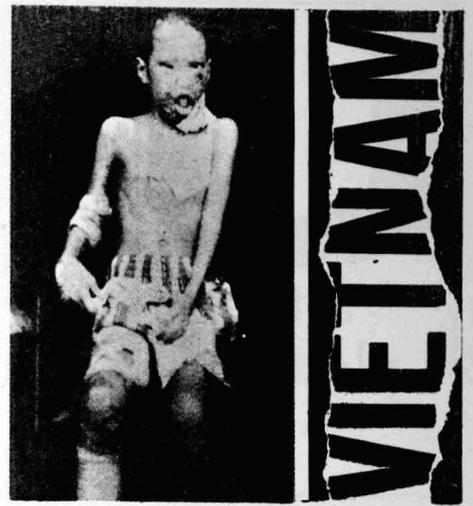
al jefe del distrito 500 libras de alimentos con instrucciones de que fueran entregadas a So para su distribución en el campamento.

So no hizo ningún comentario. Más tarde me dijo que ni él ni los niños habían visto esas provisiones. El jefe del distrito se lucraba.

Los niños refugiados reciben poca o ninguna educación. Hileras compactas de alambre de púas forman el perímetro de su mundo. No hay instalaciones sanitarias. Aquellos cuyos campamentos están cercanos a un río, son afortunados. Aun los refugiados que tienen piso de cemento carecen de todo para las numerosas familias. Las plagas y el cólera amenazan cada vez más la salud de los niños —y, por supuesto, la de los mayores, aunque en menor grado—; percibí infecciones en los jóvenes, tanto leves como graves. Su nivel de resistencia es muy bajo, y la mugre, combinada con la carencia de conocimientos higiénicos, es algo tan generalizado, que las picaduras de mosquitos y de otros insectos se infectan rápidamente. Por lo general, no hay asistencia médica para los niños de estos campamentos. La tuberculosis y el tifus son evidentes; con epidemias locales periódicas alrededor del uno por ciento; todos los niños sudvietnamitas contraen tuberculosis antes de llegar a la edad de veinte años.

Muchos de los niños de los campamentos muestran las huellas de la guerra. Recuerdo particularmente a una frágil muchachita cuyo antebrazo había sido amputado por el codo y que me seguía por todas partes. Los niños no muestran una disposición alegre sino más bien triste. Los tímidos frecuentemente se amontonan en un rincón de la cabaña; uno podría sentir su mirada. Nadie intentó nunca que vivieran así, pero





allí están. Un niño pequeñito me proporcionó el símbolo de todos ellos: estaba sentado en el suelo, alejado de los demás; se encontraba en esa posición cuando llegué y así estaba durante horas. Al aproximarme, cogió nerviosamente un puñado de arena y miró hacia otra parte. Al irme, él permaneció en el mismo lugar: solo.

Otros 10 mil niños —probablemente más ahora— viven en los 77 orfanatos con que cuenta Vietnam del Sur. Viví durante algún tiempo en el Orfanato de Santa María (en una área descrita, oficialmente, bajo la influencia del Vietcong, y fuera de los límites del personal militar norteamericano). Arribé durante un periodo de descanso y encontré a los niños en un dormitorio del segundo piso, dos en cada cama; otros, en el suelo. La ropa se reducía a sus necesidades más estrictas, aunque en Santa María se estaba mucho mejor que en otras instituciones que visité.

Aquí, también, el alimento era escaso y se carecía de jabón, gasa, toallas y ropa de cama. Dedicué algunas tardes en enseñarles un vocabulario de inglés elemental, y quedé impresionado por el interés mostrado por algunos de estos niños, a pesar de los horrores que caracterizaron su pasado y afectan su presente. Su aire de solemnidad era muy real, al igual que su incapacidad general para aprender juegos de grupo.

En la mayoría de los orfanatos, al igual que en los campamentos de refugiados, no hay actividades educativas y a pesar de la escasez de alimentos y otros suministros, hay la tendencia, de parte de los padres, de llevar a sus hijos a estos centros o de abandonarlos. La señora LaMer, representante de la UNICEF ante el ministerio de Bienestar Social, expresó su alarma respecto a esta tendencia que parece ser un ejemplo del más rápido deterioro de la estructura familiar a causa de la guerra. Algunos funcionarios me informaron que el abandono de niños es tan común que muchos hospitales están tratando de dar facilidades para el cuidado de huérfanos.

Finalmente, está la legión olvidada de niños vietnamitas que viven en las ciudades y poblaciones provinciales, juntándose desesperadamente en pequeños grupos, tratando de sobrevivir. Por lo general visten de harapos y algunas veces andan desnudos; están sin bañarse durante meses, tal vez para siempre; casi ninguno tiene zapatos. Viven y duermen en las sucias calles o debajo de una puerta. A pesar del proceso gradual de animalización que los afecta y de su esfuerzo por mantener una semblanza de dignidad, son bellos.

En algunas ocasiones recorrí las calles con un intérprete y estuve durante horas escuchando sus relatos. Algunos habían venido a las ciudades con sus madres, quienes, dedicadas a la prostitución, abandonaron a sus hijos en las calles. Otros, abandonados en los hospitales u orfanatos o ingresados en esos centros por estar enfermos, se habían fugado de los mismos. Algunos, por su propia cuenta, habían abandonado sus aldeas. Ya en las calles, sus actividades eran las de vender periódicos, limpiar

calzado, vender a sus hermanas o conseguir “clientes” a sus madres. Yo vi a muchachitos de cinco y seis años tratando de vender a sus hermanas a los soldados norteamericanos; en uno de los casos, la muchachita no tendría once años de edad.

Con la miseria, viene la desesperación: una de sus formas más sorprendentes, me fue mostrada por Lawson Mooney, el competente director del programa del Servicio de Ayuda Católica en Vietnam del Sur. Mooney me informó que había advertido, entre el otoño de 1965 y el verano de 1966, un aumento en la tasa de suicidios de adolescentes.

Comencé a examinar los periódicos todos los días; efectivamente, había por lo general uno, y frecuentemente más suicidios reportados entre los niños de la ciudad. En varios casos fueron discutidos suicidios en grupo: un bando de jóvenes, incapaces de encarar la tristeza y miseria de sus existencias, se congregaba por acuerdo unánime en un lugar, provistos de veneno para las ratas, fácilmente obtenible: lo dividían, lo ingerían, y morían. “Muchos de estos suicidas”, informó el teniente coronel Nguyen Van Luan, director de la policía de Saigón, al periodista Eric Pace, del *New York Times*, “son jóvenes cuya psicología ha sido deformada de algún modo por la guerra”. Van Luan añadió que sólo en el área Saigón-Cholon 544 personas intentaron suicidarse durante los primeros siete meses de 1966, muchos de ellos, por supuesto, con éxito. En esa sección del país —que cuenta aproximadamente con el 18 por ciento del total de la población— significa un promedio de 78 al mes. El año pasado, expresó Luan, el promedio mensual era de 52, de modo que el aumento es de alrededor del 53 por ciento. “Usted debe recordar”, añadió Luan, “que estos jóvenes jamás han conocido la paz. Ellos, más o menos, nacieron bajo las bombas.”

Estas son las facetas del “ambiente familiar” por el que la política norteamericana no transporta a los niños horriblemente quemados de Vietnam; los “pequeñuelos atemorizados” de quienes dice el auxiliar de la Casa Blanca, Chester Cooper, que los humanitarios quieren llevar a “medio mundo de distancia para dejarlos en una extraña sociedad extranjera”. Claramente, la destrucción de un hermoso ambiente está excedida solamente por las atrocidades que nosotros perpetramos a diario contra aquellos que llevan dentro de sí las semillas de la su vivencia de su cultura. *Al hacerles esto hemos descendido más profundamente que nunca antes, como nación, dentro de las honduras de la barbarie.*

Es una situación horrible. Es la palidez cadavérica del napalm y el fósforo. Con seguridad, si un grupo de niños en la historia del hombre, en cualquier parte del mundo, tiene una demanda moral que hacer por su infancia, aquí están ellos. Cada cicatriz impresionante es un grito silencioso a los norteamericanos para que comiencen la restauración de esa niñez, aquellos a quienes estamos compelidos a llamar “nuestros” debido a lo que les han hecho en nuestro nombre.

U

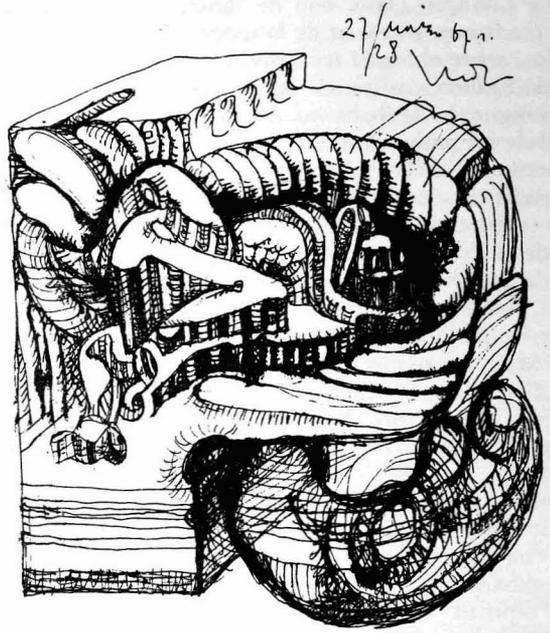
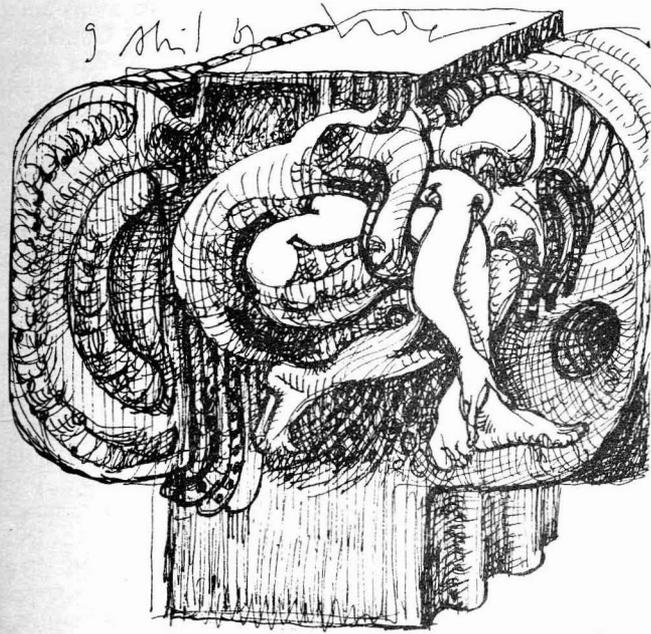
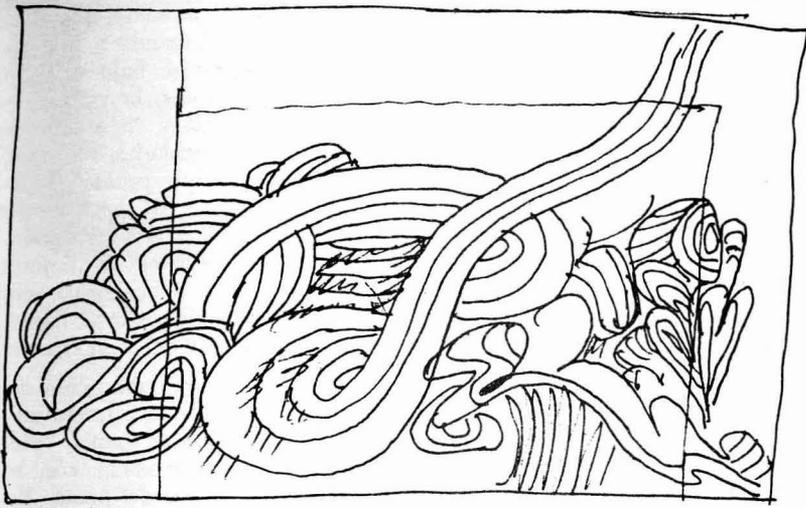
artes
plásticas



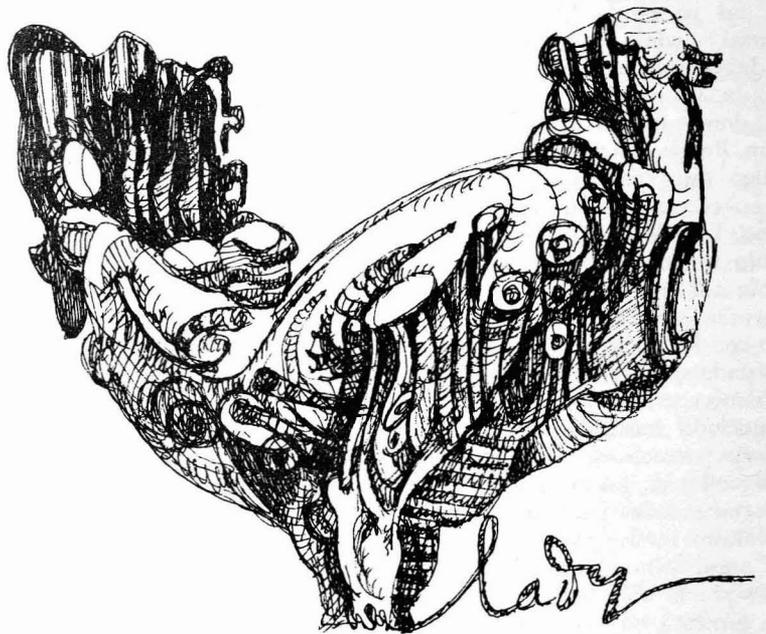
del
cuaderno
de apuntes
de vladý

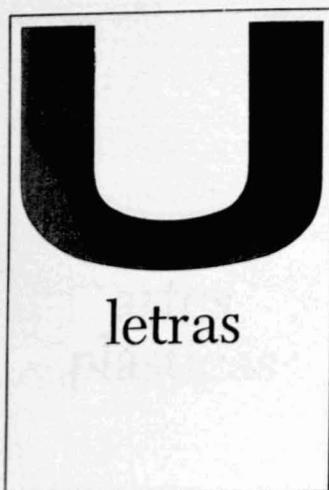
est. Genova y Hamburgo





29 de marzo 1/67 a. 12 de la noche -





Con León Felipe, pronto hará 50 años

por Wenceslao Roces

Creo que fue en 1920. El año del atentado contra Eduardo Dato, uno de tantos políticos mediocres y crueles de la monarquía. (Hoy, sobre el fondo tenebroso de la España de Franco, casi se nos antojan estadistas insignes.) Acababa yo de llegar a Madrid de mi nativa Asturias, para cursar el doctorado en Derecho. Me alojaba en la Residencia de Estudiantes, una especie de monasterio laico para frailes y novicios de la cultura, allá en las alturas del Hipódromo, entonces a extramuros de la ciudad. Intento generoso —no quiero ser injusto—, aunque divorciado de la vida real. Muy agradable, muy luminoso, muy aséptico. Pero los muchachos —entonces, lo éramos— nos dábamos cuenta de que aquello tenía muy poco que ver con la bronca realidad de España. Ibamos a buscar a otros lugares —saltando algunas noches la verja “conventual”— el contacto con la vida española, cuyas voces no llegaban a la alto de nuestra acrópolis del espíritu. Ibamos, sobre todo, a las tertulias de los cafés, a las mesas de las casas de huéspedes y a la “Cacharrería” del Ateneo.

Así caí yo en la “Vicaría” del Café Universal —viejo, humoso y clamoroso café de bancas de peluche, negras de mugre, a la entrada de la Puerta del Sol—, donde conocí y comencé a querer a León Felipe. Aquella peña o tertulia era algo muy particular. No se rendía culto en ella a ningún santón político o literario. La “Vicaría” no tenía nada de cenáculo intelectual.

Había allí estudiantones fósiles que llevaban años sin saludar las aulas, malviviendo con las pocas pesetas del estipendio de sus padres, labradores extremeños. Curas sin misa y toreros sin contrata. Jefes de negociado hastiados del aire mefítico de sus covachuelas. Y, en medio de todo aquello, en mesocrática hermandad que borraba todas las jerarquías, magníficos valores intelectuales —grandes promesas unos, otros tristes frustraciones— comidos por la bohemia de la desesperanza y la protesta, en que se barruntaba claramente ya la crisis de una sociedad

agónica, la de la España de Anual y de la monarquía.

Iba por allí un extraordinario escultor muy joven, Madariaga, que moriría enseguida, tuberculoso, en medio de la mayor miseria. Un estupendo musicólogo asturiano a quien en broma llamábamos “el Gaitero”, Eduardo Martínez Torner, muerto en Londres, en el exilio. Y un brillante intelectual y escritor, José Pérez Bances, gran conocedor de la lengua y la filosofía alemanas, que se pasó largos años estudiando filosofía del derecho, para acabar, decepcionado —sin haber obtenido la cátedra universitaria a que tenía derecho—, de redactor del *Heraldo de Madrid*. De vez en cuando, meteóricamente hacía su aparición en la tertulia, como elemento de enlace o postillón entre ella y otras, trayendo y llevando chismes, uno de los hombres más ingeniosos y chispeantes que yo he conocido, Paco Vighi, palentino, cuyas anécdotas llenarían un libro entero.

En muchas y muy altas cátedras habría yo de cursar, a lo largo de una vida inquieta. Pocas de tan genuino humanismo español como la de la “Vicaría”.

León Felipe transitaba entonces por la treintena. Estaba ya calvo, pero aún no lucía su barba rabínica. Sus gafas macizas de carey fueron —con las de don Ramón— de las primeras que yo vi. Recuerdo su faz blanca y carirredonda, sin la traza profética que le daban los años y la cólera. Tampoco completaban entonces su atuendo los dos atributos posteriores del pastor ecuménico: la cayada de bambú y el chaquetón de pana.

A ese periodo de León y de nuestra España —al periodo de la bohemia madrileña de los veintes— corresponden estos



Versos y oraciones de caminante, que ahora vuelven a cantar, buscando a los lectores del pueblo universal, bajo el cielo de México. Eran, entonces, la voz sencilla, humana, de la luz y la esperanza frente a las mentiras engoladas, retóricas, de una España oficial que pronto se derrumbaría trágicamente. El gran poeta de lo más auténtico del español y del hombre estaba ya ahí, en uno de sus mejores acentos. Lo profético, lo apocalíptico vendría después con el éxodo y con el llanto, cuando corriera la sangre del gran crimen.

Las circunstancias de la publicación del libro —recuerdo muy bien la primera edición, un libro pequeño, en papel “pluma”— guardan cierta armonía con su contenido y con el mensaje del poeta. Estábamos todos entusiasmados con los versos de León. Yo me los sabía casi todos de memoria. Se los recitaba a mis amigos, como ha recordado Rafael Giménez Siles, que ahora, en esta nueva cita mexicana, los reedita. Humanizaban en mí aquellos ceñudos dogmas del Derecho romano que atormentaron mis años mozos. Había que reunir el dinero —unas quinientas pesetas— necesario para publicarlos. Pero, ¿cómo? Entre los pocos y pacatos editores de la España pobretona no se cotizaba aquella literatura.

Yo tenía un amigo, tendero y tabernero en la castiza calle de Torrijos. Se llamaba don Bernardino Higuera; su nombre debe quedar asociado, en justo homenaje, a esta nueva salida de los *Versos y oraciones*. Era, como el personaje de la *Verbena*, “un honrado hijo del pueblo de Madrid”. Sin haber leído jamás una poesía —ignoro si sabía siquiera leer—, se vio convertido inopinadamente en mecenas de un gran poeta. Aportó trescientas pesetas para la extraña aventura, en préstamo amistoso que nunca, naturalmente, le fue restituído. Se dio por muy bien pagado cuando, con el mandil verde a rayas de los taberneros de Madrid, sobre el mostrador reluciente de cinc del bar, mostraba orgulloso el libro a sus parroquianos.

Las doscientas pesetas restantes se reunieron como se pudo. Todos los tertulianos, curas, toreros, jefes de negocio salidos de quicio, estudiantes a pique y profesores futuros o frustrados, escarbamos nuestros bolsillos. Seguramente será yo el único de los “empresarios” que, a la vuelta de cerca de cincuenta años, en este México tan nuestro por ser nosotros tan suyos, tiene la inmensa fortuna de ver qué rendimiento tan esplendoroso arroja aquella sabia inversión encabezada por don Bernardino.

Empezó a sonar así por los caminos del mundo la maravillosa música de este violín portentoso, todavía joven y entero, mientras cante. Y cantará siempre, aunque la coquetería dramática, bíblica y hamletiana de nuestro gran León quiera hacernos creer que es ya un “viejo y roto violín”.

Introducción a *Versos y oraciones de caminante*. Colección Málaga, S. A. Biblioteca León Felipe.

U

libros

Bela Balassa: *Futuro comercial de los países en desarrollo*. Traducción del inglés por Roberto Reyes, Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

Bela Balassa, profesor desde hace varios años en la Universidad de Yale, se ha especializado en el estudio de la teoría de las relaciones económicas internacionales. Fruto de su experiencia en dicho campo es este libro en el que examina las posibles tendencias de las exportaciones e importaciones en los países en desarrollo, así como los futuros cambios en los renglones denominados "invisibles" (costos de transporte, turismo, ingresos de inversión, etc.), con el propósito de calcular el balance de transacciones, en cuenta corriente, en los países africanos, asiáticos y latinoamericanos para 1970 y 1975.

Para efectos de su estudio, Balassa reúne a los países en tres grandes grupos: a) Desarrollados: Estados Unidos, Japón, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur y los enclavados en la región occidental de Europa. b) Subdesarrollados: los de América Latina, África, Medio Oriente y Asia y c) los de economías de tipo soviético. Los países calificados en el primer grupo importaron en 1960, año base para las proyecciones de 1970 y 1975, materias primas por un valor aproximado a los 20 mil millones de dólares, de los cuales el 87.3% fueron exportaciones hechas por el mundo subdesarrollado; el bloque soviético importó, dentro del

gran total, un 5.5%, constituyendo el comercio exterior entre África, Asia y América Latina, solamente el 7.2% de las importaciones totales.

El petróleo y sus derivados, que forman el grupo de mercancías más grande, representaron más de cinco mil millones de dólares; las materias agrícolas no combustibles y los metales, tres mil millones cada uno. Y mientras que los ingresos de exportación, obtenidos de la venta de alimentos de la zona templada y de alimentos tropicales competitivos fueron de cuatro mil millones, las compras de bienes manufacturados producidos en las tres grandes regiones atrasadas sólo ascendieron a mil millones de dólares en 1960.

Dentro de las zonas subdesarrolladas, América Latina ocupa el primer lugar como exportadora con ventas por ocho mil millones de dólares, correspondiendo dos mil millones a los combustibles producidos principalmente en Venezuela, Antillas Holandesas y Trinidad, y más de mil millones al café y el cacao, considerados como alimentos tropicales no competitivos. En Asia, el renglón principal lo forman las exportaciones de caucho y yute, que significan transacciones por más de cinco mil millones de dólares. En África, por el contrario, fueron los minerales y los metales los que ocuparon el primer lugar dentro del cuadro regional de exportaciones con un valor de cuatro mil millones de dólares. Finalmente, el Medio Oriente exportó petróleo por un valor aproximado a los tres mil millones de dólares.

Según cálculos de Balassa, las exportaciones de los países subdesarrollados a las zonas desarrolladas aumentarán en diez mil millones en 1970, y ascenderán a 36 mil millones en 1975. Japón tendría la tasa de expansión más elevada durante el período que abarca la proyección, aumentando sus importaciones de cien a ciento cincuenta por ciento entre 1960 y 1975. Este fenómeno se debería a varios factores; en primer lugar, se espera que dicho país duplique su Producto Nacional Bruto en los quince años estudiados, mientras que los Estados Uni-

dos, Europa Occidental y los otros países del primer grupo sólo lo harían en un 80%. En segundo término, Japón se halla en una etapa de desarrollo industrial menos elevada que los Estados Unidos y Europa Occidental debiendo, por tanto, presentar una gran expansión de los sectores industriales que emplean material producido fuera de sus fronteras. En tercer lugar, las escasas dotaciones de combustible y otros importantes recursos minerales lo obligarán a depender en mayor grado de las importaciones de materias primas indispensables para su avance industrial. Finalmente, se considera que Japón comprará grandes cantidades de cereales, semillas de oleaginosas y bebidas tropicales, al sufrir un cambio sustancial la composición de su dieta alimenticia.

El panorama para los Estados Unidos y Europa Occidental es distinto: si bien la sustitución del carbón por los combustibles líquidos casi se ha completado en América del Norte, el proceso no ha terminado en los países europeos donde casi todo el incremento del consumo de energía asume la forma del petróleo. Como las reservas petroleras conocidas del Viejo Continente son reducidas, los incrementos en el consumo de este energético tendrán que satisfacerse mediante importaciones. Y si bien los Estados Unidos aumentará las importaciones de petróleo en dos terceras partes solamente, Europa triplicaría su volumen de petróleo procedente de África y el Medio Oriente. Igual fenómeno se presenta en relación a los metales, por no contar con los yacimientos suficientes en su territorio que le permitan un mayor autoabastecimiento.

Si se considera que el incremento en el valor de las exportaciones globales de los países subdesarrollados será de casi 14 mil millones y que los combustibles y minerales representan de dicha cantidad más del 60%, en comparación con un incremento de sólo un 22% en los productos agrícolas, y de un 10% en el renglón de bienes manufacturados, llegaremos a la conclusión de que nuestros países se verán abocados a una su-

persimplificación respecto a las perspectivas de las exportaciones de productos primarios, en buena parte debido a la desigual distribución de exportaciones de combustibles y metales entre los países y regiones subdesarrolladas. El autor señala que cerca de la mitad del petróleo intercambiado se origina en el Medio Oriente, abasteciendo América Latina una cuarta parte. La mayoría de los productores del Medio Oriente (Kuwait, Arabia Saudita, Irak y Quatar), dependen casi exclusivamente de la venta de petróleo, y sus exportaciones proporcionan las nueve décimas partes de los ingresos de divisas de Irán y del Medio Oriente, en conjunto. En el caso de América Latina, Venezuela es el principal productor y exportador de petróleo crudo, mientras que las Antillas Holandesas y Trinidad exportan principalmente petróleo (que se extrae en Venezuela), ya en forma refinada. El petróleo y sus productos representan cerca de las nueve décimas partes de los ingresos de exportación de estos países y una cuarta parte de los ingresos de divisas de toda América Latina. Se espera que las exportaciones de combustibles de nuestra región al mercado norteamericano, que observa un lento crecimiento, registrarán en consecuencia un aumento a una tasa relativamente pequeña.

El valor de las importaciones que las zonas industrializadas harán de alimentos competitivos (semillas oleaginosas, azúcar, tabaco), el de alimentos tropicales no competitivos (banano, café, cacao, té y especias) y el de las materias primas agrícolas (cueros y pieles, seda y lana, caucho, productos silvícolas, algodón, yute y otras fibras vegetales) sufrirá una considerable reducción. Para el caso de América Latina, el valor de sus exportaciones se reducirá aún más debido a la eliminación de la prima en el precio del azúcar pagada por los Estados Unidos, lo cual reducirá nuestros ingresos de exportación en cerca de 170 millones de dólares.

Analizando las necesidades de importación de las regiones subdesarrolladas, Balassa

anota que si bien los ingresos de divisas que obtienen los países por sus exportaciones pueden calcularse con cierto grado de exactitud, tal fenómeno no sucede al abordar el análisis de las proyecciones de las necesidades de importación influidas considerablemente por la tasa de crecimiento y los cambios estructurales que se presentan en las economías en desarrollo, anotando, entre los factores determinantes del crecimiento económico, la tasa de ahorro, la expansión de las exportaciones, el proceso de sustitución de las importaciones y el ingreso de capital extranjero.

Pero, dado que la información disponible relativa a los efectos de estas variables sobre la tasa de crecimiento y sus interrelaciones en el proceso de desarrollo económico, no es suficiente para derivar relaciones cuantitativas en la forma de un modelo económico que pudiera usarse con fines de proyección para 1970 y 1975, cualquier proyección de las tasas de crecimiento futuro en los países subdesarrollados implicaría necesariamente un gran margen de error. Al mismo tiempo, los cambios futuros en las tasas de ahorro difícilmente se pueden prever y tampoco predicarse el grado de sustitución de las importaciones, o la magnitud de las inversiones provenientes del exterior; y, menos, gran número de variables no económicas (estructura social y política, actitudes hacia el trabajo, etc.), que influyen en el proceso de crecimiento económico pero no pueden cuantificarse y seguramente sufrirán cambios en los próximos años.

Considerando un margen de error, los cálculos de Balassa indican un aumento en las importaciones extrarregionales de los países de África, Asia, América Latina y el Medio Oriente desde 24 mil millones de dólares en 1960 a 34 800 millones en 1970 y 42 400 millones en 1975, bajo el supuesto de un ingreso promedio de 4.3%. Los mayores incrementos se sitúan en el Medio Oriente y Asia, siendo relativamente más pequeños los aumentos que registren América Latina y África.

La gran cantidad de datos y proyecciones estadísticas que la obra ofrece al lector tendría, a juicio nuestro, un mayor interés si el problema del futuro comercial de los países en desarrollo hubiera sido enfocado en mayor detalle con relación al deterioro de los términos de intercambio. No deja lugar a dudas el hecho de que el comercio internacional incide en el desarrollo económico; y que, además, los países atrasados tienden, inevitablemente, a vincular su economía con la de los países industrializados que necesitan sus productos. En el caso de América Latina sería más correcto afirmar que su economía está sujeta no tanto a fluctuaciones del comercio internacional, sino a la tasa y a las modalidades del desarrollo económico del resto del mundo, en particular el de los países que, por tener un mayor ingreso *per capita*, ejercen mayor demanda o poder de compra.

En el caso nuestro tenemos que el deterioro de la relación de intercambio viene gravitando preponderantemente de 1950 en adelante. Baste mencionar que de 1956 a 1960 el volumen de las exportaciones latinoamericanas aumentó en un 28% con respecto al quinquenio anterior, en tanto que su poder de compra sólo se incrementó en un 13%; el descenso de los precios anuló en un 60% el aumento del volumen registrado en nuestras importaciones. La CEPAL estima en 7 400 millones de dólares el efecto de dicho deterioro.

La obra de Balassa, sin embargo, cumple con su objetivo primordial: dar a conocer una serie de proyecciones a largo plazo con respecto a la producción, el consumo y comercio de las principales mercancías.

—Iván Restrepo Fernández

Estudios de cultura náhuatl, Vol. VI, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, 261 pp., ils., dibujos y 14 láminas.

La sexta entrega de los *Estudios de cultura náhuatl* pre-

senta artículos de autores cuyos nombres están unidos casi indisolublemente con la idea de investigaciones en torno a las culturas prehispánicas. Ángel Ma. Garibay K., Justino Fernández y Miguel León-Portilla tienen en su haber obras ya demasiado conocidas y comentadas como para ahondar en ellas innecesariamente; como editores de esta serie de *Estudios*, han logrado, los tres, una producción homogénea, en la que han sabido incluir a colaboradores a la misma altura de seriedad que le han dado a esta disciplina.

La figura de Coatlicue ha dado lugar a estudios en número tal que harían pensar que estaba agotada por completo como objeto de interpretaciones; sin embargo, Justino Fernández encontró un aspecto casi desconocido. "El Mictlan de Coatlicue" es el primer ensayo que se hace, en poco menos que doscientos años, de explicar el relieve que tiene la monumental estatua de la diosa en su base. Antonio León y Gama, en 1792, publicó un dibujo y aventuró una idea, y hasta que el ídolo fue trasladado al Museo de Antropología, nadie había podido observar el Mictlan; Justino Fernández aprovechó la oportunidad para sacar fotografías y ordenar un vaciado de la escultura, que ahora describe y analiza en su artículo.

Otro elemento habitual en los *Estudios de cultura náhuatl* es el constante cuidado que se tiene por las cuestiones lingüísticas, en las que Alfredo López Austin, Agustín Yáñez y Ángel Ma. Garibay se han deleitado frecuentemente. En este número, Arthur J.O. Anderson analiza los "Refranes en un santoral mexicano", Pedro Carrasco revisa brevemente los términos de parentesco en el náhuatl clásico, y varios autores hacen un estudio sobre las partículas en dicho idioma. Con este material se agrega algo para el amante de la filología; los números de los *Estudios* han sido valiosos en ese sentido, sobre todo si tomamos en cuenta que, aparte del *Vocabulario* de Fray Alonso de Molina, que data de 1571, el idioma náhuatl había contado con muy esca-

sos investigadores interesados en difundirlo y esclarecerlo.

Una de las leyendas más cruentas y difundidas sobre los indígenas es la de la antropofagia, que ya en el *Códice Ramírez* fue objeto de una detallada relación, tanto más impresionante cuanto que parece escrita con un interés eminentemente científico y desapasionado. Fernando Anaya Monroy vuelve sobre el tema, y alejado de los prejuicios medievales que arrastraban todos los historiadores españoles, metidos a esa tarea por necesidades del momento, da una serie de explicaciones que se antojan muy apegadas a la posible realidad del tiempo de que trata.

Hasta este sexto volumen, los *Estudios de cultura náhuatl* han estado perfectamente balanceados en cuanto a los temas religiosos, históricos y filológicos, pero han sido particularmente los dos últimos números los que parecen tener una tónica definida y de mayor amplitud que los anteriores, que —dicho sea de paso— tal vez cometían el venial pecado de ser demasiado especializados, como orientados hacia los investigadores, lo cual no es de ningún modo despreciable. De cualquier manera, estas publicaciones van haciéndose imprescindibles para el interesado en nuestro pasado indígena, y apenas hechas, se han convertido ya en clásicas dentro de su género.

Luis Adolfo Domínguez

Louis Althusser: *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI Editores, 1967, 206 pp.

Suman ya largos años los que lleva dedicados el filósofo francés Louis Althusser en determinar cuáles son los preceptos válidos en la obra de Marx, de los que puedan extraerse el método de análisis científico y la elaboración teórica marxista. Sus trabajos, de riguroso análisis, no han dejado de suscitar disidencias entre quienes, basados en las "citas célebres", se conformaron con una interpretación liberal humanista y oportunista.

Los lectores de habla hispana pueden contar ahora

con algunos de los trabajos realizados por Althusser y publicados en el curso de cuatro años en diferentes revistas. Con excepción del artículo "Notas sobre un teatro materialista" —de sumo interés—, los siete restantes se relacionan con la polémica sobre las obras de juventud de Marx, que comprende, consecuentemente, la controversia acerca del humanismo marxista.

No obstante la importancia que revisten todos estos trabajos —relacionados, por otra parte, entre sí en virtud de la ininterrumpida polémica— podría señalarse a tres de ellos como fundamentales: el artículo "Sobre el joven Marx", orientado a elucidar en qué momento la elaboración teórica de Marx puede llamarse marxismo; el artículo "Sobre la dialéctica materialista", en el que el autor apela al máximo rigor teórico para explicar con más amplitud su concepto de "contradicción sobredeterminada" ya enunciado en un artículo precedente; y el texto sobre "Marxismo y humanismo", que se vincula con las discusiones actuales en el mundo marxista, y en el cual Althusser sostiene la interpretación materialista y científica frente a las concepciones morales, ideológicas, oportunistas, etc.

En virtud del estado de confusión que creaban discordantes interpretaciones sobre el marxismo, indica Althusser que era necesario retroceder y volver a los rudimentos, lo que hizo en calidad de comunista que no busca en el pasado sino aquello que permite aclarar nuestro presente... y, luego, aclarar nuestro futuro.

Su búsqueda lo determinó a definir la obra de Marx en los siguientes periodos: 1840-44 *Obras de la juventud*; 1845 *Obras de la ruptura*; 1845-57 *Obras de la maduración* (teórica de Marx); 1857-83 *Obras de la madurez*.

La exhumación de las obras de juventud de Marx ha estado en las preferencias de los social-demócratas, para contraponerlas a las concepciones teóricas del marxismo-leninismo. Esta tesis, apunta Althusser, ha tenido una fortuna prodigiosa. No solamen-

te en Francia y en Italia, como lo sabemos desde hace tiempo, sino también en la Alemania y la Polonia contemporáneas (...) filósofos, ideólogos, religiosos, se han lanzado en una gigantesca empresa de crítica y "conversión": que Marx vuelva a las fuentes de Marx y que confiese que el hombre maduro no es en él sino el joven Marx disfrazado. O, si persiste y no cede en su edad, que confiese entonces su pecado de madurez, que reconozca que sacrifica la filosofía a la economía, la ética a la ciencia, el hombre a la historia. Según Althusser, los grandes antepasados de esta operación son Lanshut y Mayer, que así se expresaron en la presentación de una edición de *El Capital*, en 1931. Dado que el autor de *La revolución teórica de Marx* alude a quienes consideran que *El Capital* es una teoría ética, cuya filosofía silenciosa habla en voz alta de las obras de juventud de Marx, es oportuno señalar que Althusser, en colaboración con algunos de sus discípulos, ha publicado *Lire le "Capital"*, que también editará Siglo XXI.

Aunque en el ámbito marxista internacional la evolución histórica de los últimos tres años ha agudizado divergencias y ha modificado situaciones que hacen a la estrategia de la lucha contra el imperialismo, el trabajo de Althusser sobre "Marxismo y humanismo", elaborado en junio de 1964, configura un aporte fundamental para un esclarecimiento en el campo teórico en lo que atañe a los países socialistas que, según el autor, han superado la etapa de la dictadura del proletariado para desembocar en un humanismo marxista, respecto de los pueblos del Tercer Mundo que están desarrollan-

do o deben comenzar aún su lucha.

Demuestra su asombro Althusser al comprobar cómo, conforme a la necesidad de su desarrollo, en la mayor parte de las democracias socialistas así como en la Unión Soviética, pasan a primer plano los problemas de la política y la moral y cómo los partidos occidentales están obsesionados también por estos problemas. Y subraya que no es menos asombroso ver cómo estos problemas son tratados a menudo teóricamente recurriendo a conceptos que pertenecen al periodo de la juventud de Marx, a su filosofía del hombre: *los conceptos de enajenación, de escisión, de fetichismo, de hombre total, etc.*

La primera etapa de Marx, o sea la de su juventud, está dominada, según el autor, por un humanismo racionalista liberal, más cercano a Kant y a Fichte que a Hegel. La segunda etapa (42-45) se halla dominada por una nueva forma de humanismo: el humanismo "comunitario" de Feuerbach. Es a partir de 1845 cuando Marx rompe con toda teoría que funda la historia y la política en la esencia del hombre. A todo esto Marx venía a descubrir en su estadía en Francia la *clase obrera organizada* y Engels en Inglaterra: *el capitalismo desarrollado y una lucha de clases que seguía sus propias leyes, prescindiendo de la filosofía y de los filósofos*. Esta ruptura comporta para Althusser tres aspectos teóricos indisociables: 1. *Formación de una teoría de la historia y de la política fundada en conceptos radicalmente nuevos*; 2. *Crítica radical de las pretensiones "teóricas" de todo humanismo filosófico*; y 3. *Definición del humanismo como "ideología"*.

Con razón expresa Althusser que el recurso a la ideología es la vía más rápida y el sustituto de una teoría insuficiente. Así, éste sería el papel de la tentación de recurso a la ideología: *llenar esta ausencia, esta distancia, sin reconocerla abiertamente, constituyéndose, como decía Engels, en argumento teórico de su necesidad y de su impaciencia, y tomándose la necesidad de una teoría por la teoría misma*. Añade el autor que el anti-humanismo filosófico de Marx permite, sin duda, la comprensión de la necesidad de las ideologías existentes, el humanismo inclusive. Pero da al mismo tiempo, ya que es una teoría crítica y revolucionaria, la comprensión de la táctica que se debe adoptar contra ellas: sostenerlas, transformarlas o combatirlas. *Y los marxistas saben que ninguna táctica es posible si no descansa en una teoría*.

De esta manera Althusser nos va redescubriendo en todo su vigor y autenticidad los preceptos más sólidos de la concepción marxista, cuya teoría, según el autor, por muchos aspectos resta aún por elaborar. Lejos entonces de un marxismo permitido como quieren los reaccionarios o progresistas tibios, la filosofía marxista es algo que mira hacia el futuro, toda vez que se halla en proceso de elaboración.

Aceptado, como sostiene Althusser, que el marxismo no es ni dogma ni ideología, sino una ciencia, las posibilidades de su aplicación teórica en el análisis del proceso histórico, de la estructura social, la economía, la política, las artes, son infinitas.

La contribución de estos artículos, dejará honda huella en el futuro desenvolvimiento del marxismo. La falsedad de tomar al joven Marx como al verdadero Marx, como si a un filósofo no le fuera dado el atravesar por un periodo de inmadurez y luego evolucionar, ya significa un aporte nada desdeñable. Pero si por ello su lectura se hace indispensable, no lo es menos también por el acopio de importantes aportaciones teóricas que incluye.

—Elías Condal



Dirección
General de Difusión
Cultural/UNAM
Actividades en
julio

ARTES PLÁSTICAS

MUSEO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS Y ARTE
Ciudad Universitaria

ACADEMIAS DE ARTE
DE CHECOSLOVAQUIA

GALERIA UNIVERSITARIA ARISTOS
Insurgentes Sur 421

EL SURREALISMO

CASA DEL LAGO
[Bosque de Chapultepec]

MUSICA

CONMEMORACION DEL TRIUNFO
DE LA REPUBLICA

Segunda temporada de conciertos de
los sábados

- 10 estrenos en México
Berio / Respighi / Andriessen / Halfter /
Marlos Nobre / Babbit / Tovey /
Beethoven

- 6 estrenos mundiales de autores
nacionales

Tort / De Elías / Lavalle / Velázquez /
Quintanar / Elizondo
por encargo de la Dirección General de
Difusión Cultural

CONCIERTOS AL AIRE LIBRE

MUSICA CORAL UNIVERSITARIA
Domingos a las 11 horas

LA MUSICA DURANTE EL IMPERIO

a) música de salón / b) música popular

CONFERENCIAS Y CONCIERTOS
Domingos a las 13 y 14 horas

TEATRO

Teatro Guiñol, domingos a las 10.45 horas

Teatro Trashumante del INBA, al aire
libre, domingos a las 12.30 horas.

Lectura ilustrada de la correspondencia
particular del Presidente Juárez. Los do-
mingos a las 12 horas.

Centro de teatro clásico, dirigido por José
Luis Ibáñez

COLOQUIOS

Estudiantil: tema, LA REPUBLICA A CIEN
AÑOS VISTA

Teatral: Direcciones del Teatro Moderno
con Ivo Chiesa, Director del Teatro Stabile
di Génova y directores de teatro mexicano.
Jueves 20 de julio a las 17 horas

AULA LIBRE

EL TRIUNFO DE LA REPUBLICA
La pintura académica / 16 de julio
Crítica del arte del siglo XIX / 23 de julio
Los monumentos, expresiones ideológicas
del siglo XIX / 30 de julio

DANZA

Seminario universitario de danza, Cursos
para niños y adultos

CINE

Ciclo: EL CINE MEXICANO
Películas y conferencias

OPERA

Temporada de ópera de cámara
Retrospectiva de los siglos XVIII, XIX y
XX.

Sábados a las 17.30 horas
Domingos a las 17 horas

EXPOSICIONES

Iconografía del siglo XIX [Sala Principal]
Los hombres de la República [Galería
chica, frente al lago]
Grupo "Nuevos Grabadores" [Galería del
anexo]

CLASES DE PINTURA Y DE DIBUJO
PARA NIÑOS Y ADULTOS

Al aire libre
Sábados y domingos de las 10 a las
13.30 horas

ACTIVIDADES DIVERSAS

Biblioteca / Hemeroteca / Ajedrez /
Venta de libros universitarios

MUSICA

Conciertos en la Biblioteca Nacional
Sábados 10., 8 y 15 a las 20.30 horas
Obras de: Kabalevsky, Prokofiev,
Scriabin, Shostakovich, Ginastera,
Vierne, Langlais, Manari y Bach
Pianista, NADIA STANKOVITCH
Organista, ALFONSO VEGA NUÑEZ
Conciertos en el Castillo de Chapultepec
Domingos 9, 16, 23 y 30 a las 11.30 horas

TEATRO

TEATRO DE ARQUITECTURA
Ubu Rey de Alfred Jarry
Dirección: José Estrada

TEATRO DE LA UNIVERSIDAD
Av. Chapultepec 409
Olimpica de Héctor Azar
Dirección: Juan Ibáñez

GRABACIONES

Discos de reciente aparición:
Colección VOZ VIVA DE AMERICA LATINA
VVAL-1 Benito Juárez, presentado y leído
por Antonio Carrillo Flores
Colección VOZ VIVA DE MEXICO
VVM-20 Rodolfo Usigli, presentado por
Luisa Josefina Hernández

PUBLICACIONES

Artes Plásticas. Catálogos: *Exposición
china, Exposición checoslovaca*
Colección de Teatro: Núm. 18, Maruxa
Vilalta, *Cuestión de narices*; Núm. 19,
Kurt Becsi, *Triángulo español*, traducción
de Rodolfo Usigli (de próxima aparición);
Núm. 20, José Guadalupe Posada, *Rami-
llete de carátulas*
Revista *Punto de Partida* Núm. 4

RADIO UNIVERSIDAD

Luigi Pirandello (Centenario de su naci-
miento)
Obras en un acto, miércoles a las 21 ho-
ras y domingos a las 16.30 horas
Días 5 y 9 *La trampa*
Días 12 y 16 *El otro hijo*
Días 19 y 23 *El hombre de la flor en la
boca*
Dirección: José Estrada



U

página
33

Jorge Gaytán Durán | por Vicente Aleixandre

La primera vez que yo vi a Jorge Gaytán Durán fue en Madrid, a donde llegaba en una de esas singladuras suyas en las que el desembarco parecía siempre para sus amigos una sorpresa feliz. Entraba aquel día con Eduardo Cote, otro reciente desaparecido, residente entonces en esta capital. Joven, muy joven, ardido ya, los ojos dos chispas repentinas, largo el ademán, central la voz. Y una extensa sonrisa en la que el brillo era una afirmación, y la risa, una estupenda seguridad. Me acuerdo de la desenvoltura natural, fresca y sencilla al mismo tiempo. Lo que estaba sorprendentemente más lejos de aquel joven crecido era la petulancia.

Han pasado algunos años ya. 1948, 1949. Jorge hacía versos. Era un jovencísimo poeta colombiano, agitado y preciso. Exigidor y al mismo tiempo enormemente retribuyente. La largueza temprana de su vivir tenía algo de ademán dilapidador. ¡Cuántas veces se ve en fin —y aquí también— que es el mismo gesto del sembrador!

Miraba ardientemente a lo que fuere. ¿Proyectos? Infinitos. ¿Preocupaciones? Vehementísimas. Eduardo, tranquilo, con su bondad otorgadora, Jorge, voraz, desalojador, discutían allí ante unos vasos de vino de Jerez. Eduardo no quería entonces dejar este país, abandonar la entraña en que se buscaba. Jorge necesitaba sobrevolar el mundo. Los dos recorrerían al cabo, en tiempos diversos, tierras dispares y los dos regresarían, por caminos distintos —ay, para qué poco tiempo— a su Bogotá natural.

Aquella tarde, unas horas después, Jorge marchaba a París. Pocos años más y desde un aeropuerto lejano, una mañana, una voz por teléfono: "No puedo detenerme; cruzo rumbo a Moscú y en esta escala he querido saludarle. Volveré." Y volvía: "Me voy a América del Sur." Volando, sobrevolando, calando el aire, posándose, haciéndose cargo. Porque no era un pájaro, sino un hombre inteligente que al erguirse en tierra ponía el pie y la persona toda miraba en redondo: asimilaba. Veía, pensaba. Y hablaba luego, juzgaba, sin satisfacer del todo nunca su curiosidad alerta. Cuando habíais conversado con él una o dos veces os dabais cuenta de que era sobre todo un estimulador. Inquietante Jorge, cuya

variación no era la del tráfuga, sino la del que no cambia nunca, girando sólo su cabeza en torno. Su apetito de conocimiento tomaba y ofrecía todas las vías: desde el desorden de los sentidos a la lúcida inteligencia.

La última vez que le vi está aún reciente. Faltaba poco para su repentina desaparición. Pasaba por Madrid sólo para unos días. Avanzado un atardecer me telefoneó: «¿Puedo ir?» Entró en la salita, acompañado de Pepe Caballero Bonald. Estaba ligeramente más lleno, en su cuerpo; en su rostro corría la sombra de una barba, casi sotabarba. Pensé: ¿Rebelión, madurez? Porque las dos cosas podían ser, y seguramente lo eran. Se sentó frente a la ventana. La luz crepuscular, en la cara, daba todavía los mismos brillos a la pupila; como si no fueran precisamente de la tarde, sino lumbres primeras. Pero la voz era más pausada, su sonrisa con más temple. Su extraordinaria simpatía humana tenía un punto de cargazón y parecía como si la acumulación de las experiencias nos lo acercase más: más entendedor que nunca, sonriente, cual si, callando, nos dijese con la mirada: «¡Cómo te comprendo!» Habló de «Mito». Ilusión, esperanza. Se refirió a los sobretiros de mi última colaboración. «¿No ha llegado el paquete? Pues ¿cómo? ¡Si lo dejé dispuesto!» El desorden fecundo, el hervor de la querida revista. Saltó después, a instancias mías, a la representación de su obra escénica, luego a su reciente libro de versos —su primera gran victoria sobre la poesía—. Oyó mis palabras. Los ojos le brillaban alegres. ¡Cuánto que hacer! ¡Cuánto que vivir! «¿Cuándo vienes, Jorge?» «Voy a Cambridge, luego a mi tierra; pero dentro de poco estaré aquí otra vez.»

Nunca más volví a verle. Se despedía ligero; tras la verjita de hierro, con su mano alzada decía adiós. Tenía la misma apostura de siempre; como siempre se le veía: como un joven héroe, como un héroe gozoso. Iba como siempre a sobrevolar el mundo, pero esta vez dejando la vida en lo alto, esparcida diríase sobre la generalidad del planeta. Para no descender sino como un puntito pequeño, muerto, a su entrañable geografía primera, que le recogía.

La Trinchera, 1

junta de sombras



MIGUEL HERNANDEZ

(a los 25 años de su muerte)

...He tenido en mis manos las pruebas de la invasión militar italiana que sufre nuestro territorio. No es que yo necesite pruebas para creer. No. Todo el mundo sabe lo que pasa en España. Todo el mundo debiera saberlo. Por eso estoy escribiendo estas memorias. No he hablado sino de mi familia, de mis amigos de mayor intimidad; hasta he copiado mis inocentes meditaciones sobre Economía Política.

Pero escribo, sigo escribiendo a pesar de que ya es muy tarde, porque las intimidades de una familia española deben ser conocidas en estas circunstancias.

Yo quisiera que mis palabras fuesen traducidas al italiano, que fuesen leídas íntimamente por tanto corazón sensible como debe vivir en la hermosa Italia. Ellos comprenderían.

Según los documentos encontrados a los prisioneros y según las declaraciones de los mismos, un gran ejército italiano de ocupación domina las provincias de Franco. Los corazones españoles que aún gozan de libertad, que sueñan y viven para la independencia de la amada patria, están endurecidos como el mío, más firmes que nunca, más inquebrantables. Sobre mi mesa leo *No pasarán*, por Ilya Ehrenburg. Tengo un especial cariño por este libro. Abro sus páginas: "Me dirigí a Malpica con el poeta Rafael Alberti y María Teresa León. A la entrada del pueblo Domingo-Pérez se agrupaban los campesinos. Sus gritos guturales eran de indignación. Nos contaban cómo muchos desertores habían atravesado el pueblo. Los campesinos quisieron detenerlos, pero ellos los amenazaban con sus fusiles. Descubrimos a lo lejos cuatro desertores que avanzaban a buen paso por la carretera de Madrid. María Teresa se lanzó, corriendo a perseguirlos. Alegre, como de costumbre, parecía

un lindo pájaro tropical. Con su minúsculo revólver en la mano detuvo a los cuatro milicianos. Las respuestas fueron confusas. Entregaron sus fusiles a María Teresa y con la vista baja, llenos de vergüenza, siguieron la marcha por la carretera polvorienta...".

Cuando veo que mis camaradas los poetas se destacan de este modo en la lucha, me siento orgulloso de ser escritor, y hasta de ser aprendiz de economista.

Dejé mi Diario para escribirle a Miguel Hernández. He repetido en su carta parte de lo que llevo dicho aquí esta noche. Voy a copiar lo que escribí de nuevo:

"...esa misma desigualdad en tus versos es la que me asegura en la idea de que puedes con tu poesía llenar en parte, el vacío irreparable que nos ha dejado en España el poeta Federico García Lorca. Desigualdad que nos hace descubrir de pronto verdaderas montañas de hermosura. Cuando pase el tiempo (*este espacio de tiempo incandescente, esta guerra flamígera en que estamos*), encontrarás la serenidad que se requiere para que en tu obra futura no existan tamañas desigualdades. Quiero ponerte algunos afortunados ejemplos:

Los pechos que empujaban y herían
[las montañas
vedlos desfallecidos sin leche ni
hermosuras.

Y luego, conservando tu mejor acento con versos tan definitivos como los anteriores:

Ciudades de trabajo y de inocencia,
juventudes que brotan de la encina,
truncos de bronce, cuerpos de
[potencia
yacen precipitados en la ruina.

O cuando dices como un gran latino:

El polvo no los puede y hacen del
[polvo fuego,
savia, explosión, verdura repentina:
con su poder de abril apasionado
precipitan el alma del espliego,
el parto de la mina,
el fértil movimiento del arado.

Y luego, maravillosamente:

Se merecen la espuma de los
[truenos,
se merecen la vida y el olor del olivo,
los españoles amplios y serenos
que mueven la mirada como un
[pájaro altivo.

O las dos últimas cuartetas de tu *Niño yuntero* que se me quedan como una canción:

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de arena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?
Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Todos estos versos que te cito y muchos más, casi todos, me gustan, los oigo, los veo, son definitivos, te lo aseguro. En cambio, por cariño a ti y a quienes quieren ver en ti lo que no eres, también voy a copiar un fragmento desdichado de tu romance:

subiera en su airado potro
y en su cólera celeste
a derribar trimotores
como quien derriba mieses.

No, tú sabes que no. Comprendo que en un momento de delirio escribamos cosas por el estilo. El potro, el aire, el trimotor, el trigo: la locura. Pero tú sabes como yo que eso no es poesía de guerra, ni poesía revolucionaria, ni siquiera versificación de propaganda. (Tampoco me gusta: "*que morir es la cosa más grande que se hace*".)

Te diré que estos días leí en manuscrito el *Orfeo* de Juan de Jáuregui, poema del siglo XVII, que iba a ser impreso por mí. Un poema magnífico. Tengo el propósito de dedicarle la edición a X X; *Orfeo en el infierno fascista*. Se trata de un poeta que rescató su Eurídice del presidio de Burgos. Pues bien, en todo el poema, verdadero monumento literario, no podría destacar tan buenos versos como los tuyos, cuando son buenos.

Es de día. No he dormido en toda esta noche de guerra. He descansado escribiendo estas cosas...

MANUEL ALTOLAGUIRRE
Noche de guerra (Fragmentos)
Marzo de 1937